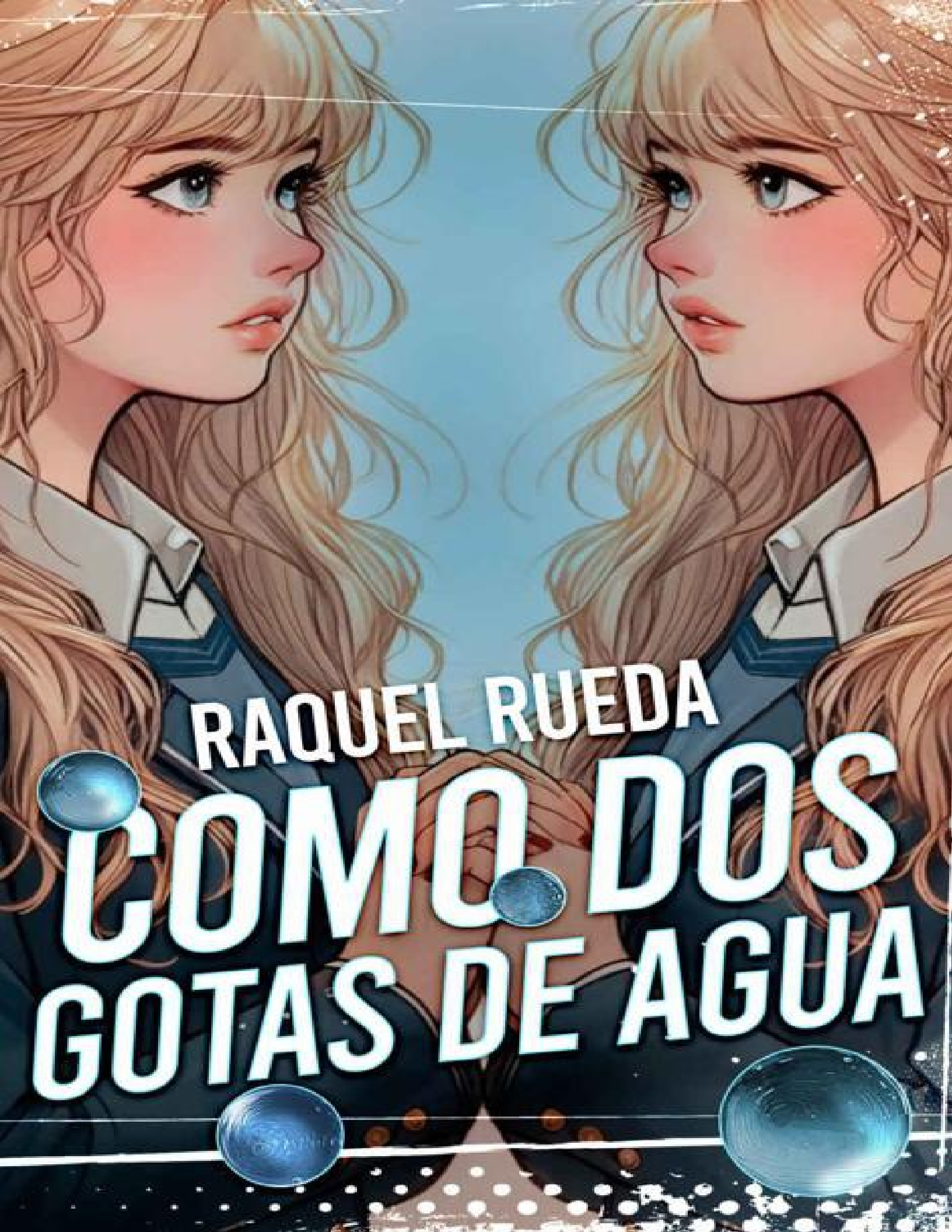




RAQUEL RUEDA

# COMO DOS GOTAS DE AGUA

© 2024 **Raquel Rueda**

**Primera edición:** Marzo, 2024

Diseño de cubierta y maquetación: Verónica Espinosa

Corrección: Raquel Rueda

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

*Porque nuestras vidas fueron destinadas a encontrarse.  
Porque te quiero como nadie. Este libro es para ti,  
hermana.*

# PRÓLOGO



Esmeralda

Sábado, 12 de octubre de 2019

23:55

Me despierto, de repente, con el sonido del móvil. Veo que la televisión sigue transmitiendo el debate del *reality show* que suelo ver para entretenerme.

El teléfono sigue vibrando y sonando en la mesita del salón. Al lado, hay un vaso vacío, en el que antes había una infusión. Ya solamente queda la cuchara y la bolsita, que contiene las hierbas, arrugada y seca.

Miro la pantalla del móvil: César. Un pálpito hace que no me atreva a coger la llamada al instante. El corazón me va a mil por hora. Trago saliva. Aunque me cueste, hago que mi cuerpo reaccione y descuelgo.

—¿Sí?

—Esmeralda, ¿está ahí? —pregunta César ansioso.

—¿Quién?

—Blanca. ¿No está en casa? Por aquí no ha pasado y...

Me quedo en blanco y, a la vez, en negro. El corazón se me sale por la boca y solo puedo oír cómo César insiste al otro lado de la línea telefónica.

—Ahora te llamo.

—¡Esmeralda! ¡Esp...!

No dejo que termine de hablar. Me levanto y me da un tirón en las lumbares. Llevo ya varias semanas así. Me impide ponerme completamente recta, pero tengo que intentarlo. Lo hago. Prácticamente, corro hacia el pasillo y abro la primera puerta: en la que pone CARLA con letras de color morado. Entro y veo a mi hija de espaldas, en el escritorio. Lleva los cascos y, como siempre, está dibujando. Me acerco a trompicones y le toco el hombro.

—¡Joder! ¡Qué susto, mamá!

—¿No ha vuelto tu hermana?

—No lo sé. La estará trayendo papá en coche. Como te dije.

Salgo de la habitación corriendo. El palpito se confirma, más rápido de lo que esperaba. La siguiente puerta tiene el nombre BLANCA en letras color rosa. Abro de golpe y la luz está apagada. Literalmente, rezo para que ya esté acostada y soñando con angelitos. Pero, al encender el interruptor, mi mundo se desmorona: no hay nadie.

Se me taponan los oídos, tanto que escucho perfectamente los latidos de mi corazón.

—Mamá... ¿qué pasa? —me pregunta Carla, asustada, detrás de mí.

Me tengo que sujetar al marco de la puerta. Me mareo y apenas puedo respirar.

—Tu hermana...

—¿¡Qué pasa con Blanca!?

—No... No está con tu padre —exclamo en una exhalación, permitiendo que todos esos temores maternos se hagan realidad.

—¿¡Cómo que no!?

Dejo de escuchar a Carla y me caen lágrimas por las mejillas. Nadie te prepara para una situación así, pero el miedo siempre está. Hace bastante rato que mi hija debería estar en casa o, al menos, con su padre.

—Mamá... No lo coge —dice Carla gimoteando con el móvil en la mano.

Con prisa, voy a por el mío y, esta vez, lo intento yo. Una, dos... cinco veces. Suena el famoso *bip*. Una vez tras otra. No obtengo respuesta.

—Mamá, lo siento. —Llora Carla detrás de mí—. Tenía que haberla acompañado donde papá. Tenía que haber insistido más.

La abrazo. Sé que no tiene la culpa. Le beso la coronilla y le acaricio su pelo rubio, como hacía cuando era pequeña.

—Tranquila. Seguro que se ha entretenido con alguna amiga —digo, intentando convencerme, mientras sigo marcando una y otra vez su número.

**UNA SEMANA ANTES**

# Capítulo 1



## Los preparativos

Blanca

Sábado, 5 de octubre de 2019

22:00

—¡A cenaaar!

—¡Ya vamoos! —contestamos a coro.

Estamos en mi habitación, sobre la cama con nórdico rosa y blanco; aunque, realmente, apenas se distingue el color. Encima tenemos todo tipo de tarjetas, pegatinas, rotuladores y demás artículos de papelería. Llevamos aquí encerradas desde las cuatro de la tarde y aún no hemos terminado.

—No os lo repito más veces —dice nuestra madre asomándose a la puerta.

—Es que aún no hemos acabado —me quejo.

—Podéis terminarlo mañana cuando se vaya el abuelo.

Nuestra cara lo dice todo. Realmente no nos apetece nada ver al abuelo, pero es tradición quedar los domingos a comer. Obviamente, lo queremos, pero somos conscientes de que no se ha portado bien con nuestros padres. Cada vez que viene, nos toca la charla de siempre: que si nuestro padre nos malcría, que si tenemos que centrarnos en los estudios, que si nada de novios... De cara a la galería somos las niñas perfectas y él nos paga el colegio privado femenino.

—Vale, ya vamos... —contesta Carla resoplando.

Las invitaciones de cumpleaños están quedando genial. El sábado que viene tenemos reservado un hotel; bueno, la sala de fiestas. El abuelo ha insistido mucho en que él quería organizar este cumpleaños, porque es especial, porque cumplimos dieciséis, y hemos tenido que acceder. Nos gustan mucho más los planes improvisados y comernos unas buenas hamburguesas y, quizás, después ir al bar de papá a tomar un refresco, pero este año no ha podido ser. Una lástima.

A Carla no le va mucho el rollo social. Siempre está en su habitación dibujando y escuchando música, pero va a venir porque quiere que nuestro cumpleaños sea en conjunto. Se lo agradezco. Sé que lo hace por mí y eso hace que la quiera más que a nadie.

—Pues nada —digo mientras me levanto de la cama—. A cenar.

Carla también se levanta y nos abrazamos, cómplices.

Llegamos al salón y mamá ya ha terminado y servido la cena. Brócoli y unas chuletas de pavo a la plancha.

—¿Otra vez brócoli? —pregunto exasperada.

—Es lo que hay.

Carla y yo nos miramos, hacemos una mueca y nos sentamos cada una en una silla. La una enfrente de la otra. Mi madre preside la mesa.

—¿Qué tal vais con eso?

—Bien, supongo —responde Carla algo cansada.

—¿Bien? ¿Supongo? ¡Va a ser el mejor cumpleaños de la historia! —grito emocionada.

Mi madre nos sonríe y se mete un trozo de brócoli en la boca. Qué asco. No sé cómo puede comerlo sin más.

Sé que es complicado para ella. Es madre joven y soltera, con un padre bastante exigente y duro. El abuelo nos paga el colegio, papá nos pasa la pensión y ella nos cuida todo lo mejor que puede. Nuestra madre es como una superheroína.

—¿Habéis estudiado para el examen del viernes?

De nuevo, se cruzan nuestras miradas y nos reímos.

—Sí, sí, mamá.

—Vamos, que no habéis empezado, ¿no?

Yo pongo una mueca y Carla sonríe, ya que ella sí que ha empezado a repasar el temario de Lengua y Literatura.

—Yo sí —dice Carla.

Mi madre me mira inquisitivamente, esperando que yo le diga que también. Obviamente, no puedo hacerlo.

—Lo siento, mamá. He estado organizando lo del cumpleaños y...

—Ya, Blanca, pero te he repetido millones de veces que lo primero son los estudios. Ya sabes que el abuelo...

—Lo sé, lo sé. Mañana empiezo, ¿vale?

Mamá asiente y sigue comiendo. Las tres nos sabemos el panorama de sobra. Ella es muy permisiva con nuestro tiempo libre y con nuestras aficiones, siempre y cuando también estudiemos. Pero el abuelo es otro cantar. No tolera novios ni exámenes por debajo del sobresaliente. Quiere fardar de nietas con todos sus empleados y conocidos. Pero, lo siento, el tiempo libre para Carla y para mí es sagrado. Y, sobre todo, para una aquí presente, el amor lo es todo. Llevo saliendo, prácticamente, un año con Víctor, un chico que conocí en el bar de papá. Es taaaan guapo. Su existencia solo la saben mi hermana y papá. Si se lo contase a mamá habría problemas con el abuelo. Es algo así como un detector de mentiras con ella y no quiero meterla en problemas.

—¿Queréis ver una peli?

—Sííí —contestamos al unísono.

Nos encantan las noches de peli con mamá. Y, también, para qué negarlo, las palomitas y chuches que nos metemos entre pecho y espalda.

—Voy haciendo las palomitas —exclamo.

—Tú quieta ahí. Acábate el brócoli.

Carla se ríe y con razón. A ella tampoco le gusta, pero se aguanta y se lo come. Yo, cada vez que me meto un trozo en la boca, no puedo evitar que me den arcadas.

—Carla, saca también la tarrina de helado. La que quieras.

Se levanta y va al congelador. Y, cómo no, entre todas las tarrinas que hay, ha cogido la que menos me gusta: menta y chocolate.

—¿Por qué te gusta tanto? —me quejo.

—Está bueno, qué quieres que te diga.

—Blanca, deja de quejarte. Pareces tu padre.

—Pero...

—Nada de peros. Venga anda, ven ya al sofá. Luego recogemos todo.

Me levanto y voy hacia el sofá. Carla ya está sentada a un lado y yo dejo un hueco en el medio para que se siente mamá cuando acabe con las palomitas.

Me vibra el móvil y mi hermana pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

—Es tu noviecito, ¿no? —susurra.

—Shhhh, calla.

Se ríe y le doy con el cojín en la cara. Me mira y da un besito al aire para picarme. Le saco la lengua y presto atención a la pantalla del móvil. Obviamente, como bien ha dicho mi hermana, es Víctor.

Hola, guapa. ❤️

Qué haces?

Se me sale el corazón cada vez que me habla. No sé si es normal o no, pero sigo enamorada de él, muchísimo. Incluso, diría, que más que el primer día.

Hola cariño ❤️

Pues vamos a ver una peli las tres. Tú qué?

O sea ya me vas a dejar tirado esta noche, no?

Nada de llamada.

Odio cuando hace eso. No entiende que mi hermana y mi madre siempre van a estar antes que cualquiera. No me gusta que sea así.

No te pongas así.

Ya sabes que es tradición en casa.

Y, cómo no, me deja en leído. Se me humedecen los ojos, pero intento disimular como puedo para que Carla no me vea así. Ella me ha repetido por activa y por pasiva que no me merezco que me traten así y que lo deje; que seguro que estoy mejor sin él. Literalmente, siempre sale de su boca que es «un tóxico de mierda». Así que, como no quiero ninguna charla más, me voy al baño a lavarme un poco la cara.

—Mamá, me voy al baño y a ponerme el pijama. Así estoy más cómoda.

—Vale cariño. ¿Carla?

—¿Sí?

—Póntelo tú también si quieres. Les falta un minutillo a las palomitas.

—Vooooooy.

Por suerte, yo ya he entrado en el baño y cerrado a tiempo. Creo que no me lo ha notado, pero en eso es un poco como el abuelo: un detector. Todo lo huele y no sé ni cómo.

Hago pis, me mojo la cara y me recojo el pelo. No sé por qué he tardado tanto en darme cuenta de que el pelo rizado, de nacimiento, me queda espectacular. Tuve, durante muchos años, la manía de alisármelo todos los santos días. Llegó un momento en el que ya no existía mi rizo natural. Me ha costado mucho conseguir que vuelva en sí, pero ya no lo cambiaría por nada del mundo. Ya, solamente, me lo aliso en alguna ocasión puntual. Simplemente cuando me apetece.

Me miro a los ojos a través del espejo. Son muy azules, como los de papá, pero ahora están tristes. Quizás tenga razón Carla y Víctor no es lo mejor para mí.

Niego con la cabeza. No quiero pensar ahora. Salgo del baño y voy a mi habitación a ponerme el pijama. Como mi color favorito es el rosa pastel, casi todo lo de mi dormitorio es de ese color... incluida la ropa, sí.

Al minuto ya estoy lista y me dirijo de nuevo al salón. Al parecer mi madre también se ha puesto su ropa de estar en casa y ambas ya están en el sofá con una mantita por encima.

—Vengaaa, lentaaaa —dice Carla de manera exagerada.

—Pesada.

—Chicaaas, ya. No discutáis.

En realidad, nos amamos. Pero al igual que nos queremos mucho, hay veces que discutimos, como todo el mundo.

Mamá opta por poner *Joker*. Está protagonizada por Joaquin Phoenix y, como mi madre parece estar enamorada platónicamente de él, pues es lo que toca.

Después de casi dos horas, estoy satisfecha con la película. Es de suspense psicológico y este actor actúa de maravilla. Creo que pasará a ser de mis favoritas, sin duda. Te hace pensar mucho sobre la salud mental y la vida en general.

—Pues nada chicas, a la cama. No os preocupéis. Ya recojo yo.

Ambas le damos un beso en la mejilla y nos vamos a la habitación. Cada una a la suya. Pero antes, también nos damos las buenas noches entre nosotras, como siempre.

Me echo en la cama y miro de nuevo el móvil. Lo había puesto en silencio al empezar la película. A mamá no le gusta el sonido de la tecnología mientras ve la tele; algo así como si estuviera en el cine. Tengo cuatro llamadas perdidas y unos cinco mensajes de *WhatsApp*. Obviamente, son de Víctor. Se ve que después de media hora de dejarme en leído, se arrepintió y

empezó a avasallarme.

Suspiro y opto por dejar el móvil cargando en la mesilla y olvidarme del tema hasta mañana. Me meto bajo el nórdico y cierro los ojos. Tengo sueño, pero presiento que no voy a poder dormir mucho. Creo que mi vida es perfecta, pero el hecho de que Víctor se comporte así me confunde y me duele. Puede que sea culpa mía, pero no puedo evitar pensar en todo lo que Carla me dice: «es un tóxico de mierda».

# Capítulo 2



## La comida del domingo

Esmeralda

Domingo, 6 de octubre de 2019

14:00

Suena el timbre. Puntual, como siempre. Me limpio las manos en el delantal rojo. Estoy preparando la lasaña, como todos los domingos. También tengo preparado un bol con ensalada de brotes verdes, tomate, cebolla y atún; aunque, seguramente, Blanca quite la cebolla y se queje de que la echo, aunque sé que no le gusta. Por otra parte, Carla me pedirá que no le eche el tomate y mi padre me dirá que para qué hago ensalada. Para él la ensalada es insípida. Preferiría unos espárragos trigueros a la plancha o algo así.

De pequeña, aprendí a vivir bajo sus exigencias. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años, de cáncer de páncreas. Fue un duro final para ella y, también, para nosotros. Vivimos su enfermedad y padecemos con ella su debilitamiento. Así... hasta el final. Después, mi padre se volvió una persona fría y bastante sobreprotectora. No me dejaba apenas salir de casa, solo quería que me centrara en los estudios y que no saliera con chicos. Ahora, que soy más mayor, sé que lo hizo para protegerme. Pero, quizás, no fue la manera más acertada de hacerlo. Al final, si a uno lo encierran en una jaula durante mucho tiempo, cuando tenga la oportunidad, saldrá disparado como un cohete. Y eso es lo que me pasó a mí.

—¡Chicaaaaas! ¡El abuelo ya está aquí!

No las oigo contestar, pero sé que me han oído. Siguen en la habitación de Blanca haciendo las tarjetas de cumpleaños. A Carla le dan un poco igual este tipo de celebraciones, pero, como buenas gemelas, son idénticas y a la vez muy distintas.

Abro la puerta y ahí está mi padre, ataviado con su abrigo de paño y su bufanda de siempre. Su pelo es canoso y largo por detrás. Lo tiene un poco ondulado. Como es particular en él, está serio. Ya estoy completamente acostumbrada. Me quiere, pero no se da cuenta del daño que hace a veces con sus gestos y sus palabras.

—Hola, papá —expreso cariñosa.

—Hola, hija. ¡Qué frío hace fuera!

Entra y cierro la puerta. Va directamente a dejar el abrigo en el perchero que hay al lado. La bufanda aún sigue en su cuello mientras me habla.

—¿Dónde están mis queridas nietas? ¿Estudiando?

—No... Están preparando las tarjetas de invitación a su cumpleaños. Están muy ilusionadas.

—No seré yo quien te vuelva a decir lo de siempre.

—Papá, son jóvenes. Necesitan aire.

—Lo sé, pero el aire se toma a su debido tiempo. Si no fijate en las consecuencias. Las sabes mejor que yo.

Sí, las consecuencias son mis propias hijas: sus queridas y perfectas nietas. Cuando dice estas cosas, sé que no lo dice a malas, porque las adora; pero también sé que está decepcionado conmigo desde aquel día. Todavía lo recuerdo muy nítido. Al igual que los meses posteriores.

—¡Abueeeelooo! —chillan Blanca y Carla a la vez.

Se abrazan y mi padre les repasa con la vista, de arriba abajo.

—¿Habéis crecido o es cosa mía?

—Abuelo, si nos viste la semana pasada —contesta Blanca.

Los tres se ríen y yo los miro. Ojalá yo hubiera tenido con mi padre la complicidad que él tiene con mis hijas. Me dejó criarlas a mí con la condición de que la educación correría de su parte, así que ahí están: en un colegio pijo privado solo de chicas. Obviamente, es así porque no quiere interrupciones «sexuales» para sus nietas.

Me acerco a la cocina a ver si la lasaña ya está lista. Le queda nada de nada, así que ya giro la ruleta hasta la opción «gratinar». Cojo el bol y lo llevo a la mesa. Los tres ya están sentados. Mis hijas como siempre, sentada una frente a la otra, y mi padre presidiendo la mesa por el otro lado. Todo rutinario, como a él le gusta.

—¿Otra vez ensalada? —pregunta aburrido.

—Sí. Y, de segundo, lasaña —contesto decidida.

—No sé qué problema tienes con cocinar unas verduritas a la plancha cuando viene tu santo padre.

Mis hijas se miran compungidas. Sé perfectamente lo que están pensando: que su abuelo es un pesado, pero que no quieren que discutamos. Voy a intentar no seguirle el juego, pero no va a ser fácil.

Comemos tranquilamente la ensalada. Como yo ya sabía, Blanca se queja por la cebolla y Carla no quiere el tomate. Mi padre se niega en comer la ensalada, así que, simplemente, se come los tomates y la cebolla que le sobran a sus nietas. Yo, claramente, me como la ensalada al completo. Y muy buena que está.

—Voy a traer la lasaña.

Me levanto y nadie dice nada. Pero cuando llego a la cocina escucho la conversación que tienen en el salón.

—¿Qué tal los estudios?

—Bien, bien, abuelo —contesta Carla.

—Así me gusta. Mis chicas de sobresaliente. No sabéis lo orgulloso que estoy cuando les hablo de vosotras a mis amigos y empleados.

Como siempre. Lo típico. Juega con las tretas del chantaje emocional para tenerlas controladas. Mi padre es el jefe de una multinacional de telecomunicaciones. Le sale, prácticamente, la pasta por las orejas. Siempre se ha dedicado al trabajo y a mantenerme a mí bajo control. Ahora, es evidente que también a sus nietas. Entiendo que se preocupe, pero de la crianza me encargo yo. Él ya paga el colegio privado en el que quiere que estudien. No me pude negar, por supuesto. La educación para él es lo más importante, aunque se descuide el cariño paternofilial.

Vuelvo de la cocina y siguen charlando de manera animada. Parece que se ha relajado un poco el ambiente. Reparto la lasaña en trozos iguales y la sirvo en los platos. Mi padre la prueba y asiente. Esa va a ser la mayor prueba de conformidad que tendré hoy.

—Está muy buena, mamá —expresa Carla con los carrillos inflados.

—Carla, por favor, no se habla con la boca llena.

—Perdón, abuelo —contesta cuando ya ha tragado todo.

—¿Quién dijiste que te había dado la receta, mamá? —pregunta Blanca interesada.

—Una amiga de Ana, mi compañera del súper.

Mi padre pone los ojos en blanco. Nunca le ha gustado que trabaje en un supermercado, pero, a la vez, se niega a darme una oportunidad en su empresa. Dice que al igual que me busqué

las castañas para desobedecerle, decepcionarle y quedarme embarazada de un don nadie, que también me las busque para trabajar en algo decente para dar de comer a mis hijas.

—¿La chica esa tan maja? ¿Cómo se llamaba? No me acuerdo —pregunta, esta vez, Carla.

—Julia.

—¡Eso!

La lasaña está buenísima y no es para menos. La receta me la dio la mejor amiga de Ana, mi compañera de trabajo. Yo trabajo en el puesto de frutería y ella en la carnicería. Realmente, es con la única que hablo en ese lugar. Es una buena chica, se merece lo mejor. Un día, después del trabajo, nos fuimos a tomar algo y vino Julia. Acababa de salir del trabajo y al final acabamos hablando de mis comidas de los domingos y de mi padre, por supuesto. Hay veces que no se puede evitar que sea el centro de la conversación. De esa manera, al final, acabó dándome la receta de la lasaña que, a su vez, lo era de su compañero Andrea. Al parecer, por como hablaba de él, diría que le gustaba; pero no soy quién para meterme en la vida de los demás.

—¿Por qué no te buscas otro trabajo, hija?

—Papá, es muy difícil que te den oportunidades.

—Claro. Cuando tienes que dejar los estudios es lo que tiene. Aprended eso, queridas nietas. Tenéis que estudiar mucho para poder tener un trabajo decente, como vuestro abuelo.

Se hace el silencio en la mesa. Seguimos comiendo y, simplemente, espero que coma rápido, se tome el café y se vaya pronto. Me niego a entrar en su juego. No más. Nunca más.

# Capítulo 3



No encajo

Carla

Lunes, 7 de octubre de 2019

07:30

Los cereales se me han quedado blandos en la leche. Qué asco. No me gusta cuando parece que estoy comiendo prácticamente una papilla. Blanca está encantada, pero se nota que no nos parecemos en nada. Bueno, en algo sí: nuestra apariencia. Somos completamente idénticas. Nuestra familia nos distingue, pero en el colegio seguimos teniendo problemas con eso. Si no hablamos, nos confunden. Blanca tiene ese no sé qué en la voz que hace que todos se paren a escucharla. Yo... simplemente no existo para los demás. También nos diferenciamos en la forma de vestir, pero como en el colegio usamos uniforme, eso da igual. Tenemos el pelo, los ojos y los lunares iguales. Nuestra complexión y nuestra altura es prácticamente similar. Incluso usamos la misma talla y copa de sujetador.

—Carla, date prisa. Salimos en diez minutos.

Asiento y sigo intentando comerme los cereales de chocolate emblandecidos. Blanca ya ha terminado y se levanta para ir a cepillarse los dientes.

Hago un poder y me meto cucharadas a mansalva con la esperanza de acabar rápido con este suplicio. Vibra el móvil de mi hermana y se ilumina el nombre de Víctor. Qué pesadilla de ser. No sé cómo Blanca no se da cuenta de cómo es y lo deja.

Me lo presentó al principio de la relación, pero con la premisa de que, obviamente, no podía decir nada. Mi padre lo sabe porque se enrollaron por primera vez en su bar. La verdad es que no disimuló mucho.

Papá nos ha dicho mil veces que se lo contemos a mamá, que no dirá nada al abuelo; pero nosotras sabemos perfectamente lo que hay. Como entre ellos no se hablan es mucho más fácil que el secreto esté a salvo, pero con nuestra madre es más difícil. El abuelo parece que aún vive en aquellos años en los que ella era una adolescente.

—Vengaaaa, Carla. Cinco minutos.

—Yaaa voooooy.

Tiro el resto de leche en el fregadero y lleno el bol de agua para aclararlo un poco. Voy al baño y me cepillo los dientes. Blanca se está peinando un poco con las manos, intentando darle más volumen al pelo.

—¿Qué pasa? —pregunta Blanca al sentir mi mirada inquisitoria.

—¿Cuándo vas a dejar a ese energúmeno?

Blanca suspira, pone mala cara y sale sin contestar. Estoy más que acostumbrada, pero no estaría de más que al menos hablásemos del tema. Sé que cree que no me doy cuenta o que no me he enterado, pero llora a escondidas. Nuestras habitaciones se conectan y no soy tonta. Que yo sepa no tiene ningún tipo de problema con nadie más.

Me enjuago con agua, limpio el cepillo de dientes morado y me miro al espejo. Tengo ojeras. Ir al colegio es un suplicio y, los días de diario, mi cuerpo lo sabe. No duermo bien de domingo a jueves. Viernes y sábado duermo de lujo e, incluso, mamá me deja descansar un poco más. Le he dicho tantas veces que no encajo... Ella me dice que son cosas mías, pero sé que se preocupa igualmente, lo noto en su cara.

—¡Nos vaaamooooos!

Oigo la puerta abrirse y me miro una última vez al espejo. Mis ojos azules están algo apagados. No sé si es porque estoy triste o porque es otoño y el día está gris. Aunque, en realidad, muchos de mis días son así: ni blancos ni negros.

Salgo a toda prisa, me pongo el abrigo de paño azul y me cuelgo la mochila. Blanca y mamá ya están en el rellano.

—Mira que eres tardona... —dice Blanca burlándose de mí.

Le saco la lengua y veo cómo mamá cierra la puerta con llave. Ella ya va ataviada con su uniforme de trabajo, ya que pasa de cambiarse en el vestuario. Dice que las compañeras no le caen bien, excepto Ana, y que mejor no pasar más tiempo del necesario con ellas. Su «uniforme» es azul marino y amarillo. Realmente, nunca me había parado a pensarlo, pero me gusta esa mezcla de colores.

Bajamos al garaje y montamos en el coche: un *Renault Captur* de color gris. Nos ha prometido que lo podremos conducir cuando nos saquemos el carnet, allá como dentro de dos años o tres. La creo, pero no lo veo muy cercano.

El colegio no está lejos. Nosotras vivimos en un barrio al lado del centro y el colegio está a

las afueras, prácticamente al lado del pinar. Tardamos unos quince minutos en coche, como mucho, pero como mamá trabaja en un pueblo y le pillan de paso, prefiere llevarnos ella en vez de que vayamos en autobús. Me pongo los cascos y escucho mi propia música. La que pone mi madre en la radio es de su gusto, pero no del mío. Le doy al *play* y suena *Easy love* de Sigala. No me importa el género de lo que escucho, sino lo que me hace sentir cada canción.

Veo que Blanca está mirando por la ventanilla y a veces echa un vistazo a su móvil. Pone cara mustia y vuelve la vista al paisaje. Suspiro y hago lo mismo.

Estamos saliendo de la ciudad aún; hay bastante tráfico. Esta canción me anima y hace que vea el mundo como lo hacen en el videoclip. Las canciones de Sigala siempre me alegran cuando estoy triste; siempre da color a mis grises.

Y, ¿por qué me siento así? Simple. Mi vida me gusta. Tengo una familia que me quiere tal y como soy. Poco más puedo pedir. Aunque, bueno, me gustaría estar bien en el colegio. Siento que no encajo para nada con lo que los demás esperan de mí.

Acaba la canción y empieza *Sweet Loving* de Sigala junto a Bryn Christopher. Ya estamos casi en el colegio y no puedo evitar pensar que quizás me espere otro día de cuchicheos a mis espaldas y miradas de más. Cierro los ojos y respiro. Intento visualizar el videoclip de la canción. Los patines. Los colores. La alegría que inunda todo.

—¿Carla? ¿Me oyes?

Me bajo los cascos asustada.

—Perdón, mamá.

—Venga, cariño, que llegáis tarde. Dame un beso.

Blanca ya está fuera del coche esperándome. Le doy un beso en la mejilla a mi madre y salgo corriendo al encuentro de mi hermana. Está en la verja de fuera, apoyada.

—Venga, vamos.

Me sonrío y traspasamos el parque infantil y las canchas de baloncesto. Nos queda la escalinata de entrada del bloque y subir al segundo piso. A por otro día más de suplicio en esta jaula.

# Capítulo 4



Intenta entenderme

Blanca

Lunes, 7 de octubre de 2019

11:05

Suena el timbre y me asusto. Estaba pensando, como siempre, en mis cosas. Estoy sentada al lado de mi compañera de mesa: Alejandra. Sus padres son mexicanos y su piel es de un color precioso. Tiene el pelo superlargo y castaño muy oscuro. Es muy guapa y agradable, y ella sí estaba tomando apuntes de lo que estamos dando en Inglés. Es muy aplicada y sabe expresarse perfectamente en ese idioma. A mí me cuesta un poco más.

Como he escogido la rama de ciencias, ya que me gustaría ser veterinaria, el profesor nos intenta poner más vocabulario orientado a estas. Es de agradecer y necesitaré el idioma para leer miles de manuales y estudios sobre animales, pero, de momento, no puedo. Mi madre me ha dicho que como siga así, me apunta a una academia. En realidad, me da pereza, pero puede que sea una buena solución.

—Tía, ¿estás bien? —me pregunta Alejandra tocándome el hombro.

—Sí, sí, perdona. Estaba pensando.

—Te espero en el sitio de siempre, ¿vale?

Asiento con la cabeza y empiezo a guardar mis cosas en la mochila. Saco el almuerzo, un bocadillo de jamón york y queso, y me levanto de la silla. Sigo dándole vueltas a la cabeza desde esta mañana al comportamiento de mi hermana. No sé por qué le tiene tanto odio a Víctor. Incluso él me ha dicho que Carla le parece simpática.

Creo que aprovecharé el recreo para hablar con ella, ya que, prácticamente, solo coincidimos en Educación Física, que es común a ambas clases porque somos pocos alumnos, y en la optativa de Informática.

Salgo de clase, bajo las escaleras y me acerco a mi grupo de amigas. Allí están ya Alejandra, Jessica, Patricia y Estíbaliz. Jessica lleva su look de siempre, el pelo castaño en un

moñete alto y su flequillo a lo cortina. Además, en vez de llevar las medias del uniforme, opta por ponerse los calcetines largos hasta las rodillas. No sé cómo no se pela de frío, la verdad. Yo voy con los leotardos. Patricia y Estíbaliz son primas y son algo así como las malotas y las malhabladas de la clase. Siempre hacen la vida imposible a los profesores y acaban echándolas casi siempre al pasillo o al despacho del director. Patricia tiene el pelo rubio con el corte por los hombros. Sin embargo, Estíbaliz lo lleva superlargo, aunque del mismo color.

—Hola, chicas. ¿Os importa que vaya a hablar un momento con Carla?

—A ver, ¿qué ha pasado esta vez? —pregunta Estíbaliz con aire de superioridad.

—Nada, que tenemos que hablar de una cosa.

—Ve, tranquila, luego nos vemos —contesta Alejandra con una sonrisa tranquilizadora.

Por algo es mi mejor amiga. Me doy la vuelta y voy en busca de mi hermana. Seguramente esté con Paula en algún rincón o escalera. Oigo cuchicheos a mis espaldas, provenientes de la voz de Patricia, y luego risas. Resoplo. Cada vez estoy más cansada del rollo que se traen, pero me conviene llevarme bien con ellas, aunque sea por el año que me queda aquí. Después, seguramente, solo mantendré el contacto con Alejandra y alguna persona más de clase.

Ando más deprisa y al dar la vuelta a una esquina las veo sentadas en el suelo, con las espaldas apoyadas en la pared. Paula es la mejor amiga de Carla. Tiene unos ojos azules preciosos y una sonrisa enorme. Cuando me ve se levanta para saludarme. Es la única que nos distingue a la perfección junto a Alejandra. Vamos, que son las únicas dos personas que se molestan en diferenciarnos la una de la otra. Ni siquiera las chicas de mi grupo lo hacen a no ser que hablemos, ya que el tono de nuestra voz al expresarnos es ligeramente diferente, al igual que nuestra actitud.

—¿Te molesta que te robe un minuto a Carla? —pregunto sonriendo.

—No, claro. Hablad. Voy a dar una vuelta. Ahora vuelvo.

Amo lo comprensiva que puede llegar a ser. Mi hermana tiene suerte de tenerla a su lado. Carla tiene cruzadas las piernas como un indio y está cabizbaja. Me siento a su lado, con cuidado de que no se me manche el uniforme azul marino. Abro el papel aluminio que envuelve mi bocadillo y le pego un mordisco. Suspiro.

—¿Puedes explicarme por qué me has dicho eso esta mañana?

—Ya lo sabes.

—¿El qué sé?

—Que no te merece.

Se nos avecina la conversación de siempre. Me molesta que sea tan tajante y, a veces, se niegue a escucharme.

—¿Por qué no me merece? —pregunto hastiada.

—Porque es un tóxico. Siempre quiere tenerte controlada y no te deja ser libre.

—Es mi novio. No quiere tenerme controlada, solo me pregunta cómo estoy y qué hago —expreso mientras veo que pone sus ojos en blanco—. Vale, vale. Puede que con mucha frecuencia, pero eso no quiere decir que sea un tóxico.

—Lo que tú digas...

Siempre esa actitud. Me cansa. Es mi hermana y nunca hemos discutido tanto como desde que salgo con Víctor.

—Intenta entenderme —le digo con lágrimas en los ojos.

—¿Qué tengo que entender exactamente?

—Que le quiero, Carla. Cómo se nota que no lo has sentido nunca.

Carla, de repente, me mira con lo que pienso que es una mezcla de enfado y tristeza. Se levanta, se sacude las manos y me deja plantada aquí, en el suelo. Veo que se acerca a Paula, que venía ya en nuestra dirección, y con un tirón en el brazo hace que cambie de rumbo.

Noto cómo me cae una lágrima por la mejilla. No tendría que haberle dicho eso, pero no deja de juzgarme y, sobre todo, de meterse en mi vida y la de Víctor. Es mi novio y tiene que respetarlo.

Me seco las lágrimas y me dirijo a la verja, donde mi grupo está aún charlando de forma animada. Alejandra me mira desde lejos y noto que me analiza con los ojos. Soy un libro abierto y lo sé, sobre todo para ella. «¿Qué pasa?», le leo en los labios. Le hago un gesto con el dedo de que luego le cuento y me intento unir, lo más fluidamente posible, a la conversación que están teniendo sobre ir de compras un día de estos.

Al rato suena la música que suelen poner para que vayamos entrando a las clases. Ahora toca Biología y no puedo ser más feliz. Al menos eso hará que me olvide un poco de lo que ronda mi cabeza hoy. Quiero a mi hermana, quiero a Víctor, y tengo miedo de que eso termine siendo un problema.

# Capítulo 5



Como dos gotas de agua

César

Lunes, 7 de octubre de 2019

14:35

Ya es la hora de comer, así que esto se empieza a llenar de gente que quiere tomar unas tapas. Cuando me quiero dar cuenta, tengo más de dos mesas pendientes de comanda y otras dos sin servir todavía. Me acerco para ver qué es lo que quieren pedir. Una ración de patatas bravas y un par de refrescos de naranja. Apuntado. La otra mesa me hace un gesto de «seguimos pensando» y suspiro aliviado.

Entro en la cocina y, justo en ese momento, las comandas de las dos mesas que estaban sin servir están listas; pero noto que me vibra el teléfono móvil en el bolsillo del pantalón vaquero oscuro que llevo, normalmente, para trabajar.

—¿Sí?

—¿César? No te oigo, hay mucho ruido —contestan al otro lado de la línea.

—¡Un segundo! —grito al teléfono para que me oiga y me dirijo a mi camarero de tarde, que ha entrado hace veinte minutos—. Lleva estas dos comandas. Esto es para la cuatro y lo otro es para la seis.

—Claro, jefe —contesta Víctor con una sonrisa condescendiente.

Salgo del bar, agobiado, y una ráfaga de aire frío hace que se me ponga la piel de gallina. Encojo los hombros, saco un paquete de tabaco del bolsillo de atrás del pantalón y me enciendo un cigarrillo con un mechero morado; me lo regaló mi hija Carla.

—Dime, Esmeralda. Ya estoy.

—Al final me echarán la bronca. Llevo esperando aquí dos minutos... mínimo.

—Esmeralda, por si no te das cuenta, yo también estoy trabajando. Dime.

—Se me ha liado en el supermercado. Tengo que ayudar a hacer inventario del almacén.

¿Puedes ir a buscar a las niñas?

Suspiro. Claro que puedo ir a buscar a las niñas. Son mi vida. Vale, tenemos la custodia bastante libre. Por presión del padre de Esmeralda, las niñas tienen que vivir con ella, pero yo puedo verlas todo lo que quiera. Son mi vida y haría lo que fuese por ellas.

—Claro, preciosa. ¿Ahora? —Seguro que se ha puesto colorada. Lo sé.

—Ay, César, ya no somos unos críos —contesta molesta, aunque con voz amorosa.

No me puedo creer ni yo que tengamos tan buena relación después de todo lo que pasó. Bueno, después de lo que su padre hizo que pasara.

—Lo sé... Venga, voy a por ellas entonces, ¿no?

—Sí, ahora las aviso.

Estoy a punto de colgar, para ir corriendo a por algo de abrigo y al coche, cuando escucho su voz aún en la línea.

—¿César?

—Dime.

—Gracias. Por todo.

Sonríó. No puedo evitar hacerlo cuando la nostalgia me invade. Aún recuerdo cómo me miraba y me sonreía. Ahora apenas nos vemos, pero sé que donde hubo fuego, cenizas quedan. Aunque, aun así, no puedo hacerme ilusiones. Sigue habiendo un obstáculo muy grande: el abuelo.

Entro en el bar, les comento a mis empleados que tengo que ir un momento a por mis hijas y cojo la chaqueta. Me acerco hasta el coche mientras me la abrocho. Es un *Ford Edge* de color granate. Un todoterreno como Dios manda. Ya tiene tres años, pero aún va como el primer día. Otra cosa no, pero es un bien muypreciado, al igual que mi bar. Cómo me costó abrir el negocio. Estuve trabajando en muchísimos sitios al mismo tiempo para poder conseguir el dinero suficiente para invertir. Sí que es verdad que un par de amigos y mi hermana me dejaron quedarme en sus casas para que yo pudiera alcanzar mi meta. Gracias a ellos es por lo que estoy aquí. Bueno, a ellos y a mi Esmeralda. Ella siempre quiso ayudarme a montar el negocio. Íbamos a convertirlo en un trabajo familiar. Por eso se llama *Bar Esme*. Por ella. Siempre ha sido por ella. Todo.

Subo al coche y conduzco hasta el colegio de las niñas. Está en el pinar y, aunque no está muy lejos, no quiero que me esperen demasiado tiempo. Recorro el tramo de ciudad que me

queda, que no es mucho, y en nada estoy en la carretera que llega directamente a la escuela.

Cuando llego y paro en el pequeño aparcamiento que hay fuera, veo que ya me están esperando. Carla, por un lado, con su amiga Paula, y Blanca con un grupo de adolescentes, un poco más hacia la derecha.

—¡Hola, chicas! ¡Ya está aquí vuestro salvador!

Carla sonríe y me acerco primero donde está ella con Paula. Me ofrezco a llevarla a su casa, pero dice que su madre llegará en nada a recogerla.

—Papá, me voy metiendo en el coche, ¿vale?

—Vale, cariño. —Le beso la frente, como he hecho siempre.

Me acerco al grupito encabezado por Blanca y veo a Alejandra y otras chicas. Solo conozco a la que es su mejor amiga, pero al resto no.

—¿Nos vamos?

—Sí, sí, un segundo, papá —me implora con la mirada.

—Vale, te esperamos en el coche, no tardes que no puedo dejar el bar solo mucho rato.

Me alejo y me meto en el coche. Veo como dos del grupo me miran de reojo y cuchichean, pero ya soy muy mayor para esas pamplinas adolescentes. A ver, tengo 36 años, pero es lógico pensar que no me voy a preocupar por lo que dos niñas de colegio privado digan de mí.

—Les has gustado —dice Carla antes de ponerse los cascos.

—Bueno, su problema es. —Y nos reímos—. ¿Qué tal hoy en clase?

—Bueno... bien, como siempre.

—Eso no ha sonado muy convincente, señorita.

—Lo sé... —contesta afligida.

—¿Qué ha pasado?

Justo, en ese momento, entra Blanca en el coche y deja la mochila entre sus piernas. Ella se ha puesto detrás, porque su hermana ya se había puesto en el asiento del copiloto.

—Ya estamos —me dice sonriendo mientras se pone el cinturón de seguridad.

—Estamos —contesto.

Arranco y veo cómo mis hijas se despiden con la mano de sus amigas. Pero, la verdad es

que estoy preocupado. Sé que no vivo ni estoy todo el rato con mis hijas, pero reconozco en Carla mi mirada cuando era joven. Sé que es un alma libre como yo. Diferente. Sé que sabe que no encaja, pero tiene miedo a exteriorizarlo. Espero que luego pueda soltarse y hablar conmigo.

—Bueno, chicas, ¿os hace comer en el bar?

—Sí, claro —contesta Carla.

—Sí, me parece genial —contesta Blanca después.

Es, entonces, cuando tomo el carril de la derecha y giro camino a mi negocio. Llegamos y veo que sigue desocupada la misma plaza de aparcamiento que he dejado hace un rato. Estoy de racha hoy. Aparco y Blanca coge su mochila y, prácticamente, corre hacia el bar. Claro, no había caído. Hoy está Víctor trabajando. Su hermana se lo toma con más calma y bajamos del coche casi a la vez.

—Cariño, dile a Pepe que os prepare algo de comer. Lo que queráis. ¿Vale?

—Vale, papá —me dice sonriendo.

—Oye, Carla.

Se gira y me mira esperando a que le diga lo que quiero decirle.

—Te quiero mucho, hija. Lo sabes, ¿no?

—Claro.

Sonríe y a mí se me ilumina la vida. Obviamente, quiero a mis dos hijas por igual, faltaría más, pero Carla y yo somos uña y carne; creo que nos parecemos demasiado y veo en ella un reflejo mío.

Me apoyo sobre el capó del todoterreno y me enciendo otro cigarro. Tendría que dejar ya esta mierda, pero no puedo; demasiado estrés, supongo. Miro mi bar desde fuera. No es muy grande, pero tampoco es pequeño. Es un local normal y corriente en el que he puesto mis esperanzas e invertido dinero y tiempo. Miro hacia arriba y veo el cartel en el que pone *Bar Esme* y cierro los ojos.

Recuerdo la primera vez que la conocí. Fue aquí. En este bar. Pero no era mi negocio, sino el de otro. Era el *Pub Estrella*. Me acuerdo como si fuera ayer. Yo trabajaba de camarero. Empecé a trabajar con 16, ya que no me interesaba estudiar. Como he dicho antes, soy un alma libre. Un día entró ella: su pelo castaño y rizado, su sonrisa, su olor cuando se acercaba a la barra para pedirme la bebida. Aún lo recuerdo: vainilla. Creo que lo mío fue amor a primera vista. A ella no se lo llegué a preguntar nunca, pero siento que también fue así.

Poco a poco nos fuimos conociendo. En esa época yo tenía 19 y ella 18 años. Me contó muchas cosas sobre su casa y que salía sin que su padre se enterase, que era muy estricto. No sé si fueron sus ansias de volar, pero volando me encontró a mí. Me sentí la persona más afortunada del mundo. Empezó a venir más a menudo hasta que un día nos liamos fuera del pub. Creo que no me había sentido así en mi vida. Es más, creo que no me voy a volver a sentir igual nunca. Esmeralda es especial y siempre va a ser el amor de mi vida. Siempre va a ser la madre de mis hijas. Siempre va a ser la persona con la que no me dejaron estar.

Me despierta de mi ensoñación una gota de lluvia en el ojo. Veo que está empezando a llover y entro al bar. Ya se han ido muchos de los comensales que había cuando me fui y solo queda una mesa de señores que juegan a las cartas, unas chicas jóvenes tomando un refresco y mis hijas. Mi luz.

Veo que Víctor está al lado hablando con Blanca. Sé que empezaron a salir hace un año, pero no me termina de convencer. Yo solo se lo advertí una vez. Que cubría la relación ante su madre y el abuelo con tal de que tuviese cuidado. Me prometió que así sería y espero que siga así durante mucho tiempo. Siempre, para ser más exactos.

Veo que Carla mira de reojo a los tortolitos y pone cara de asco. Me río. Esa es mi niña. Me acerco a ellas y veo que están comiendo un plato combinado cada una. Unos filetes de lomo, patatas y unos huevos fritos.

—¿Está bueno?

—Sí, papá —contesta Carla.

—Y tú, ¿qué? ¿Has acabado ya tu jornada o...?

—No, no, señor.

—Pues venga, a la cocina. Ayuda a Pepe a fregar.

—Claro, señor.

Me divierte mucho ver su cara de terror cuando me acerco de forma autoritaria y no como jefe, sino como padre de su novia.

—Ya te vale, papá —me dice Blanca.

—No sé de qué me hablas.

—De Víctor. Que es mi novio, papá.

—Bueno, pero es su jornada laboral. Luego hacéis lo que queráis antes de que os lleve a casa... Bueno, no. Lo que queráis no. Ya me entiendes.

Se ríe y Carla también. Por primera vez, desde que he ido a buscarlas al colegio, las veo mirarse cómplices. Como si se estuvieran mirando en un espejo. Y, por primera vez, pienso en si no se las hará raro ser iguales... como dos gotas de agua.

# Capítulo 6



Te quiero

Blanca

Lunes, 7 de octubre de 2019

17:30

Me mira a los ojos y enloquezco completamente. Creo que nunca me he sentido tan atraída por alguien, aunque tampoco es que haya tenido demasiado tiempo. Sus ojos verdosos hacen que me pierda en un universo del que no sé cómo salir. Voy alternando, también, para admirar sus labios carnosos y su media sonrisa.

Con su mano me coge un mechón de mi pelo rubio rizado y lo pasa por detrás de la oreja, sin prisa. Como si no la tuviéramos. Ya he hecho la mayoría de los deberes, pero aún tengo que estudiar para el examen de Lengua del viernes. Carla, al contrario, sí que se ha quedado dentro hincando los codos. A veces, admiro su decisión y su constancia.

—Nena, estás muy guapa hoy —me susurra mientras me sonrío.

Yo me sonrojo y no sé qué decir. Llevamos, prácticamente, un año juntos y aún no me siento del todo segura respecto a los piropos y demás. Agacho y niego con la cabeza. Víctor me la levanta cuidadosamente con un dedo en mi barbilla para que lo mire.

—¿Aún no te lo crees?

Me coge por la cintura, y me acerca un poco más a él, hecho que hace que tenga que levantar un poco más la cabeza, ya que es más alto que yo. Con la otra mano me coge de la nuca cuidadosamente y me acerca a él para besarme. Cierro los ojos y me dejo llevar. Apenas recuerdo que estoy en el despacho del bar de mi padre, donde hace todas las cuentas y papeleos.

Me coge de la mano sin dejar de besarnos y me lleva hacia el sillón verde que hay en una esquina. Se sienta y hace que también lo haga yo, pero a horcajadas encima de él.

—Eres solo mía. Lo sabes, ¿no?

Yo asiento y nos seguimos liando sin parar y con una sed irrefrenable. No nos podemos ver muchos días a la semana, así que quiero aprovechar este momento más que nunca. Ahora está en

su media hora de descanso del trabajo. Me vibra el móvil y veo que es un mensaje de Alejandra preguntándome si estoy bien después de la discusión con mi hermana. Voy a responderla y Víctor me quita el móvil de la mano y lo deja en una mesita que hay al lado del sillón.

Me llama la atención con la mirada. Su mirada. Creo que me va a explotar el pecho de amor. Estoy muy enamorada de Víctor y no puedo evitar pensar que no le merezco. Carla siempre me dice lo contrario, que el que no me merece es él y que es un capullo. Yo no creo que sea así, lo que pasa es que no podemos vernos mucho y quiere aprovechar el tiempo que puede estar conmigo al máximo.

Nos seguimos besando y suspiro. No sé si he dado alguna especie de señal, pero me mete la mano por debajo del polo del uniforme. Me acaricia la barriga despacio, provocándome cosquillas, las cuales hacen que se me ponga la piel de gallina. Mis manos, que aún permanecían algo inmóviles, rodean su cuello.

Sin querer, el contacto de su piel y los besos hacen que ya no sea tan tímido y romántico, sino que empiece a ser más pasional y visceral. Me muerde el labio y su lengua juega con la mía a un nivel frenético. Le acaricio el pelo, porque sé que le gusta y me gruñe. Realmente, temo porque papá o alguien entre en cualquier momento; pero, la adrenalina puede más en este momento y me dejo llevar.

—Te quiero —le digo con los ojos vidriosos.

—Yo también, nena.

Esas palabras parece que han tenido algo de mágico. Lo he visto en sus ojos verdes y en su sonrisa.

—¡Blancaa! ¡En diez minutos nos vamos!

Me sobresalto por las voces de Carla, que sé que me hablan desde la planta de abajo. El despacho está justo al subir unas escaleras de madera, tras la cocina.

—¡Valeee!

Le contesto porque sé que si no va a subir y nos va a cortar el rollo... o, quizás, ya lo haya hecho.

Cuando vuelvo a mirar a Víctor veo llamas en sus pupilas.

—Pues aprovechemos estos diez minutos.

Me vuelve a besar y noto una diferencia abismal. Noto como si le fuese la vida en ello, cosa que me sorprende. La mano que estaba en mi barriga pasa a levantarme un poco la falda y

posarse en mi nalga derecha. Me aumenta la respiración y él lo nota, así que intenta meter la otra mano dentro de mis leotardos, por la parte de adelante. Me separo de golpe y lo miro confundida.

—Venga, nena. Llevamos un año... ¿no crees que ya es hora de hacer algo más?

Noto en su mirada que lo dice en serio, pero yo no puedo evitar sentirme decepcionada. No estoy preparada.

—Víctor, ya sabes que no...

—¿No... qué, Blanca?

—Que no estoy preparada, Víctor.

—Tranquila, soy yo. No pasa nada, nena.

Desoyendo lo que acabo de decirle, intenta seguir con su cometido. Mete mi mano debajo de los leotardos y yo me zafo de la mejor forma que sé: dándole un tortazo, levantándome y saliendo corriendo.

—¡Blanca! ¡Espera!

No. No quiero mirar atrás. No me ha respetado. Cojo el móvil de la mesilla, cierro la puerta del despacho y empiezo a llorar sentada en un escalón que ya toca la planta de abajo. De repente, aparece Carla, como un ángel de la guarda. Nos miramos a los ojos y me levanto a abrazarla.

—Eh... tranquila. ¿Qué ha pasado?

—Víctor... quería... —No puedo articular más palabras porque sollozo sin control.

Carla me abraza más fuerte. No me echa nada en cara. Sabe que Víctor es un capullo y ni siquiera va a dignarse en recordármelo. Es, ahora, cuando me doy cuenta de que tengo personas maravillosas a mi lado y, sobre todo, una hermana que vale oro y que va a estar siempre.

—Blanca, te quiero. No quiero que estés así.

Tiemblo. Tengo hipo y no dejo de llorar. Pero ahora sé que ese «te quiero» es el que vale de verdad, y no el que me profesa Víctor para intentar conseguir algo más.

# Capítulo 7



## El vestuario

Carla

Martes, 8 de octubre de 2019

08:15

—¡Venga! ¡Calentando rodillas!

Y aquí estamos, a primera hora de la mañana en la clase de Educación Física. Odio esta asignatura. Además, nos juntamos las dos clases, la de ciencias y la de letras, porque somos pocos alumnos. Me siento superrídícula haciendo este ejercicio para calentar. Parezco un pato mareado. Menos mal que está Paula para amenizarlo. Siempre está con una sonrisa en la boca y la envidio por ello, la verdad. Yo soy una persona más reservada y seria. Se puede decir que voy más a mi rollo.

—¡Muy bien, chicas! Ahora venid, haced un círculo —nos pide Marcela, la profesora—. Hoy voy a hacer dos grupos variados, según la resistencia que tengáis con la maratón.

Empieza a decir nombres, entre ellos el de Blanca, Patricia, Estíbaliz y, desgraciadamente, el de Paula.

—Vosotras, vais a dar dos vueltas al aparcamiento de tierra y, después, vais a correr hasta el cuartel y os venís a dar otras dos vueltas a las canchas de baloncesto.

Dios mío, menos mal que no estoy en ese grupo. Blanca es más atlética que yo y, en general, más activa. Yo, sin embargo, no tengo tanta resistencia porque no me gusta mucho el deporte. Al lado del colegio hay un cuartel militar y, hoy, es la primera vez que lo incluye en la rutina de la maratón. Ya nos habían advertido los más mayores del colegio sobre sus rutinas de clase, aunque no les creímos demasiado.

—Las demás vais a dar dos vueltas a los aparcamientos de tierra, vais a salir al carril bici, pero solamente vais a llegar a la rotonda. De esa manera, más o menos todas llegaréis al mismo tiempo para hacer las dos vueltas a las canchas —explica—. ¿Todo claro?

Todas asentimos con la cabeza.

—¡Pues venga, ánimo! Ya sabéis que suelo ir con las de resistencia alta, pero no dudéis en darme un toque si necesitáis algo y me tenéis cerca.

—¿Podemos escuchar música? —pregunto tímidamente

—Sí, claro. Esto quiero que quede claro. Cada uno tiene sus rutinas. Podéis escuchar música, pero solo dentro del recinto. Fuera no, porque hay coches y bicis y es necesario que estéis alerta. ¿De acuerdo?

Esta vez contestamos preparándonos para correr. Saco mis cascos y me los pongo en las orejas. Selecciono mi lista de *Spotify* y le doy al *play* para que reproduzca de manera aleatoria.

«Vamos, Carla. Tú puedes», me autoengaño.

Veo que Blanca está con sus compañeras de clase, pero que se gira para sonreírme y desearme suerte.

—¡Venga! ¡Ya, chicas!

Todas empezamos a correr, unas más despacio que otras, como es mi caso y el de alguna compañera más. Alejandra está en mi grupo, pero va algo más rápido que yo, así que imposible acompañarnos. De las amigas de mi hermana es la que mejor me cae, junto a Jessica. Patricia y Estíbaliz, «las primas», como yo las llamo, son bastante... cómo decirlo... petulantes. Además, hacen *bullying* a las chicas del colegio que ven más débiles. Y, claro, a mí. Blanca no lo sabe, porque, realmente, apenas coincidimos en las clases. Tampoco quiero decírselo, pero me empieza a pesar que cada vez que me vean se rían de mí. Lo noto y sé que no me lo estoy inventando.

Está sonando *This is what you came for* de Calvin Harris y Rihanna. Intento respirar lo mejor que puedo, pero me ahogo por momentos. En parte, por el esfuerzo que estoy haciendo y, también, por la situación de ayer. Parece que Blanca se ha dado cuenta de que Víctor no es para ella, pero no estoy muy segura de que esto vaya a acabar bien. Tengo un mal presentimiento.

Después de lo que pasó en las escaleras, no hemos hablado más del tema. Asumo que no quiere hacerlo y que necesita su tiempo para pensar, así que no lo he forzado. Tampoco le he dicho mi opinión, solo hice lo que creí conveniente: abrazarla y escucharla.

No se lo he contado a papá. Sé que, si se entera, despedirá a Víctor sin miramientos y se puede buscar un problema por despido improcedente. Nos quiere, nos protege, siempre está ahí para nosotras, pero no se merece una demanda por nuestros líos. Bastante es que la haya cubierto frente a mamá y el abuelo. Mamá seguro que no tendría ningún problema, pero no quiere ni puede enfrentarse a él. La entendemos. No nos podemos imaginar cómo fue crecer con él y sin la

abuela. Siempre nos habla muy bien de ella, pero el abuelo no nos ha enseñado aún ni una sola foto. Sé que le dolió su enfermedad, su muerte, pero creo que está encerrado en una coraza de la que no se quiere desprender. Eso solo le hace daño.

Parece mentira, pero ya he dado las dos vueltas al aparcamiento y estoy saliendo del colegio. Veo compañeras esparcidas por el carril bici y vislumbro a algunas que ya están cerca del cuartel. No sé cómo lo hace Blanca para tener tanta resistencia. Seremos gemelas, pero, definitivamente, no nos parecemos en nada.

«Vamos, Carla. Queda poco».

Empieza a sonar *Gold* de Antoine Clamaran. No la pauso, simplemente me bajo los cascos al cuello para poder tener percepción de todo, a la vez. Me la hizo escuchar papá ayer, en nuestra conversación. Me dijo que pensara en él, en que siempre va a estar a mi lado para todo y que yo soy oro, que viva mis sueños y nunca me rinda, que los conseguiré. Realmente, no sé muy bien qué pensar sobre eso. Quiero dibujar toda mi vida. También me llama mucho la atención el mundo de los tatuajes y alguna vez he pensado en abrir mi propio negocio. Pero lo veo muy lejano y el abuelo no va a estar para nada de acuerdo. Papá me dijo que me lo paga él, que no tiene ningún problema con tal de que yo sea feliz; que ya hablará con mamá sobre cómo podemos hacerlo y que el abuelo no tiene por qué enterarse.

Aun así, esto no es lo único que me preocupa. Siento cosas y mariposas en el estómago cuando la veo, pero no estoy segura de lo que es. Creo que la quiero. Cuando Blanca, en el recreo, ayer, me dijo que no sabía lo que era querer, me dolió... muchísimo. Claro que lo sé, pero no puedo decirlo libremente. Tengo... miedo. Miedo al rechazo. Miedo a ser diferente.

Estoy sofocada. Necesito parar. Paro y arqueo la espalda sujetándome con las manos en las rodillas. Estoy agotada. Estoy cansada de estudiar como la que más, de sentir cosas que quizás no deba, de... de todo.

Veo que ya están volviendo las compañeras que están más adelantadas, junto a la profesora, en la maratón. Y van pasando por mi lado en grupos de dos. Blanca viene con Paula y las sonrío, entrecerrando un poco los ojos, ya que me da el sol de lleno en la cara.

—¿No puedes con una carrerita de nada o qué? —suelta Patricia con aire chulesco.

Las primas van juntas, obviamente, y se ríen de mí. Otra vez. Estoy cansada. Quiero llorar.

—Como se nota que Blanca es mejor... en todo, en general —exclama Estíbaliz riéndose mientras se alejan cada vez más de mí.

Me salen las lágrimas y me ruedan por las mejillas. No puedo más. Empiezo a andar, para

al menos terminar el recorrido. Me pongo los cascos, ya todo me da igual. Llego al colegio de nuevo y hago el paripé corriendo un poco para que la profesora no me diga nada.

Al terminar, nos da la enhorabuena y nos da a elegir un deporte. Algunas jugamos al béisbol y otras al baloncesto. Yo soy de las primeras y me lo paso genial. Consigo distraerme con Paula y el resto de compañeras, que la mayoría son de mi clase, y se me pasa el resto de la hora superrápido.

La profesora nos llama y nos dice que va a terminar la clase, que vayamos a cambiarnos al vestuario. Bajamos a la planta del sótano, que es donde se encuentran los dos gimnasios, y entramos.

El vestuario es bastante grande. Hay taquillas en las que cada persona deja sus enseres personales, desodorantes y demás y, cruzando una puerta, hay un baño. Veo que algunas compañeras se están mojando la cara y limpiando sus axilas; otras se están peinando mirándose al espejo. No tenemos mucho tiempo, porque en nada empieza la siguiente clase, pero agradezco este rato de relajación antes de sentarnos en los pupitres.

Depende de la confianza, algunas no tienen pudor para cambiarse delante de las compañeras. Otras, como yo, nos cambiamos dentro del baño.

Cuando salgo, Paula me dice que me espera fuera. Mi hermana me da un abrazo y se va también con Jessica. Voy al espejo y me miro con el uniforme. Ya he metido la ropa de deporte en la mochila y me pongo las horquillas moradas de siempre para sujetarme algunos mechones. Me mojo un poco la cara y me seco con una toalla, que también he traído.

Una vez seca, aparto la toalla y las veo, detrás de mí, con caras burlonas: las primas. Las odio.

—Carla, ¿quieres una foto o algo? —pregunta Estíbaliz.

Me doy la vuelta, con paciencia y miedo.

—¿Perdón?

—Aparte de friki y cutre, ¿eres sorda? —pregunta de nuevo.

No sé qué decir. Opto por coger mis cosas e intentar irme. Les doy la espalda, pero cuando voy a salir del vestuario se ponen delante de mí, impidiéndome el paso.

—¿No me vas a contestar?

—¿Qué quieres?

—Sé que nos miras cuando nos cambiamos y estamos en sujetador. ¿Eres bollera o qué?

Me quedo muda y los ojos se me llenan de lágrimas. Agacho la cabeza, pero no digo nada.

—¿Ves, prima? ¡Lo sabía! —exclama riéndose Patricia.

Las miro y veo en sus caras cómo disfrutaban haciéndome sufrir. Patricia me coge una de las horquillas moradas que llevo en el pelo y la tira al suelo. La pisa. Me las regaló mi padre hace bastantes años. Son lo que caracteriza mi forma de vestir entre tanto uniforme.

—Adiós, pringada —expresan las dos a la vez formando con los dedos una L de *loser*.

Me siento en el banquito y lloro. Suelto lo que llevo dentro. Saco el móvil de la mochila y le escribo a Paula que vaya tirando a clase, que estoy en el baño, que me encuentro mal.

Tranquila, se lo digo a la profe.

Gracias 🍷

Guardo el móvil de nuevo, cojo la horquilla del suelo y la aprieto contra mi pecho. Duele. Duele mucho.

A los pocos minutos, me levanto y voy hasta el espejo de nuevo. Me miro. Tengo los ojos rojos y el color azul se ve más turquesa que nunca. Me pongo el accesorio en el pelo y suspiro.

De repente, en el espejo veo que hay alguien asomado a una de las puertas del baño. Es Alejandra.

—Carla, ¿necesitas hablar?

Me doy la vuelta, asustada. Espero que no haya escuchado todo lo que ha pasado hace un momento. Me voy corriendo. No puedo. Y allí dejo a Alejandra, la mejor amiga de mi hermana, con cara de preocupación y con ganas de respuestas.

# Capítulo 8



## Perseguir mi sueño

Blanca

Martes, 8 de octubre de 2019

16:30

Tengo las yemas de los dedos arrugadas, como si fueran garbanzos. Hoy me ha tocado fregar y a Carla secar. Básicamente, formamos una especie de cadena de producción. Nos gusta ayudar a mamá, ya que viene cansada de trabajar, así que lo hacemos encantadas. Ya hemos fregado los boles del desayuno y los cubiertos; solamente quedan los platos de la comida. Hoy hemos comido lentejas con patata, zanahoria y chorizo y, de segundo, unos filetes de cerdo adobados. Eso sí que es comida, no el brócoli.

—Chicas, me voy a echar una siesta, ¿vale? Llamadme en una hora, por fa.

—Vale, mamá —contestamos a coro.

Parece que, desde lo que pasó con Víctor ayer, Carla está más empática conmigo. Me sonrío más a menudo y hablamos más. No me ha sacado el tema y yo se lo agradezco profundamente. No estoy preparada para hablarlo y tampoco para tomar una decisión al respecto. Víctor no se ha puesto en contacto conmigo desde ayer por la tarde y... menos mal. No quiero agobios innecesarios y necesito centrarme. Las notas últimamente no van muy bien y no quiero que mamá se disguste. Sé que a ella le da prácticamente igual, pero al abuelo...

—¿Has estudiado ya para Lengua? —Oigo que pregunta mi hermana.

Pongo cara asqueada y ella se ríe. Creo que el mensaje ha sido entendido satisfactoriamente, como lo de la movida esa del esquema de la comunicación: el emisor, el receptor, el mensaje, el código, el canal... No sé si se me olvida algo más. Lengua y Literatura no es de mi agrado. Me gustan más las asignaturas como Física y Química, Matemáticas o Biología. Carla, sin embargo, ama la Literatura, las clases de Inglés y las de Música. Este año van a hacer un musical que representarán a final de curso en el Salón de Actos. Aún no han decidido la temática, pero seguro que será genial.

—¿Necesitas que te ayude?

—No, no... tranquila. Es solo ponerme al día.

—Ya, seguro... —contesta mientras coge un plato que le doy para secarlo con la toalla.

Quizás sí que necesite ayuda y solo tenga que pedirla. Si quiero perseguir mi sueño y ser veterinaria tengo que esforzarme. Soy del todo consciente de que no solo vale sacar buenas notas en ciencias o en las asignaturas que se me dan bien, sino que tengo que hacerlo con todas y cada una de las materias. La media empieza a ser importante y no quiero entrar en Bachillerato cojeando.

—Carla. —La miro con cara de corderito—. Quizás sí que necesite esa ayuda.

Me sonrío y, sin que yo me lo espere, mete la mano bajo el chorro de agua y me salpica la cara. Pongo cara de haber chupado un limón, realizo una mueca y hago lo mismo. La mala suerte quiso que no me diera tiempo y mojase el suelo en vez de a ella.

—Ahora también te toca fregar el suelo —dice partiéndose de risa.

—Shhh... que como no dejemos descansar a mamá, verás luego.

Terminamos con todo lo del fregadero y cojo la fregona para pasarla un poco por el suelo. Menos mal que es baldosa, muchas menos comeduras de cabeza. Dejo todo en su sitio, en el armario de la galería, y veo que Carla está al móvil.

—¿Con quién hablas? —la pregunto mientras intento cotillear su pantalla.

Tapa la conversación con su pecho y me saca la lengua.

—Estoy hablando con Paula, cotilla. Me está preguntando qué entra en el examen.

—Anda, pues va peor que yo. Al menos yo sé que entran los dos primeros temas.

—Blanca... sabes que también entran todos los verbos irregulares, ¿verdad? —me pregunta levantando una ceja.

Me pongo pálida. Mierda... los verbos. No hay cosa que peor se me dé que los malditos tiempos verbales. Carla, al notar mi aflicción, me aprieta el hombro y me lleva hasta el pasillo.

—¿Prefieres tu habitación o la mía?

—Me da igual. Elige tú.

Al final, estudiamos en la suya. Carla tiene todos sus apuntes allí y será más fácil que llevarlo todo a mi habitación. Usamos el mismo libro, así que, obviamente, no hay problema. Yo no he cogido notas en todo lo que llevamos de curso, así que tampoco se ha perdido nada en mi mochila.

Saca unos cuantos folios, subrayadores, rotuladores, bolígrafos y demás de un estuche enorme de color morado, su favorito. Veo que dentro tiene una de sus horquillas favoritas deformada y la cojo sin permiso.

—Oye, Carla. ¿Qué ha pasado?

Me mira y se altera. No sé por qué lo hace, pero lo noto en sus ojos.

—Nada, nada. Se me cayó en el vestuario y la pisé sin querer.

No me fio mucho porque ella siempre las trata con un cuidado extremo, pero errar es de humanos.

—Bien. Empezamos por el tema uno. Yo ya tengo el resumen hecho, pero me vendrá bien hacerlo otra vez para que se me quede todo.

—No sé cómo lo haces —le digo resoplando.

—Pues con paciencia y dedicación. Esto no se trata de aprendértelo de memoria y escupirlo. Se trata de entender lo que lees y luego expresarlo.

Lo que me cuenta me suena a chino, pero, quizás, tenga razón. No tiene ningún sentido escupir literalmente lo que pone en un libro si ni siquiera lo has entendido.

—Vale, bien —contesto intentando centrarme—. ¿Tema uno?

—¡Tema uno! —exclama decidida.

Tardamos algo más de media hora en repasar la tipología textual y sus propiedades. Suena la alarma del móvil de Carla y sé que es momento de llamar a mamá de la siesta.

—Ahora vuelvo, sigue repasando.

—Vale.

Me quedo en su habitación, sola. Miro alrededor y veo pósteres en sus paredes de color lila y dibujos, muchos dibujos. Me levanto de la silla y observo algunos: es realmente buena. Quizás tenga que recordárselo más a menudo.

Vibra mi móvil y me acerco a la mesa: es Alejandra.

Hola, reina. Qué haces?

Aquí, estudiando con Carla.

Tú?? 🤔

Estudiando también. 🤔

Sonrío. Alejandra creo que es una de las mejores personas que he conocido. Es lista, extrovertida y muy buena amiga. Además, también se lleva bien con mi madre y, sobre todo, mi hermana. Eso siempre es un *plus*. Es muy importante para mí que Carla se sienta querida y respetada por ella.

Oye, Blanca...

Tengo que contarte una cosa...

Pero mejor en persona, vale?

Ha pasado algo?

Creo que es mejor que lo hablemos mañana

En el recreo

Entra mi hermana y me pilla con el teléfono de la mano.

—¿Ya te estás escaqueando?

—Es que me ha hablado Alejandra y...

—Vale, vale. Tranquila.

Noto como cambia su actitud al instante. Me alegra que se lleven bien.

—Y ¿qué te decía?

—Nada, hablábamos sobre la excursión de fin de curso.

La miento. ¿Por qué? No lo sé. Pero prefiero callarme el hecho de que Alejandra tiene algo importante que contarme. Me he quedado fría y no me da buena espina.

—¿Otra veeez? —contesta apesadumbrada.

—¡Claro! ¡Va a ser el acontecimiento del año! Ojalá salga Londres. NECESITO ir a Harrods —exclamo maravillada.

—Yo, sinceramente, prefiero ir a todos los museos de Florencia. Me parece más... interesante.

—¡Ay! ¡Qué aburrida eres a veces, Carla!

—¡Venga! ¡A estudiar!

Y, así, pasamos la tarde, hasta la hora de la cena, estudiando una asignatura que no me gusta, pero con la persona que más me gusta del mundo.

# Capítulo 9



## El ultimátum

Esmeralda

Miércoles, 9 de octubre de 2019

13:50

Estoy hasta el coño. Este trabajo, parece que no, pero cansa. Sobre todo, tratar con la gente día sí y día también. Hace que empiece a detestar a media sociedad.

—Dame también un kilo de mandarinas, hija —me dice una señora que lleva ya media frutería en el carro.

Voy poniéndolas en una bolsa hasta que tengo calculado el peso, aproximadamente: 991 gramos.

—¿Lo dejo así o le meto una más?

—Así vale, hija.

Se lo anudo y se lo entrego para acabar con la larga lista.

—¡Que pase un buen día! ¡Hasta luego!

Me despido por fin de ella y me quito los guantes. Tengo las manos pegajosas y entumecidas.

—María, cuídame un momento la frutería, por fa, que voy al baño.

Asiente con la cabeza y sigue reponiendo en la estantería de enfrente. Me dirijo al baño y entro. Este está en el vestuario, básicamente. Voy hasta el retrete, hago mis necesidades y paso también por el lavabo. Me lavo las manos y me mojo la cara. Me seco con un trozo enorme de papel y me miro al espejo. Tengo unas ojeras tremendas. Mis ojos marrones avellana se ven oscurecidos por lo cansados que los tengo. Me recojo el pelo como puedo, ya que es de un rizo castaño indomable y procedo a salir.

De repente, oigo la melodía de mi teléfono móvil en la taquilla. La abro rápidamente y veo el nombre que más temo: Rafael. Creo que nunca lo he tenido guardado como *papá* en la agenda.

Suspiro y descuelgo.

—¿Sí?

—¿Esmeralda? Se te escucha fatal. A ver si te compras un teléfono nuevo.

—Papá, tengo que volver al trabajo. ¿Qué quieres?

—Encima con reproches, hija. A ver... necesito que vengas a verme. ¿Cuándo sales de trabajar?

—En media hora, más o menos —respondo mirando el reloj.

—Pues ven. Haz el favor.

Respiro hondo y no puedo evitar pensar que se viene charla de las buenas.

—Vale... llamo a César para que vaya a buscar a las niñas.

—¿Por qué tiene que ir ese señor? ¿No pueden coger el autobús?

Mi paciencia se acaba por segundos.

—Es su padre. Tienes que asumirlo. Han pasado ya muchos años.

—Haz lo que tengas que hacer. Aquí te espero, en el despacho.

Y me cuelga. Tan simpático como siempre. Acto seguido llamo a César para que vaya a buscar a las niñas y regreso corriendo a mi puesto de trabajo.

La media hora que me queda, me la tiro rayándome la cabeza. No sé lo que me tiene que decir mi padre, pero seguro que nada bueno. Para eso nunca me llama, ya que prefiere celebrarlo con sus compañeros de trabajo, a los que considera familia. Yo soy esa oveja negra que se descarrió.

Cuando llega mi compañera para cubrir lo que queda de día, me voy al vestuario. Me cambio corriendo y me paso por la carnicería. Veo que Ana está ocupada con varios clientes así que, simplemente, la saludo con la mano y me voy del supermercado. No hay que hacer esperar a papá gruñón.

Arranco el coche y me dirijo a la empresa de mi padre: una de telecomunicaciones que se encuentra en un pueblo que colinda con la capital, aunque, prácticamente, es como un barrio más. Tiene muchos habitantes y todos los servicios habidos y por haber... y, si no, tienes el autobús cada media hora, así que sin problema.

Cuando llego, aparco en un sitio libre que hay a unos 50 metros del edificio. Salgo y me

responde una rasca de aire que me hiela la cara. Me encanta el frío, pero el contraste de temperatura no me gusta nada.

A los cinco minutos, ya estoy llamando a la puerta del despacho de mi padre.

—¡Adelante! —exclama desde dentro.

Abro la puerta y cierro. Asumo que quiere intimidad en nuestra conversación. Ni siquiera se digna en levantarse y saludarme. Total... ¿para qué?

—Siéntate. —Y obedezco porque al menos me lo ha ofrecido—. Tenemos que hablar de Blanca.

—¿Qué ha pasado, papá?

—Pues mira, resulta que me han llamado del colegio diciendo que Blanca está bajando su media. Es algo que no estoy dispuesto a consentir.

—Papá, es joven. Ya remontará. Ayer estuvo estudiando y...

—¿Ayer? Tiene que estudiar todos los santos días, Esmeralda. ¡Todos!

—Papá. No empecemos...

Me entra la ansiedad. No puedo evitar recordar todas aquellas conversaciones en las que me he sentido un estorbo, el recuerdo de mi madre, la adolescente descarriada.

—¿Eres consciente de que Blanca puede repetir curso si sigue así?

—Papá, ¡solo ha bajado de nota en dos asignaturas! ¡No es para tanto!

—¿No es para tanto? —exclama dolido.

Se levanta de su silla de despacho, grande y cómoda como sí sola, y me da la espalda. Mira por la ventana y no pienso abrir la boca hasta que él continúe con la conversación.

Tras dos minutos en silencio se da la vuelta, con una cara de enfado que hacía mucho que no veía.

—Mira, Esmeralda, te lo voy a decir por las buenas. Haz que no me arrepienta de no haberte arrastrado a abortar cuando tuve la oportunidad.

Ya está. Con mis hijas no. Me levanto de la silla y le miro inquisitivamente.

—No tienes ni tendrás el derecho nunca de decidir qué hago con mi vida y menos con mi cuerpo —le digo mientras le señalo con el dedo índice—. Tener a las niñas fue decisión nuestra, mía, y no tienes por qué...

—Ah, claro. Vuestra. De esa garrapata que quería estar contigo por mi dinero, ¿no?

—Límpiate la boca, papá. Ni se te ocurra llamar garrapata al padre de mis hijas. No te lo consiento.

La discusión se acalora por momentos y noto que mis mejillas arden. Nos miramos fijamente a los ojos y veo decepción en su mirada.

—Vale, no me dejas más remedio, hija. Si no lo solucionas tú, lo tendré que hacer yo. Tienes hasta el examen de Lengua. Como Blanca no saque buena nota, atente a las consecuencias, Esmeralda.

—¿Me estás amenazando? —Estoy fuera de mí.

—No, hija. Es por el bien de tus hijas, a las que trajiste al mundo sin mi consentimiento. Si no pones orden tú, lo pondré yo.

No entiendo el porqué de todo esto. Su actitud siempre ha sido una mierda, pero nunca lo había pagado con sus nietas. Aunque, quizás, realmente lo quiera pagar conmigo, pero poniéndolas a ellas de por medio.

—¡Si a quien quieres joder es a mí, no hace falta que las utilices! —grito desesperadamente.

—Esmeralda, cálmate. Solo te estoy diciendo que, quizás, las cosas se pueden solucionar de manera fácil o difícil. Tú decides si quieres que sigan viendo a su padre, yendo a ese antro del demonio y sacando malas notas.

Cojo mi abrigo, mi bolso y me doy media vuelta para irme. No soporto más esto. Odio a mi padre con todo mi corazón.

—Esmeralda. Recuerda que aún puedo pedir la custodia de mis nietas. Son menores de edad y yo puedo mantenerlas cien veces mejor que vosotros dos.

Prefiero no contestarle y me voy dando un portazo. No sé si su ultimátum va en serio, pero prefiero no comprobarlo. Una no sabe a lo que se enfrenta hasta que ve a don Rafael Bernal enfadado.

# Capítulo 10



El arroz está duro

César

Miércoles, 9 de octubre de 2019

15:00

Hoy no abro el bar. Cierro los miércoles porque los demás de la zona suelen cerrar los lunes y martes. Yo me aprovecho de su clientela esos días que ellos descansan y viceversa. El libre mercado es así.

Blanca y Carla están viendo la televisión un rato en lo que hago la comida. Yo me pensaba hacer un bocadillo o algo así, pero ya que están aquí voy a improvisar y a cocinar algo rico. Mi casa está prácticamente al lado del bar. Es un estudio pequeñito, pero a mí me sirve. Tengo un sofá cama para, cuando se quedan las niñas, yo dormir en él.

—En cinco minutos creo que está —digo, mientras me siento en el sofá con ellas—. ¿Qué veis?

—Un vídeo de *Youtube* —contesta Blanca—. Es de una chica que se llama Paula Gonu.

La acaricio el pelo y le doy un beso en la coronilla. Han sacado mi pelo y mis ojos, no sé qué más quiero. Bueno, sí que lo sé. Ser una familia. Pero sé que no es posible, al menos de momento. Nunca es el momento, al parecer.

Me suena el temporizador del móvil y voy a quitar el arroz con pollo del fuego.

—Venga, chicas. A comer.

Nos sentamos en una mesa circular que compré en una tienda de segunda mano. Tengo cuatro sillas con la esperanza de que algún día Esmeralda también se pase a comer.

Sirvo primero a mis hijas y luego a mí. Intento que sean cantidades equitativas, para que no haya quejas. Mi hermana y yo siempre discutíamos por eso en casa. A mis padres les traíamos por la calle de la amargura.

Bajo el volumen de la tele, para que haga algo de ambiente, y observo a mis hijas empezar a comer. Es curioso que coman prácticamente al mismo tiempo y de la misma forma. Es un

milagro de la naturaleza.

—Papá... —dice Blanca con la boca llena—. El arroz está duro.

—¿Qué dices? ¡Imposible! ¡Soy todo un chef!

—Que sí, papá... que está duro —contesta, esta vez, Carla.

Cojo el tenedor y me llevo una buena cantidad de arroz a la boca. Noto cómo mis dientes empiezan a ronchar los granos. Aun así, por pura dignidad, sigo masticando hasta que lo trago.

—¿Ves? —dicen a la vez.

—No está tan mal... —digo gracioso—. Bueno, vale. ¿Quién quiere una pizza?

A la media hora ya estamos comiendo pizza. He pedido dos: una de cuatro quesos y otra de pollo a la parrilla.

—¡Qué bueno! —exclama Carla.

—Ya te digo —contesta su hermana.

Yo simplemente no hablo. Estoy degustando tan glorioso manjar. Lo siento. No seré el mejor cocinero del mundo, pero soy un buen padre. Al menos eso creo.

Cuando terminamos de comer, recojo la mesa y guardo lo que ha sobrado de las pizzas en el frigorífico, dentro de una fiambarrera gigante. Al menos, así, tengo algo para cenar.

—Hala, chicas. A hacer los deberes. Venga.

—Hoy no hay deberes —dice Blanca orgullosa.

—Pero tenemos que estudiar Lengua —se le escapa a Carla.

Esta recibe un manotazo en el brazo y yo me río.

—Pues venga, a estudiar —las animo—. ¿Os ayudo?

—Si quieres... —exclama Carla.

Y así nos tiramos un buen rato, hasta que son las ocho de la tarde y las tengo que llevar a casa. A esa casa en la que me gustaría seguir compartiendo momentos con los tres amores de mi vida.

# Capítulo 11



## El perdón

Blanca

Miércoles, 9 de octubre de 2019

21:00

—¿Pero entiendes que es importante, Blanca?

—No, no entiendo por qué es tan importante que el abuelo se sienta orgulloso —contesto a mi madre con rabia.

Llevamos discutiendo un cuarto de hora y aún no entiendo qué es lo que quiere decirme.

—Vamos a ver, Blanca, ya sabes que a mí no me importan las notas mientras aprobéis. No quiero que seáis máquinas. Pero es importante que entiendas que tienes que aplicarte por nuestro bien.

—Dirás por TU bien, mamá.

—¿Perdona? Blanca, tú no lo entiendes.

—Claro que no lo entiendo, mamá. Claro que no lo entiendo.

Mi madre me mira desconsolada. Sé que le está doliendo esta disputa, pero no quiero que el abuelo tome la rienda de nuestras vidas, como siempre. Carla está a mi lado, callada, escuchando. No quiere meterse en la conversación y es normal. Mejor que no lo pague con las dos.

—A ver, cariño. —Se agacha y me acaricia las rodillas—. Yo solo quiero que te esfuerces un poco más, ¿vale?

—¿Más? Creo que lo estoy haciendo lo mejor que puedo.

Estoy siendo injusta con mamá y noto cómo se le humedecen los ojos. Pero mi enfado ahora mismo manda.

—Solo podrás salir el viernes con tus amigas porque ya lo tenéis hablado y es por el cumpleaños, pero nada del bar de papá. Lo siento.

—Pero, ¿por qué no? Iba a ir después de las compras a tomar algo.

—Porque lo digo yo, Blanca.

Me levanto enfadada, zafándome de sus manos cariñosas, y las dejo a ambas solas en el salón. Me meto en mi habitación con un portazo y me tiro en la cama boca abajo. Lloro. Lloro porque es lo que necesito. Supongo que ya no podré ir a ver a Víctor y pedirle explicaciones. Después de estudiar ayer, le conté todo a Alejandra. Me sugirió que cogiese al toro por los cuernos y lo solucionase de una vez. Para bien o para mal, no quiere que me raye más la cabeza.

Noto cómo me escuecen los ojos y me los froto con la manga del jersey del uniforme. No es justo que no me deje ir al bar de papá hasta que no saque mejores notas. No entiendo qué tiene que ver. A no ser que sepa lo de Víctor. No. No. No lo creo.

Como si fuera el destino, la pantalla de mi móvil se enciende y aparece su nombre.

Hola, nena

Podemos hablar?

Qué quieres??

Puedo llamarte?

Ok

No pasan ni cinco segundos y Víctor ya me está llamando. No le digo nada al descolgar. Solo dejo que hable.

—Hola. Blanca, lo siento mucho. Siento mucho lo del otro día. No quiero que pienses que solo te quiero para eso, nena. Solo que creía que tú querías... ya sabes.

—Pues parece que me conoces bien poco.

—¿Podemos vernos mañana y hablamos?

—No puedo. Estoy castigada sin ir al bar hasta que suba mi nota media.

—¡Joder! ¡Qué putada, nena!

—Ya...

No sé qué decir. La verdad. Cuando escucho su voz se me afloja el corazón.

—Blanca. Tengo una idea.

Me late muy deprisa el corazón. Tanto que creo que se me va a salir del pecho. Ahora mismo solo pienso en que no quiero estar castigada.

—Dime.

—Nena, no estés seca, anda. Mira. El sábado es tu cumpleaños. No puedo ir a la fiesta, porque si no ya sabes...

—Sí, lo sé. Se enteraría mi madre de alguna manera, seguro.

—Bien. Pues si quieres quedamos después en el bar de tu padre. Yo salgo de trabajar a las once.

—¿No me has oído Víctor? No puedo ir al bar de mi padre hasta que suba las notas.

—¿Y tu madre te va a negar ir a ver a tu padre el día de tu cumpleaños? —me pregunta con voz divertida.

Me quedo pensando y no contesto. No creo que se oponga a eso. ¿O sí?

—Venga, nena. No pasa nada. Además, tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo?

—Claro. Por tu cumpleaños.

—Bueno. Déjame pensarlo y a ver cómo se lo digo. No te prometo nada.

—Vale, nena. Ya sabes dónde estoy. Te quiero.

Le cuelgo sin contestarle. No me ha salido del corazón corresponderle ese sentimiento. Me siguen volando las mariposas por el estómago, pero... ¿no me sale un «te quiero»? Quizás, mis expectativas respecto a él hayan cambiado por lo que pasó el otro día. Quizás el perdón sea falso y quiera hacerlo conmigo y ya está. Quizás nunca lo sabré o quizás sí. Por eso necesito quedar con él después de la fiesta de cumpleaños.

# Capítulo 12



## Sueño despierta

Carla

Jueves, 10 de octubre de 2019

08:00

Bajamos del coche. Otro día más de rutina en el más miserable de los infiernos. Cada vez odio más venir al colegio, pero no por el hecho de estudiar, sino por el ambiente. Al principio, se metían un poco conmigo con cosas insignificantes u oía algún comentario entre risitas; pero, ahora, bueno... Ahora ya están cruzando un límite al que pensé que jamás iban a llegar. Nunca pensé que viviría lo mismo que Hannah Baker. Nunca pensé que iba a necesitar ayuda para sobrellevar esto, pero puede que sí que tenga que pedirla. Creo que empezaré por papá, él me entiende mejor que nadie en el mundo. Hannah pidió ayuda en silencio en la serie *Por trece razones*, pero, si algo he aprendido, es que no puedo hacer lo mismo. No debo hacerlo.

Las letras del colegio *Santa Joaquina* se alzan encima de la verja de entrada, por donde ya unos cuantos estudiantes están entrando.

—Luego nos vemos —exclama Blanca dándome un beso en la mejilla.

—Vale.

Veo que corre hacia el otro lado de la verja, donde está Alejandra. Hoy está muy guapa, lleva el pelo suelto, pero con unas ondas que se ha hecho con las planchas. Le queda muy bien. De pronto, me pilla observándola y aparto rápidamente la mirada. Noto que mis mejillas arden y un cosquilleo en el estómago. Intento andar más deprisa y mirando hacia la acera para que no piense que la estaba mirando a ella. Ya es lo que me faltaba después de la escenita del baño con Estíbaliz y Patricia.

«¡Qué vergüenza! Debe pensar que soy una pringada».

Fuerzo la marcha un poco más y pronto estoy en la escalinata de entrada del bloque. Allí está Paula, apoyada en la pared, esperándome. Al vernos, nos sonreímos y nos damos un abrazo.

—¿Has dormido bien, Carla?

—Sí, ¿por? —contesto mientras me quito los cascos morados.

—Porque tienes unas ojeras que pa' qué... El sábado yo te las arreglo un poco con el corrector y...

—Ya sabes que no me gusta maquillarme —contesto más borde de lo que pretendía. —. Perdón. No quería...

Me sonrío y asiente con la cabeza. Sé que le ha sentado mal, pero sabe que no me gusta nada venir al colegio. Es, quizás, algo así como mi confidente. Ella sabe cosas, aunque no todas.

—Toca Inglés, ¿no? —pregunto para quitar hierro al asunto.

—Pufff... no me lo recuerdes, por favor.

Me río porque pone una mueca muy graciosa y entramos en clase. Allí, en parte, me siento segura. La gente de nuestra aula de letras suele ser bastante simpática conmigo, o al menos disimulan muy bien que les doy completamente igual. Pero bueno, mejor eso que nada. Hoy no toca ninguna clase en común con los de ciencias, así que seguramente hoy sea un gran día de aprendizaje y confianzas con mi mejor amiga.

La clase de Inglés pasa con normalidad y ahora toca la de Lengua y Literatura, de la que tenemos el examen mañana. Estoy nerviosa; siempre me pasa, pero sé que he estudiado lo suficiente como para sacar buena nota.

En este caso, nos tocan dos horas seguidas de esta asignatura, ya que una hora es para el temario y la otra es para leer una de las lecturas «obligatorias». En cierto sentido, me encanta que la profesora nos haya permitido cierta flexibilidad a la hora de elegir el libro que queramos. Blanca me insistió en que leyese a Blue Jeans; ha leído sus novelas románticas, pero yo soy más de *thriller* y novela policiaca. Aun así, he accedido y me ha dejado el primero de *Canciones para Paula*. De momento, me está gustando bastante. En parte, me llamó la atención por el título, ya que sin música no podría vivir.

Cuando acaba la hora del temario, saco el libro y, aunque me encantaría concentrarme, no puedo. Sueño despierta imaginando situaciones que nunca van a ocurrir. Sueño despierta pensando en una persona; y es que Alejandra hace que, quizás, sí que crea un poco en las novelas de amor que lee mi hermana. No entiendo qué me pasa y por qué estoy sintiendo esto por otra chica. No lo he hablado con nadie, pero no sé si es normal que cuando miro a Alejandra me empiece a latir el corazón deprisa, desbocado, como si quisiese salirse del pecho.

Sueño despierta con que me corresponda, pero, obviamente, sé que Alejandra y Blanca hablan de chicos, así que no tengo nada que hacer. Estoy perdida.

Opto por intentar leer. Estoy en un momento interesante del libro, pero creo que no puedo. Pregunto a la profesora si puedo ir al baño y me dice que sí; aunque me pide que no tarde mucho. Salgo de la clase cerrando con cuidado la puerta, para que no haga mucho ruido. Suspiro y voy hacia el baño de chicas, que está en la parte derecha de esta planta. Cuando llego, me miro al espejo; sí que es verdad que tengo ojeras y el color azul de los ojos algo apagado, pero tampoco es para tanto. Abro el grifo y, con las manos, me mojo un poco la cara y me froto los ojos. Intento quitar de mi vista los bonitos iris marrones y la sonrisa de la mejor amiga de mi hermana.

Me seco la cara con un trozo de papel y... también las esperanzas.

«Eso está mejor».

# Capítulo 13



Te lo tenía que contar

Blanca

Jueves, 10 de octubre de 2019

11:10

Suena el timbre y se acaba la clase de Biología. Es una pena, porque este tema me gusta bastante: el del ADN y la genética molecular. Poco a poco, voy metiendo los bolis en el estuche, mientras pienso en la conversación que tuve por teléfono con Víctor. Quizás me equivoque, pero creo que todo el mundo tiene derecho a pedir perdón; lo de la segunda oportunidad... no lo tengo yo tan claro. Lo quiero, pero creo que hay algo que se ha apagado en mí desde que él quiso dar un paso más a la fuerza; un paso para el que yo no estoy preparada todavía.

Guardo el libro de Biología y Geología en la mochila y saco el almuerzo: una manzana y un sándwich de jamón serrano y queso *Entrepinares*.

Levanto la vista y veo que Alejandra me está esperando en el quicio de la puerta. Me acerco a ella y le digo que ya podemos salir. Pero, de pronto, ella me coge por el codo y tira de mí hacia atrás.

—Necesito hablar contigo —susurra—. Al final ayer no pudimos.

—¿Ahora?

Asiente con la cabeza y con cara de preocupación. Mira hacia los lados del pasillo y me arrastra dentro de la clase. No se cierran para que los alumnos que quieran se queden a hacer deberes o repasar el temario durante el recreo. Me siento en la mesa, que no en la silla, con las piernas colgando y doy un mordisco a la manzana. No entiendo mucho la actitud de Alejandra, pero tiene que ser algo importante para que se comporte así. La oigo hablar con Patricia fuera, diciéndole que ahora, en un rato, bajamos para hablar lo de mañana y cierra la puerta. Se acerca a mí y se sienta en la mesa de enfrente, para que podamos mirarnos mientras hablamos.

—¿Y bien? —pregunto curiosa.

—No sé ni cómo empezar...

—Pues por el principio, mujer.

Me mira dudosa. Agacha la cabeza y se recoge el pelo en una coleta alta. Está muy guapa, pero hoy no trae esa sonrisa de serie y, a decir verdad, la he notado muy seria durante las tres primeras horas de clase.

—Pues, a ver, es algo que no tiene que ver conmigo. Es algo que yo he visto y...

—Al grano, Ale. —Me gusta llamarla así desde que nos conocemos.

Da un trago a su botella de agua y carraspea.

—¿Has notado algo raro en tu hermana?

—¿Raro? ¿A qué te refieres?

—A si has notado que, no sé, está triste o algo. No sé. Es tu hermana. Tú sabrás si está rara o no.

—A ver, Carla en sí es muy callada y un poco emo, aunque sí que es verdad que, últimamente, está a la que salta. Sobre todo, con el tema de Víctor.

—Corazón, no te ofendas. Pero el tema de Víctor también me ofusca a mí.

Pongo una mueca y doy por finiquitada la manzana de una vez.

—El caso es que creo que le están haciendo *bullying*.

—¿*Bullying*?

—Sí. Bueno, no lo creo. Lo he visto.

—A ver, a ver. Por partes. ¿Cómo que lo has visto?

—Te explico. ¿Te acuerdas cuando salimos de Educación Física y yo te dije que necesitaba ir al baño y que me esperases en clase? —Asiento y continúa—. Pues mientras estaba haciendo pis, escuché unas voces y una conversación que no me gustó nada. Después, escuché que tu hermana estaba llorando y, al intentar ayudarla, se fue corriendo del vestuario.

Se me hace un nudo en la garganta y el trozo de sándwich que quería tragar se me hace bola. Noto cómo se me acaloran las mejillas y la furia en el pecho. Creo que aún nadie me conoce enfadada de verdad, y ahora lo estoy. Si alguien está haciendo daño a mi hermana, a mi otra mitad, necesito saberlo.

—¿Quién?!

Alejandra agacha la cabeza y suspira.

—Patricia y Estíbaliz —contesta apesadumbrada.

Me levanto de golpe y voy hacia la puerta. Necesito decirles tres cosas a esas niñas de mierda. Con mi familia no se juega: es absolutamente sagrada.

Alejandra me coge del brazo y me abraza. Se me escapan algunas lágrimas de rabia y la abrazo fuerte. Al minuto, ya estoy algo más calmada y me separo de ella. Me seca las lágrimas con los dedos pulgares y me coge de las manos.

—Lo siento, te lo tenía que contar —dice compungida—. Blanca, tenemos que ser más inteligentes que ellas. No podemos dejar que se salgan con la suya, que sigan haciendo daño. Carla será una de las muchas a las que han atormentado esas dos.

—Cuéntame todo lo que le dijeron, Alejandra. Por favor.

—¿Seguro que quieres saberlo?

Asiento con la cabeza y me preparo para la que a lo mejor va a ser una de las conversaciones más duras de mi vida. No puedo imaginarme por qué tendrían que hacerle daño. No puedo imaginarme cómo se ha debido sentir si esto viene de tiempo atrás.

—Bueno, básicamente, le echaron en cara que era una friki y una cutre. —Al ver que me iba a envalentonar, intenta calmarme apretando más fuerte mis manos—. Y bueno... le dijeron que se habían dado cuenta de que era lesbiana... aunque con una palabra mucho más dañina.

—¡¿Y qué tiene que ver que le gusten las chicas?! ¡A ti también y no veo el problema! —chillo descontrolada y fuera de mí.

—¡Shhhhhh! ¡Calla! Ya sabes que no quiero que se entere nadie del colegio. Ya lo hemos hablado.

Cierto, estoy tan colérica que he metido la pata. Alejandra me dijo que le gustaban las chicas hace dos años y, obviamente, me alegré de que hubiera confiado en mí. Al ser un colegio privado y católico, no quiere que la gente dentro de estas paredes lo sepa. Sus padres también lo saben y la apoyan al cien por cien, aunque aún sigo sin entender qué tiene de extraño que te guste alguien de tu mismo sexo. Yo creo que el motor de la vida es el amor, sin importar la raza, la edad o de qué género seas. Hay que amar a las personas y punto.

—Lo siento, lo siento —digo susurrando.

—Luego, por la ranura de la puerta del baño, vi que le habían roto una horquilla.

Me pongo roja y se me viene a la mente la horquilla que vi deformada cuando estábamos estudiando en su cuarto.

«¿Por qué no insistí? Debí hacerlo».

—Son... sus favoritas... —digo gimoteando—. Se las regaló papá.

—Lo sé...

No puedo evitar, entonces, mirar a mi mejor amiga y sospechar que, quizás, un sentimiento por Carla se asoma. No digo nada. No es el momento.

—Y, ¿qué hacemos?

—Elaborar un plan, pero no ahora. Bajamos con estas, para disimular, al recreo, que quedan diez minutos, y después, si quieres, me acerco a tu casa y lo hablamos.

Asiento y salimos abrazadas de clase. Agradezco tener una persona como Alejandra a mi lado. Creo que todos deberíamos tener una amiga así, que esté en las buenas y, sobre todo, en las malas.

# Capítulo 14



Donde hubo fuego, cenizas quedan

César

Jueves, 10 de octubre de 2019

14:10

Como siempre, a la hora de la comida hay jaleo. Menos mal que tengo la ayuda de mis empleados, si no me sería imposible llegar a todo.

—¡Pepe, una de patatas bravas y otra de calamares!

—¡Hecho! —contesta mientras se frota la frente con el antebrazo.

Me acerco a él y le doy unas palmadas en el hombro para darle ánimos. Conozco a Pepe desde hace muchísimo tiempo, era compañero de clase de mi hermana mayor. Siempre le ha gustado la cocina y cuando le comenté que iba a abrir un bar, no tardó en proponerme ser el cocinero. Es muy buena persona, aunque algo rudo. Físicamente es lo contrario a mí, es muy moreno tanto de piel como de pelo. Incluso sus ojos parecen negros.

Salgo a la barra y atiendo a unas chicas jóvenes que quieren tomar unos refrescos. Se los sirvo enseguida en la barra, ya que no quieren ocupar una mesa, y espero a la comanda de la mesa dos. No tengo un bar grande, pero nos apañamos muy bien y el espacio entre las mesas es más que decente. Cumpló todas las normativas respecto al aforo del local, así que genial.

Entra otra cliente, pero, al cabo de un par de parpadeos, cuando la luz de fuera no me da en mis ojos azules, veo que es Esmeralda.

—Hola, César —me saluda.

Salgo de la barra y me aproximo a darle dos besos.

—Hola, reina. ¿Qué haces por aquí?

—¿Podemos hablar?

Conozco esos ojos y esa cara. Creo que no trae muy buenas noticias así que accedo.

—Espera un segundo. Sube arriba, ahora voy —le digo antes de dirigirme a la camarera—.

Atiende a la mesa dos, por favor.

—Claro, jefe —me contesta Alicia sonriente.

«Qué chica más agradable. Mucho más que Víctor... Dónde va a parar...».

La contraté hace nada y vi que tenía experiencia en hostelería y también en reparto a domicilio, así que no dudé en contratarla.

Salgo del bar y subo las escaleras que llevan al despacho. Cuando entro y cierro la puerta, me encuentro a Esmeralda sentada en el sofá. Me siento junto a ella y espero a que empiece a hablar. Está muy callada y eso no me gusta un pelo.

—Verás...

—¿Es algo malo? —pregunto contrariado.

—¿Puedo hablar primero, César?

Asiento con la cabeza. Veo en sus ojos el enfado, el desconcierto y la pena. Lo veo todo en sus iris del color del café.

—A ver cómo te explico esto. —Gira su cuerpo hacia mí para poder mirarme mejor mientras hablamos—. En una temporada las niñas no van a venir a verte, pero...

—¿Perdón?

—César, espera...

—¿Cómo que espera? Quedamos en que podría ver a las niñas cuando quisiera. Son mis hijas.

Me coge de las manos y me las aprieta con ternura. Veo cómo se le humedecen los ojos.

—Blanca va algo mal en el colegio. Ya sabes que a mí no me preocupa, pero...

—Ah, vale... ya entiendo. —Suelto su mano y me levanto del sofá—. Es tu padre, ¿no? No hace falta ni que contestes.

Estoy enfadado, mucho. De nuevo, veo a los demonios del pasado persiguiéndome. Estoy de espaldas a la madre de mis hijas, pero noto cómo se levanta y se pone detrás de mí. Me acaricia la espalda y me doy la vuelta. La miro a los ojos y no puedo evitar acordarme de todo lo que hemos pasado juntos. De cuando nos conocimos, de cuando tuvimos a nuestras hijas, de cuando hacíamos cosas juntos, de cuando nos separaron.

—César, yo... Lo siento, no sé cómo afrontarlo. Necesito que Blanca no se distraiga

demasiado hasta que suba algo la nota. No quiero que dejes de verlas. Te lo juro. —Aparto mi mirada de la suya—. César... Mírame, por favor.

Vuelve mi cara hacia ella con la mano, suavemente. No sabía que Blanca iba mal en el colegio. Si lo hubiera sabido, no habría permitido que se distrajesen con Víctor. Me siento tremendamente culpable y noto un pinchazo en el corazón. Debo decírselo.

—Esmeralda, te tengo que contar algo. —Le acaricio la mano—. Es algo que no te he contado sobre Blanca porque me pidió que fuese nuestro secreto... No quería que tu padre se enterase.

Ella espera y me incita a que siga hablando, pero estoy cagado de miedo. Sí, con más de treinta y aún sigo teniendo pavor a decepcionarla, a haberla cagado.

—Blanca tiene novio.

—¿Cómo?!

—Reina, no te enfades... Quería contártelo, pero...

—Ni peros ni peras. ¡Soy su madre, César! Tengo derecho a saber de la vida de mi hija.

—No quería que se enterase.

—Y creía que yo se lo diría a su abuelo, ¿no? —Me mira con furia—. No estoy paranoica. Sé perfectamente proteger a mis hijas.

Agacho la cabeza y me froto el pelo. No sé qué decir. La he fallado de nuevo y no tengo ningún tipo de excusa.

—Es que yo no quería que...

—Que, ¿qué?

—No quería que los separase como hizo con nosotros —replico.

Ahora es a mí a quien se le humedecen los ojos. No puedo expresar lo que siento ahora mismo. Mi cabeza y mi corazón son un cúmulo de emociones sin sentido. Esmeralda empieza a dar vueltas por el despacho. Es algo normal en ella y suelta una risita.

—¿Te hace gracia? —pregunta mientras me mira enfadada.

—Es que me hace gracia, porque siempre haces lo mismo.

—¿El qué mismo?

—Esto. Pensar demasiado. ¿Por qué no puede tener novio y sentir cosas?

—A ver, César, que a mí me da igual. Solo quería saberlo. Soy su madre. —Comienza a llorar. Tiene mucha tensión encima y lo entiendo—. No quiero que sienta que yo no la apoyo. No soy... No soy mi padre.

Le cojo las manos y la miro a los ojos.

—Claro que no eres tu padre —le digo mientras le seco una lágrima—. Eres inteligente, trabajadora, amable, buena madre y...

—¿Y...?

—El amor de mi vida.

Se queda mirándome. Noto la duda en su corazón a través de sus ojos. Lo noto porque la conozco. No dejo que piense más y me abalanzo a besarla. Hace mucho que no notaba sus labios. Noto electricidad en cuanto nos conectamos. Le cojo la cara con las manos y ella me las acaricia. Sé que ella también me quiere, pero que con su padre presente nunca podremos estar juntos.

Dejamos de besarnos y me mira. Me mira suplicante.

—César, yo...

—Amor, déjate llevar por un momento, por favor. Como antes.

—No... no puedo. Lo siento.

Nuestras frentes se tocan y siento que es otra despedida. Esta mucho más amarga; porque sé que me quiere y no podemos estar juntos... por muchos años que hayan pasado.

Poco a poco se separa de mí y veo cómo sale del despacho. Noto cómo mi corazón se vuelve a romper y, lo peor de todo, que aún no ha perdido la esperanza. Donde hubo fuego, cenizas quedan. Lo sabía, pero ahora sé que aún queda algo de la familia que queríamos ser, de un «nosotros».

# Capítulo 15



## Disparo al corazón

Esmeralda

Jueves, 10 de octubre de 2019

16:55

No puedo dormir. Quería descansar un poco después de comer, pero me es completamente imposible. No dejo de darle vueltas a la cabeza. No tendría que haber sido tan inconsciente ni haberme dejado llevar de esa manera.

Me pongo los cascos y le doy al *play* aleatorio en mi lista de *Spotify*. Suena *Disparo al corazón* de Ricky Martin. Bendita casualidad. La letra de esta canción, siempre que la escucho, me recuerda a César. Siempre él. Me recuerda a todo lo que vivimos y a todo lo que nos pasó. A cómo nos enamoramos locamente y cómo mi vida dio un giro de 180 grados.

*[...] Desde que llegaste tú,*

*lanzaste al aire la moneda.*

*Fuera cara o fuera cruz,*

*ganabas como quieras.*

*Conocerte fue un disparo al corazón.*

*Me atacaste con un beso a sangre fría*

*y yo sabía*

*que era tan letal la herida que causó...*

*que este loco aventurero se moría,*

*y ese día comenzó:*

*tanto amor con un disparo al corazón [...]*

Me salen las lágrimas solas. Intento mantenerme serena por mis hijas, pero la presión está haciendo que la ansiedad domine mi cuerpo. Noto el pecho pesado. Me cuesta meter el aire en

los pulmones y tengo angustia en la garganta. Intento tragarla, como si fuera un trozo de pan, pero solo sube y baja; ahí se queda.

*[...] No entendí cómo paso.*

*Con la destreza*

*de un buen francotirador...*

*Cada una de tus balas*

*en el alma me pegó [...]*

También es el amor de mi vida, pero cuando pienso en estar juntos, como una familia, me acuerdo de todo lo que vivimos y lo descarto. No quiero hacernos daño. No quiero ilusionar a mis hijas; no quiero ilusionarme yo.

Cuando me quedé embarazada de las gemelas, mi padre se volvió absolutamente loco. En ese momento, no reaccionó, ni siquiera sabía que estaba saliendo con alguien. Para él yo solo iba del colegio a la biblioteca y de la biblioteca a casa. Era su hija. Era la hija modelo de la que presumía en el trabajo y con sus amiguetes. Días después es cuando empezó la tortura. Me sonsacó quién era el padre y fue a su casa a buscarle. Le amenazó con que se alejara de la vida de su hija, que si no le metería preso por acoso. A mí, me quiso obligar a abortar. Con eso no pudo.

Llegamos al acuerdo de que yo me quedaría la custodia de mis hijas si él se encargaba de su educación. Yo accedí porque tenía miedo y, bueno, lo sigo teniendo.

Las lágrimas siguen cayendo y con ellas todos mis recuerdos e ilusiones. Mi padre me arrebató a César, no quiero que me las arrebate a ellas. Creo que no podría vivir sin mis hijas, sin mis gotas de agua. Ni siquiera sin una de ellas. Las necesito a las dos, en tándem, como siempre. Solo espero que me sepan entender y que algún día se den cuenta de que todo lo que hago a día de hoy es por su bien. Confío en que sea así.

Suena la alarma del móvil y ni siquiera he podido pegar ojo. Oigo risas provenientes de la habitación de Blanca. Ha venido Alejandra hace un rato para poder estudiar. También se ha acercado Paula. Me alegra que mis hijas tengan amigas con las que estar, yo no tenía esa suerte. Era un poco la repudiada de clase: la del padre raro, la que no tenía madre.

Espero que ellas crezcan felices, no como yo. Yo encontré la felicidad cuando ellos aparecieron en mi vida. Sí, César también.

# Capítulo 16



## El examen

Blanca

**Viernes, 11 de octubre de 2019**

**11:40**

Me sudan las manos. Estoy nerviosa no. Lo siguiente. Ayer estudié, pero no tanto como me habría gustado. Vino Alejandra, como prometió, para trazar la primera fase del plan para descubrir a Estíbaliz y Patricia como las acosadoras del colegio.

Le prometí a mamá que estudiaría y también a mí misma. Me he esforzado mucho, sobre todo para que no haya problemas con el abuelo. Sé que él no es permisivo y que tiene atada a mamá de pies y manos. No somos tontas. La hemos escuchado llorar en su habitación varias veces.

El examen de Lengua y Literatura va a empezar en nada y creo que se me va a salir el corazón por la boca. Esta mañana, Víctor me ha deseado suerte y le he dejado en visto. No estoy preparada para nada. Luego le diré dónde quedar el sábado para hablar y dejaré zanjada la relación con él. Ayer estuve hablando con Alejandra y me di cuenta, por fin, de que no necesito una relación para ser válida, que tengo a mi familia y a mi amiga apoyándome. Mañana pienso decírselo y después celebrar el cumpleaños con mi padre, antes de que me lleve a casa. Aunque sea solo unos minutos, podré estar con él. Mamá, obviamente, me ha dado permiso, aunque el abuelo no lo haya hecho. Carla y yo sabemos que no quiere a papá, que no quiere que esté con nosotras, pero nosotras le amamos y vamos a estar con él todo lo que queramos.

Mamá también me ha dado permiso para salir esta tarde, después del examen, a comer e ir de compras al centro comercial que hay cerca de casa. He quedado con las chicas. No me apetece en absoluto verles la cara a Patricia y Estíbaliz, pero Alejandra me ha dicho que intente disimular y sacar más información. Creo que podré hacerlo con su ayuda.

—Chicas, guardad todos los libros y apuntes en la mochila. Tampoco quiero estuches en la mesa. Solamente, un lápiz, una goma y un bolígrafo. Ya sabéis que no quiero típex —ordena la profesora en alto—. Os voy a ir dejando el examen en la mesa boca abajo y no podéis girarlo

hasta que os lo diga. No quiero cuchicheos. A la primera sospecha de que estáis copiando, os suspendo el trimestre. ¿Alguna duda?

Todas negamos con la cabeza y guardamos las cosas. Nos hemos juntado las dos clases, la de ciencias y la de letras. A la profesora le es más fácil hacer solo un examen para todas y al mismo tiempo. Giro la cabeza y veo a Carla concentrada con los ojos cerrados: seguro que está repasando el temario mentalmente, siempre lo hace. De pronto, como si notase que la estoy observando, abre los ojos y me mira. Me sonrío y eso me infunde ánimos para el examen.

«Ella confía en mí, así que ¿por qué no confiar en mí misma?».

La profesora empieza a repartir el examen y los nervios van en aumento.

«Blanca, te lo sabes, tranquila».

Al rato, termina de dar las hojas y vuelve hacia la pizarra. Nos mira a todas.

—Ya podéis dar la vuelta al examen. Ya sabéis que tenéis dos horas para completarlo a partir de ahora. Suerte a todas.

Doy la vuelta al examen y leo las preguntas por encima. Parece fácil, aunque creo que la sintaxis se me va a atravesar. Me restará puntos, pero creo que la teoría me la sé a la perfección. Las frases para analizar son cuatro puntos, uno por cada una. Después, hay seis preguntas: tres de lengua y tres de literatura.

Leo la primera pregunta detenidamente. Carla me dijo que entraría esto y no estaba equivocada: Tipología textual y sus propiedades. Me la sé. Empiezo a escribir y me siento como pez en el agua. Se me van quitando los nervios según relleno el folio con el sello del colegio en la esquina. Levanto la mano y pido otros dos. Me siento pletórica y el examen no ha hecho más que comenzar.

La segunda pregunta: Enumera las características de la comunicación no verbal. Fácil. La tercera es más larga: Definición y características de los conectores – Principales usos y tipos. No entiendo por qué valen los mismo puntos la segunda y la tercera, pero bueno, supongo que la profesora lo ha querido así.

En cuanto a las preguntas de literatura, creía que las iba a llevar peor, pero me congratula verme tan segura: Características del Romanticismo, El narrador en el Realismo y Naturalismo y Juan Ramón Jiménez.

A falta de media hora para que acabe el examen, empiezo con el análisis morfosintáctico de las cuatro oraciones que nos ha puesto la profesora. Ahora sí que estoy nerviosa, me juego cuatro puntos, pero tengo que confiar en mí. Levanto la vista y miro a Carla algo compungida.

De nuevo, nota que la estoy mirando, debe ser cosa de gemelas, y me sonrío.

«¡Venga, tú puedes, Blanca!».

# Capítulo 17



## La primera parte del plan

Blanca

Viernes, 11 de octubre de 2019

15:20

Ya estamos todas con nuestros menús del *Pans & Company* en la mesa. Yo me pido un menú con patatas, bebida y un bocadillo de beicon y queso. El pan está crujiente, tanto que se oye cuando doy el primer mordisco. Al final sí que van a tener razón con el lema que cantan en el anuncio publicitario.

Jessica no ha podido venir porque tiene que ir de recados con sus padres, así que estamos Estíbaliz, Patricia, Alejandra y yo. Dos y dos, enfrentadas en la mesa. A mi lado está mi mejor amiga y enfrente de mí está Patricia y, a su lado, Estíbaliz.

—¿Qué tal os ha salido el examen? —pregunta Alejandra para cortar el hielo.

—¿En serio quieres hablar del examen ahora? —contesta Estíbaliz con un tono bastante borde.

Yo prefiero oír y callar. No me meto. Veo de reojo cómo levanta las cejas en señal de desaprobación. Nunca nos han caído demasiado bien, pero supusimos que, siendo de su misma clase, era mejor tenerlas de amigas que de enemigas. Ahora, más que nunca, sé por qué.

Seguimos comiendo. Sale en la conversación algún tema trivial y algo sobre un chico que le gusta a Patricia; nosotras asentimos como si nos interesase mucho. Cada palabra que sueltan por la boca es una gotita más que colma el vaso, que ya está medio lleno.

Al ver mi cara, Alejandra me aprieta con la mano el muslo. La miro y me insta a que me relaje, que no se nos tiene que notar nada extraño respecto a los demás días. Sonrío y me limpio la boca con la servilleta.

Después de comer, hemos decidido ir por las tiendas del centro comercial para poder elegir un modelito para mañana. Además, Patricia y Estíbaliz también van a aprovechar para comprar regalos, ya que no lo han hecho antes. Decidimos, primero, hacer una ronda para ver qué

encontramos en todas las tiendas y comparar precios; así, después, es como que vamos a tiro hecho.

Vamos paseando por las tiendas y, cuando estas están mirando distraídas en otras secciones, Alejandra y yo aprovechamos para hablar. De momento, no ha salido ningún tema controvertido que las pueda descubrir, pero veremos a ver cómo se da la tarde. Ayer estuvimos hablando en mi casa sobre el plan que vamos a seguir y, aunque es un poco simple, creo que saldrá genial. Es algo brillante. Vamos a aprovechar la mayor ventaja que tienen unas gemelas. Vamos a aprovechar que no nos distinguen demasiado para confundirlas y pillarlas con las manos en la masa. El primer paso lo vamos a dar hoy.

—Chicas, vamos a la primera tienda, ¿no? Había cosas más cuquis —dice Patricia.

—Sí, vamos —contesto con una amabilidad superfingida.

Andamos hacia la primera tienda en la que entramos y ellas van directas a por la ropa que quieren probarse. Nosotras hacemos como que estamos pensándolo.

—Creo que de esta tienda no cogeremos nada, pero tranquilas, os esperamos por aquí, bicheando cositas —dice Alejandra.

Se dan la vuelta y van hacia los probadores. Cuando entran, nos precipitamos a coger una prenda cada una y a ir por donde ellas han desaparecido. Nos metemos las dos en un mismo probador y, simplemente, todo se da solo. No nos ha hecho falta ningún tipo de artificio.

—¿Viste cómo se puso a llorar la friki esa? —pregunta Patricia, medio riéndose, a su prima.

—Ya ves, y encima bollera.

Ambas se ríen y a mí se me enrojece la cara. Miro a Alejandra, que está con el ceño fruncido, y le aprieto la mano.

—Blanca no sé cómo aguanta tener una hermana así de... rara.

—Lo que no sé es cómo aguanta ser igual que ella. A mí me asustaría que me confundiesen con ella. Sería horrible. —Patricia ríe de nuevo.

No nos hace falta escuchar más, así que asomo la cabeza para cerciorarme de que aún se están probando cosas y salimos, prácticamente, corriendo. Volvemos a los percheros donde estábamos al principio para disimular, después de dejar la ropa que «nos hemos probado» a la chica encargada de los probadores.

—¿Has visto no? —pregunta Alejandra.

—¿Lo estúpidas que son? Sí, lo he visto.

—No, mujer, eso no. —Se acerca más a mí y susurra—. Lo de que tiene que ser horrible que te confundan con ella. Creen en esa posibilidad. Lo tenemos ganado. Seguro que nuestra estrategia funciona.

Sonríó levemente, aunque no muy convencida. El hecho de que puedan confundirme no es seguro, pero ahora mismo no se nos ocurre otra idea igual de válida que esa. Todo a una carta.

A los dos minutos, salen con el vestido colgado del brazo, cada una con el suyo, y se acercan a la caja a pagar. Cuando terminan, salimos y vamos a la siguiente. Yo ya tengo pensado lo que voy a comprar. Un mono de manga larga que he visto y que seguro que también le gusta a Carla. Es importante que acepte ponerse lo que yo le lleve, porque si no todo el plan se irá al garete.

—Chicas, ¿por qué no aprovecháis a comprar los regalos? Nosotras cogemos lo que vayamos a ponernos mañana y salimos. Si queréis, quedamos en la cafetería de abajo en media hora —dice Alejandra esperando que acepten.

—¡Ay, qué buena idea! ¡Que se os dé bien, chicas! —contesta Patricia.

Se van por donde han venido y nosotras podemos manejar la situación como queramos. Cojo los monos de la misma talla, completamente iguales. También unas botas de caño bajo del mismo color. Alejandra se ha cogido unos pantalones pitillo negros y un jersey de color marrón: muy otoñal.

Cuando pagamos, con la mirada extraña de la chica al ver que cogía las mismas prendas dos veces, salimos de la tienda y nos dirigimos a la cafetería.

Bajamos por las escaleras mecánicas y Alejandra y yo nos miramos cómplices. No sabemos si el plan saldrá bien o mal, pero hay que arriesgarse. Es mi hermana y no voy a dejar que la rompan en pedazos.

# Capítulo 18



## El dibujo

Carla

Viernes, 11 de octubre de 2019

17:00

En los cascos morados suena *Lady (hear me tonight)* de Modjo. Estoy concentrada dibujando. Desde que empezó el curso no he podido hacerlo y lo estaba deseando. Lo primero son las notas y el colegio y luego lo demás. A mamá le gusta que disfrutemos de nuestro tiempo libre, pero yo prefiero ir holgada con las notas. Quiero que se sientan orgullosos de mí.

Blanca hoy no está en casa porque ha ido de compras con Alejandra y las primas. De vez en cuando, tengo flashazos de lo que pasó en el vestuario. Miro el estuche y veo la horquilla doblada. Cierro los ojos y trago saliva. No quiero pensar más en eso, ya ha pasado. Solo tengo que aguantar un poco más, solo este curso. Quiero convencer al abuelo de que me quiero especializar en arte. En el colegio en el que estamos ahora no existe el Bachillerato de Artes, así que sería una buena oportunidad para cambiar de aires y conocer a gente con los mismos gustos que los míos. También hay escuelas privadas, así que, quizás, pueda tirar por ahí para convencerlo.

Vuelvo al dibujo. Este lo estoy haciendo a lápiz. Me gusta mucho más así que con otros materiales. Lo que más me cuesta es dibujar el pelo. Nunca me gusta cómo me queda. Debería parecer sedoso, con volumen, y no un maldito estropajo. Suspiro y me enfado. Pauso la música y me quito los cascos. Me levanto resignada y decido tomarme un descanso. Salgo de la habitación y voy a la cocina.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. —Se acerca y me da un beso en la coronilla—. ¿Qué hacías?

—Estaba dibujando.

—¡Qué bien! ¿Puedo verlo?

—¡¡Noo!! —expreso gritando sin darme cuenta—. Perdón... No quería ponerme así —

digo, ya que me arrepiento al momento.

Mi madre se ríe y me abraza.

—A quién me recordarás...

—A papá, ¿no?

Me mira con los ojos vidriosos y asiente con lo que parece una sonrisa melancólica.

—Sí, hija. Blanca y tú seréis iguales de aspecto. Pero el carácter es completamente distinto. Tú eres como tu padre. Y Blanca... es más como yo. Inocente y cabezota.

—¿Por qué el abuelo no quiere que veamos a papá? —pregunto temerosa. No espero que esta vez me conteste.

—Es complicado, cariño. No ha tenido una vida fácil y su manera de quererme no fue la más adecuada. Me sobreprotegió muchísimo y... bueno, después volé demasiado rápido. Que no me arrepiento, ¿eh? Pero me habría gustado llevarme bien con tu abuelo después de lo que pasó con mi madre.

No esperaba esta sinceridad por su parte. No sé qué es lo que ha cambiado, pero se ha abierto conmigo y se lo agradezco. Quizás yo también deba hacerlo, empezando por contarle el secreto que más miedo me da guardar y siguiendo por el que me da miedo soltar sin más, por temor a que me rechacen.

—Mamá... ¿puedo hablar contigo?

—Claro, cariño.

Las dos vamos al sofá con unas patatas fritas que he cogido del armario.

—Quizás no me pertenece a mí decírtelo, pero Blanca...

Mi madre se empieza a reír a carcajada limpia.

—Lo sé, cariño. Tranquila. Tu padre se fue de la lengua.

Respiro aliviada. Al menos no he sido yo la que ha metido la pata.

—¿Estás enfadada? —pregunto temerosa.

—¿Por qué? ¿Por no decírmelo ella o porque soy la última en enterarme? —pregunta con un gesto cómico en la cara.

Le doy con el cojín en la cara y ella me responde igual. Me da un beso en la mejilla y sé, en ese preciso momento, que debo ser sincera con ella y, sobre todo, conmigo misma.

—¿Quieres ver el dibujo? —le pregunto emocionada.

—Claro, cariño.

Voy a la habitación y lo cojo temerosa. No sé qué va a pensar cuando lo vea. Cierro los ojos, inspiro y expiro unas cuantas veces y se lo llevo al sofá. Esto es algo que necesito que sepa. Lo otro se solucionará solo, estoy segura.

Le doy el dibujo y lo mira atentamente. Poco a poco sonríe mientras sus ojos recorren todos los trazos de lapicero.

—Carla, es precioso, cariño —comenta ilusionada.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí! ¿Por qué te iba a mentir?

—¿Porque eres mi madre?

—No digas bobadas. Ya sabes que soy muy sincera.

Le sonrío y me preparo para la que va a ser la confesión más dura de mi vida. Ella sigue mirando el dibujo, emocionada.

—Mamá... ¿no te extraña que la haya dibujado?

Quita la mirada del papel y me mira extrañada. Creo que no entiende lo que le estoy queriendo decir.

—¿Por qué me iba a resultar raro?

—Porque he dibujado a Alejandra... y es una chica.

Mi madre cabecea en señal de negación y se ríe.

—Cariño. Puedes dibujar lo que quieras, a quien quieras, sea quien sea.

—¿Aunque sea una chica? —Estamos hablando en clave y ambas lo sabemos.

—Aunque sea una chica, cariño. Puedes dibujar a quien más te haga feliz.

La abrazo y creo que no me he sentido tan bien nunca. Doy gracias por tener la madre que tengo.

—¿Nos vemos una peli? —pregunta.

—¡Sí!

Enciende la televisión y deja el dibujo a lápiz en la mesa, ese que refleja mi liberación; que

refleja una Alejandra sonriente, como yo la imagino siempre.

# Capítulo 19



Iguals, pero diferentes

Carla

Sábado, 12 de octubre de 2019

17:00

—¡¿Preparada?! —me pregunta Blanca emocionada.

Veo cómo entra en la habitación cargada hasta arriba. En una especie de montaña lleva ropa, calzado y neceseres, asumo que de maquillaje.

—¿Dónde vas con tantas cosas? —pregunto con curiosidad.

Me mira con la ceja levantada, intentando que se la vea tras la montaña de cosas. Está siendo una escena bastante cómica, así que no dudo en sacar el móvil de mi bolsillo del pantalón vaquero y hacerle una foto. Para el recuerdo.

Se encamina hacia mi cama y deja todo por ahí tirado, como puede. Me mira con una sonrisa entre maquiavélica y simpática, mientras va colocando todo en un orden minucioso.

—Primero, la ropa. Es importante que ya estemos vestidas, al menos para cuando lleguen Paula y Alejandra a buscarnos. No creo que las quieras recibir en pelotas, ¿no? —pregunta riéndose.

—¡No, no! ¡Claro! —expreso mientras noto cómo se me colorean las mejillas.

Continúa con su ritual y yo la observo. Cómo puede ser tan ordenada y meticulosa para unas cosas, y para otras tan dejada.

Creo que sabe lo que estoy pensando, porque me mira, extrañada, y me saca la lengua. Es impresionante el vínculo que hemos creado por esto de ser gemelas.

Veo que hay dos monos de manga larga exactamente iguales en la cama. Son negros y con algo de brillantina, pero no demasiada. Son muy bonitos. Al lado de estos, hay medias negras tupidas y unas botas de caño bajo del mismo color, aunque estas tiran un poco más hacia el gris. No tienen tacón.

—Blanca... Creerás que soy tonta, pero... ¿por qué hay dos de cada?

—¿Tú qué crees? —pregunta divertida.

—Umm... —Y cuando caigo en la cuenta—... ¡No! ¡Me niego!

—Pero, ¿por qué?

—Me da un poco de grima ir vestidas iguales. No sé. Pareceríamos las niñas de *El resplandor*.

Blanca se ríe. Se ríe tanto que se toca hasta la barriga. El problema es que tiene la risa tan contagiosa, que yo también acabo igual. Menos mal que mi madre aún está trabajando y no ha llegado a casa, hoy le tocaba ayudar con el inventario del almacén, si no creería que estamos locas de atar.

Terminan las risas y Blanca me pone un puchero.

«No, el puchero no».

—Vengaaa, por fa. Me hace ilusión que para este cumple vayamos iguales.

—... —Me quedo callada mientras suplica. Es divertido.

—Vengaaaaa. Tómatelo como un juego. —Vuelve al puchero y se coge las manos como si estuviese rezando—. Por fi, por fi...

—Vaaaaale. —Termino rindiéndome.

Grita emocionada y me abraza fuerte. Me espachurra, pero me gusta verla feliz. Si le hace ilusión, solo por hoy, tendré que ceder.

—Pero solo hoy. No va a volver a repetirse —le aviso.

Simplemente sonrío y me da todo para que me vista. Como, obviamente, hay confianza, cada una se viste en una esquina del cuarto. Yo apoyo las cosas en la silla del escritorio y ella las deja en la cama, donde ya estaban. Nos vestimos a un ritmo normal, ya que todavía nos queda una hora y pico para llegar al hotel donde se celebra el cumpleaños y está a pocos minutos en coche. La madre de Paula es la que puede llevarnos y recogernos hoy. Ya hemos ido alguna vez a ese hotel para alguna comunión, pero la verdad es que hace ilusión que lo que se celebre sea nuestro cumpleaños.

A falta de calzarme, pongo en el móvil la reproducción aleatoria y suena *Loki & Thor* de Jean Marie, Mister V y Berserker. Pronto empiezo a moverme al son de la música; e incluso Blanca lo hace. No es muy fan de la música que yo escucho, pero se nota que está animada por el

cumpleaños. Yo también estoy contenta; al fin y al cabo, vamos a hacer algo distinto y eso me motiva.

Ambas terminamos de vestirnos y ahora toca el pelo. También quiere que vayamos iguales, por supuesto. Nos acercamos hasta el baño, una al lado de la otra, y tampoco requiere de mucho tiempo. Nos duchamos esta mañana y nos dimos un gel que ayuda a definir los rizos. Simplemente, nos toca ponernos unas horquillas en los dos lados de la cabeza, para sujetarnos el flequillo.

—¿Puedo? —pregunta temerosa.

La miro y veo que se refiere a si puede coger dos de mis horquillas moradas. Me da un poco de reparo, pero asiento. Sonríe y se las pone.

Sinceramente, le quedan genial. Bueno, nos quedan. Prácticamente, estamos iguales. Siempre. Iguales, pero diferentes.

Volvemos a la habitación y Blanca hace que me siente en la cama. Ella lo hace en la silla del escritorio y la arrastra para ponerse a mi altura. Abre uno de los neceseres y saca una paleta de sombra de ojos.

—¡Eh! ¡Eso sí que no! —digo mientras niego con la cabeza.

—Vale, pues yo tampoco.

No entiendo muy bien su insistencia, pero al final accedo.

—Bueno, pero muy poco, Blanca. Te lo advierto.

Da grititos de emoción y me pinta un poco el párpado, flojito, me hace cosquillas y río. Saca el rímel y también me dejo hacer. Yo no tengo ni idea de maquillaje. Me avisa de que no me mueva, que me puede meter el cepillo por el ojo. Lo dice muy seria, así que, por el bien de mi vista, me estoy quieta. Después me echa un poco de *gloss* en los labios y me dice que ya está. Que me vaya a mirar al espejo.

Termina esa canción y suena *The rhythm of the night* de Corona. Nos encanta esta canción y, mientras voy al baño, oigo como Blanca la canta. Tiene la voz muy bonita. Debería grabarse algún día. Quizás un dueto estaría guay.

Me miro en el espejo y no me reconozco. Me veo muy emperifollada, pero cuanto más me miro, más me gusta. La sombra de ojos y el rímel hacen que destaquen mis ojos azules. El *gloss* quizás sobraba, si además vamos a comer en el cumpleaños, pero bueno, no me quejo. No es algo muy exagerado.

De repente, suena el timbre y doy un salto por el susto.

—¿Vas tú?! —pregunta chillando Blanca desde la habitación—. Aún me tengo que maquillar yo.

—¡¡Sííí!!

Abro a Alejandra y a Paula y dejo que suban. Cuando están arriba, nos damos dos besos y les digo que Blanca está en mi cuarto. Ambas se quitan el abrigo y veo que van preciosas. Paula lleva un jersey azul muy bonito y una falda del mismo color, pero de tablas y con cuadritos blancos. Por su parte, Alejandra lleva unos pantalones pitillo negros y un jersey otoñal.

Creo que la miro más de la cuenta, porque me da la sensación de que lo nota y me sonríe.

«Qué vergüenza, por Dios», pienso mientras se me acaloran las mejillas.

Aparto la mirada de golpe y me dirijo a la habitación.

—Mi madre ha dicho que nos espera diez minutos, ni uno más ni uno menos —comenta Paula.

—De sobra —contesto.

A los cinco minutos, ya estamos todas con nuestro abrigo puesto; en nuestro caso, uno de paño de color azul marino. Apagamos las luces y cerramos la puerta con llave. Que dé comienzo el cumpleaños.

# Capítulo 20



## El cumpleaños

Blanca

Sábado, 12 de octubre de 2019

19:00

Bajamos del coche y nos despedimos de la madre de Paula. Sinceramente, menos mal que nos dejamos convencer por el abuelo, el hotel es muy bonito. Justo antes de la entrada, hay una especie de rotonda con flores y una fuente. De esta, salen chorros de agua, que producen un sonido muy agradable. La fachada es blanca y de ladrillo rojo, mezclando ambos tonos de color.

Vemos que en la entrada ya hay gente esperando. Están Almudena y Celia, de la clase de Carla, y Sandra y María, de la mía. Nos saludamos todas con dos besos. Hace algo de frío, así que vamos entrando, aunque haya gente que todavía no ha llegado.

Entramos al vestíbulo de estilo *vintage* y algo rústico y nos saluda la recepcionista. Parece una chica muy agradable. Nos acompaña hasta la sala en la que se celebra el cumpleaños.

—¡Oh! —expreso emocionada—. ¡Qué bonito!

En la sala hay dos mesas juntas y varias sillas cubiertas con telas blancas. Todas llevan lazos de nuestros colores favoritos, rosa y morado. Las mesas ya están puestas para cuando sea la hora de la cena. En un lado, hay una pequeña barra, en la que asumo que luego nos servirán las bebidas, y, en el otro, hay dispuestas otras dos mesas con manteles impecables. Sobre ellas ya están colocando, algunos camareros, los entrantes. Al fondo veo dos puertas: la del baño y la del ropero, donde nos han indicado que dejemos las prendas de abrigo.

Cuando ya hemos dejado todo, veo que hay unos cuantos paquetes de regalos en una mesa circular. Decidimos esperar a que lleguen Jessica, Patricia y Estíbaliz para empezar a comer los entrantes, así que nos ponemos a hablar sobre temas triviales. Mientras, mi mano comprueba que, en el bolsillo del mono, sigue ahí lo que he metido estando en casa. Aliviada, suspiro profundamente.

En la mesa de entrantes nos ponen unos cuantos canapés de cangrejo, morcilla con mermelada de frutos rojos y queso fresco con salmón. También hay una tabla enorme con

embutidos. Llegan por fin las personas que faltaban, así que empezamos a picar de aquí y de allá. Me acerco a las recién llegadas a saludar y compruebo que Estíbaliz y Patricia saludan a Carla con cara de asco. Nunca me había fijado en ese tipo de detalles y me mata por dentro. Miro a Alejandra y me doy cuenta de que ella también se ha fijado.

Los entrantes están buenísimos, aunque tampoco han puesto demasiados para que luego podamos con el plato principal. El abuelo ha encargado que nos sirvan lechazo asado en el momento. Nos encanta y él lo sabe, así que le agradezco el detalle.

A lo tonto, ya ha pasado una hora y nos sentamos para cenar. Aunque es pronto, todavía las ocho de la tarde, preferimos comer antes para poder estar más tiempo «de fiesta». Los encargados no se extrañan y empiezan a servir las bebidas, los boles con ensalada y platos con patatas panaderas asadas, para que nos pongamos lo que queramos cada una.

A los diez minutos de sentarnos, los camareros empiezan a traer el lechazo. Cuando llega, frente a mí, doy las gracias sonriente y me dispongo a comer, al igual que todas.

—¡Que aproveche! —exclamo contenta.

—¡Igualmente! —responden las demás a coro.

Me vibra el móvil y veo que es un mensaje de Víctor.

Hola nena ❤️  
Al final a qué hora podemos  
quedar?  
Yo salgo a las 11 del turno

No respondo inmediatamente y me pongo a pensar que quizás no es tan buena idea quedar con Víctor si no voy a darle una segunda oportunidad. Por otra parte, pienso que no quiero ser una cobarde y que lo correcto es decírselo a la cara. Eso sí, no aceptaré ningún regalo de su parte. Creo que eso le daría esperanzas de algo que no es.

Pues saldré de aquí a las 11, más  
o menos, así que estaré allí  
sobre las 11 y cuarto.  
En el parque, no? 🤔  
Sí, en el parque.  
Hasta luego  
Vale 🤔  
Disfruta del cumple, guapa

He quedado con él en el parque que está detrás del bar de papá, ya que luego me voy a pasar a verle. Carla no sabe que he quedado con él, porque si no habría insistido en

acompañarme, así que se irá a casa a estar un poco con mamá, para que no esté sola. La llevará de vuelta la madre de Paula y llegará a las once y diez, seguramente.

Dejo el móvil, ya que no me gusta usarlo mientras estoy en la mesa con más gente, y me sirvo ensalada y patatas. Un poco de todo. Hay que nutrirse bien.

«¡Qué rico está todo!», pienso mientras saboreo la comida.

Tengo que decir que el abuelo tenía razón. El cumpleaños tenía que ser especial; a una hamburguesería podemos ir cualquier día del año.

Tras terminar de comer el plato principal, una camarera trae la tarta. Es de dos pisos y de chocolate; nuestra favorita. Trae clavadas velas: un par de unos y un par de seises. Las enciende con un mechero largo, cuando ya está apoyada en la mesa, y esperamos a que las invitadas nos canten el cumpleaños feliz.

—¡¡Os deseamos toodaaaaas!! ¡¡Cumpleaaañosss feelizz!!

Carla y yo nos levantamos. Nos miramos. Nos sonreímos y nos cogemos de la mano. Pedimos un deseo cada una y soplamos a la vez. Luego todo son aplausos. Después, nos sirven un trozo de tarta y nos lo comemos mientras seguimos hablando de cosas de clase y de cotilleos varios. Veo que Carla está algo callada, aunque habla de vez en cuando con Paula. También veo que Patricia y Estíbaliz cuchichean y se ríen, a ratos, pero ya no sé si es cosa mía... por la propia sugestión.

Al rato, nos levantamos para que los camareros puedan recoger la mesa y nos acercamos a la de los regalos. Empiezo yo a abrir algunos paquetes y entre ellos hay ropa, de parte de las primas y de las demás invitadas, y después hay dos paquetes, que asumo que son de Carla y de Alejandra. Primero abro el de mi mejor amiga. Me sorprendo al ver una paleta de maquillaje que quería hace muchísimo y dos pulseras de la amistad. Me ayuda a ponérmela y yo le ayudo a ponerse la suya. Nos abrazamos emocionadas.

Y llega uno de los momentos que más esperaba: el regalo de mi alma gemela. Carla ha hecho un envoltorio con papel rosa y un lazo de color morado. Lo abro con ansias y me encuentro algo que no esperaba. Se me humedecen los ojos y veo un retrato mío a lápiz, ya enmarcado. Me pongo a dar saltos de alegría y la abrazo y como a besos.

—Gracias, gracias, gracias. Me encanta —le digo aún abrazada.

Cuando nos soltamos, le toca a Carla. Cuando empieza a abrir el primer paquete, Estíbaliz empieza a hablar.

—Oye, chicas, Patri y yo nos vamos a fumar un piti, ¿vale? Ahora venimos.

Noto el feo que están haciendo. No les digo absolutamente nada. Todas lo estamos viendo, pero aun así callamos. No sé si es lo adecuado, pero casi es mejor vivir la fiesta en paz. Esto está siendo mucho más fácil de lo que pensaba. Aún no ha empezado la segunda parte del plan y está más que claro que Carla no les cae bien o algo peor.

Le froto la espalda y la animo a que empiece a abrir los regalos. Obviamente, hay dos paquetes menos porque las primas no le han regalado nada. No parece importarle lo más mínimo, así que yo dejo de preocuparme tanto.

También hay algo de ropa y el regalo de Paula es un bloc de dibujo gigante. Veo la ilusión en sus ojos y estoy feliz. Mucho. Acabo de ver que hay gente que sobra en mi vida y lo pienso solucionar después de que acabe este cumpleaños.

Abre mi regalo y se sorprende al ver una caja gigante, que pesa un quintal, y que tiene al menos unos 200 tonos de lápices de colores. Veo que sus ojos se humedecen y la abrazo fuerte.

—Gracias —me dice al oído.

—Ahora el mío —comenta Alejandra emocionada.

Veo cómo Carla se sonroja. Parece que mis teorías son ciertas, pero eso, todavía, hay mucho tiempo para poder hablarlo.

Abre el regalo y hay un *cd* que pone *Canciones para Carla* escrito a mano. Alejandra siempre ha sido muy detallista.

—He metido canciones que creo que te pueden gustar —dice mi amiga.

—Muchas... gracias —contesta Carla con una sonrisa.

Dentro del paquete, también hay una cajita pequeña que viene envuelta. Al abrirla, vemos que hay un blíster con horquillas de un color malva muy bonito. Carla levanta la cabeza y mira a Alejandra con los ojos vidriosos, pero no dice nada. Vuelve la vista a las horquillas y no sé qué quiere decir eso.

—¿Te gustan? Las puedo cambiar si quieres... —dice Alejandra temerosa.

—No, no... Me encantan. Gracias —exclama sonriendo.

Es todo un detalle que mi mejor amiga se preocupe así por mi hermana, así que las abrazo a las dos y procedemos a guardar todos los regalos en unas bolsas de tela que nos han facilitado los del hotel. Se agradece, ya que hay bastantes cosas. Realmente, son dos cumpleaños en uno.

A los dos minutos, entran Patricia y Estíbaliz apestando a tabaco.

—¿Aquí no se baila o qué? —expresan a coro.

Las invitadas empiezan a aplaudir y, en ese mismo momento, comienza la música.

# Capítulo 21



## El baile

Carla

Sábado, 12 de octubre de 2019

21:00

No sé si me ha sentado bien o me ha sentado mal. Puede que ni siquiera me importe. El hecho de que Patricia y Estíbaliz hayan salido a fumarse un cigarro justo cuando ha sido mi turno para abrir los regalos, creo que me es indiferente. Cuando he visto que se daban la vuelta y se iban cuchicheando, al principio he pensado que me estaban haciendo un feo terrible. Todas las invitadas estaban mirando cómo se iban, pero ninguna abrió la boca. Quizás es mejor así: sin ellas. Noté cómo Alejandra fruncía el ceño, básicamente porque sabe lo que hay. Me fijé en ella inmediatamente, para saber, por sus gestos, qué es lo que opina de la situación.

Por otra parte, el hecho de que ni siquiera se hayan molestado en comprarme un collar me fascina. Prefiero no tener nada de esas dos. Prefiero no acordarme de que existen fuera del colegio.

Ahora todas están bailando. Patricia y Estíbaliz son las que están en el centro de la sala mientras bailan canciones de reggaetón. A mí no me gusta esta música, ya que soy más de electrónica y *house*, pero bueno, no puede llover a gusto de todos. Blanca está feliz bailando con Jessica y con Alejandra y yo, en la barra, donde uno de los camareros me está sirviendo un refresco, no puedo dejar de mirarla. A mi lado está Paula, que se ha pedido otra bebida distinta. De repente, me coge del antebrazo y me arrastra al medio de la sala para «obligarme» a bailar. Al principio, me resisto. No me gusta nada; soy más de sentir la música con los ojos cerrados y tumbada en la cama. Pero, después, veo como Blanca me mira y me sonríe y sé que le gustaría que disfrutase del cumpleaños, así que me dejo llevar. Al final me lo voy a pasar bien y todo.

Seguimos bailando y, poco a poco, me voy liberando un poco de toda la tensión que llevaba conteniendo durante toda la semana. Bailamos en dos círculos. Yo estoy en uno de ellos con Paula, Celia, Almudena, Alejandra y Blanca. En el otro están Jessica, Patricia, Estíbaliz, Sandra y María. Un buen reparto si suponemos con quién no me apetece compartir ni una milésima de mi tiempo. Me alegra que estemos en este círculo las personas a las que más aprecio

del cumpleaños y del colegio.

—Chicas, voy al baño. Ahora vengo —chillo, porque con la música apenas se oye nada.

—¡Voy contigo! —contesta Alejandra.

No me lo esperaba, pero me coge de la mano para que vayamos juntas hasta el baño. Cruzamos la puerta y cada una hace sus necesidades en un cubículo distinto. Salimos, prácticamente, a la vez y nos encontramos con la mirada en el espejo que está frente a los lavabos.

—Oye, Carla, ¿puedo preguntarte algo? —pregunta Alejandra, temerosa, mientras se lava las manos.

—Sí, claro.

—¿Te ha molestado que te haya regalado unas horquillas?

Levanto la cabeza, ya que yo también me estaba lavando las manos, y la miro a los ojos a través del espejo. Los tiene vidriosos y no quiero que lllore. No quiero que lo pase mal, más que nada porque ha sido uno de los detalles más bonitos que me han regalado, junto al *cd* con canciones.

—Claro que no. Me ha gustado mucho. Gracias.

Contra todo pronóstico, se separa del lavabo y me abraza. Al principio me quedo algo rígida, no me lo esperaba. Pero, poco a poco, voy cediendo y la abrazo yo también. Huele a una mezcla de flores y cítricos. Se me escapa una lágrima, menos mal que el rímel que me ha puesto Blanca es *waterproof*. Nos separamos y me mira a los ojos. Me limpia la lágrima que me cae por la mejilla y me sonríe. Creo que me estoy poniendo un poco roja, pero esta situación me supera, así que me separo de golpe.

—No... no te preocupes.

Noto cómo su cara cambia de felicidad a tristeza, pero no puedo exponerme a esta situación. No puedo dejar que note que mi corazón va a mil por hora cada vez que la veo o la tengo al lado, y menos después de la situación del vestuario. Seguro que escuchó que me gustan las chicas y no quiero que se compadezca de mi sufrimiento. No quiero que cargue con una responsabilidad que no le toca.

Salgo del baño, deprisa, sin dejar que ella diga nada más. Estoy asustada así que voy a la barra y me pido otro refresco. Esta vez con hielo. Me noto arder por dentro después de lo que ha pasado ahí dentro. Blanca, que me ve desde el centro de la sala, se acerca.

—¿Pasa algo, Carla? —pregunta preocupada mientras me acaricia el brazo.

—No, no. Tranquila. Es que tengo algo de calor.

Me sonrío y se pide el mismo refresco que yo.

—Brindemos —me dice emocionada.

—¿Hoy vamos a hacer todo igual? ¿La bebida también? Si ni siquiera te gusta el refresco de limón.

Me hace una mueca con la cara e insiste con el vaso en alto para que brindemos. Choco mi vaso con el suyo y ambas bebemos a la vez. Me besa la mejilla y me arrastra de nuevo hasta el círculo. Cuando llegamos, veo que Alejandra sale del baño con un trozo de papel en la mano y los ojos un poco rojos. Espero que no haya llorado por mi culpa, por ser una borde con ella. Blanca la mira y sé que están hablando telepáticamente, siempre lo hacen.

—Chicas, mi madre nos tiene que venir a buscar a menos cuarto. ¿Os importa? —pregunta Paula preocupada.

—No, no pasa nada. Nos vamos contigo —respondo.

—Claro, no te preocupes —responde Alejandra.

—Yo, chicas, ya sabéis que he quedado con mi padre en el bar, y no quiero dejar la fiesta sin una de las anfitrionas. Me acerco andando. No os preocupéis —contesta Blanca.

—¿Seguro? —pregunta Alejandra.

Blanca asiente y yo me quedo algo preocupada. Hemos ido muchas veces donde papá andando, desde cualquier parte, y, aunque no está lejos de donde estamos, a apenas unos diez minutos a paso rápido, no me gusta que vaya sola.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunto convencida.

—No, no pasa nada, en serio. Yo os aviso cuando llegue —nos dice—. ¡Prometido!

—Pero... —Intento convencerla de que no vaya sola hasta allí.

—Ni peros ni peras, como dice mamá. Dijiste que como salía tarde de trabajar hoy, tú irías con ella a casa y yo iría con papá para decirle que el examen me ha salido genial. —Al ver que voy a quejarme me interrumpe—. Y no hay más que hablar.

Sonríe y sigue bailando. Faltan cuarenta minutos para que la madre de Paula venga a buscarnos, así que no me queda más remedio que seguir disfrutando de la fiesta.

# Capítulo 22



## La segunda parte del plan

Blanca

Sábado, 12 de octubre de 2019

22:45

La fiesta está llegando casi a su fin y veo que Paula mira el móvil.

—Chicas, mi madre ya está fuera esperando.

Alejandra, Carla y Paula van hasta el ropero y cogen sus cosas. También, las bolsas de los regalos, ya que mi hermana va a casa directamente. Las invitadas que siguen bailando se despiden con la mano. Las acompaño fuera de la sala.

—Nos vamos. Si necesitas algo, llámame. ¿Vale? —me dice Carla.

—Que sííí, mamááá —le replico.

Me pellizca el brazo y me da un beso en la mejilla.

Carla y Paula se van andando hacia la salida y mi mejor amiga me mira con cara de preocupación. Sé que está rayada por la segunda parte del plan.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —pregunta susurrando—. Podemos cambiar cómo hacerlo. No quiero que te quedés sola.

—Seguuuurooooo. Alejandra, tiene que ser así. Te tienes que ir para que piensen que soy ella. No podemos arriesgarnos. Te iré contando todo por el móvil, ¿vale? —La abrazo.

Me quedo allí, parada, en medio del vestíbulo, mirando cómo se aleja hasta que cruza la puerta para bajar la escalinata de entrada. Me mira una última vez y sus ojos reflejan un «suerte» que descifro sin problemas. Le tiro un beso en el aire y ella lo coge y se lo posa en el corazón.

Ahora toca actuar, lo mejor posible, para que esto salga bien. Me quito una de las horquillas del pelo, la de la derecha, y meto la mano en el bolsillo. Ahí está la horquilla rota que he cogido del estuche de Carla sin que se diese cuenta, cuando estaba abriendo la puerta a nuestras amigas. Me la pongo con cuidado de que me quede igual y me meto la buena donde

estaba la otra en primer lugar.

Inspiro, expiro y entro.

Mi actitud tiene que ser lo más creíble posible. Me tengo que acercar a las chicas de la clase de mi hermana y parecer una persona introvertida. Creo que lo conseguiré. En menos de un minuto, llego al único círculo en el que están bailando las invitadas que quedan: Jessica, Almudena, Sandra, María, Celia y las primas. Yo intento hacerme pasar por Carla, pero es un poco difícil. Hago como que no me apetece mucho bailar y me diera corte. Creo que está colando un poco, porque las primas no dejan de reírse mientras hablan. Creo que están hablando de mí... bueno, de Carla. Me hierve la sangre, pero tengo que disimularlo lo mejor posible.

—Oye, Carla, ¿cómo es que te quedas hasta el final? —pregunta María.

«Bingo».

No me reconocen tampoco las demás chicas de mi clase. Es triste ver cómo al ser tan iguales, si no es por el carácter o por la manera de vestir no nos pueden distinguir. Las demás no parecen inmutarse, así que María, sin esperarlo, ha sembrado la primera semilla.

«Gracias».

—Porque... bueno. —Intento parecer tímida—. Después le he prometido a mi padre que iría a verle al bar y... bueno, Blanca se va a casa para estar con nuestra madre.

—Claro. Es como que cada una sois de uno, ¿no? —pregunta Sandra.

—Sí... algo así, supongo —contesto encogiendo los hombros—. Voy a por otro refresco. Ahora vengo.

Me acerco a la barra y no me queda otra que pedir limón. No me gusta, pero necesito que sea lo más creíble posible. Pego un trago a la bebida, la dejo en la barra y, cuando me quiero dar cuenta, tengo a las primas muy cerca, una a cada lado. Trago saliva lo más fuerte que puedo e intento ignorarlas, como haría Carla.

—Oye, Carla, me gusta mucho tu ropa —me dice Estíbaliz.

Me giro hacia ella.

—Gracias —contesto de forma escueta.

—Toma tu refresco, que se te van a derretir los hielos, mujer. Vamos a brindar —me dice Patricia a mi espalda.

Cojo mi vaso y brindo con ellas, aunque no quiero, aunque sé que lo hacen para

humillarme y que sienta que están pendientes de mí en todo momento. O, quizás... Una posibilidad se me cruza por la mente y pienso que, a lo mejor, sí que saben que soy Blanca. A lo mejor sí que saben que estoy mintiendo y le han dado la vuelta a la tortilla. A lo mejor están esperando a ver si me rindo y les digo la verdad y por qué me estoy haciendo pasar por mi hermana.

Cuando no pasan ni dos minutos, la recepcionista del hotel nos dice que vayamos recogiendo nuestras cosas, que tienen que limpiar la sala. Le agradecemos todo y salimos. Cuando cruzamos la puerta, un aire gélido nos da en la cara. Hace bastante frío, así que menos mal que el abrigo de paño es calentito.

—Ay, chicas, ahora vengo, que se me ha olvidado el móvil —dice Patricia.

—Te espero, prima —dice Estíbaliz encendiendo un cigarro.

Sandra, Almudena, María y Celia se van en los coches de sus padres y, de repente, me siento sola.

—Bueno, Estíbaliz, voy al bar de mi padre. Hasta luego.

Me despide con la mano y se queda allí, en la escalinata. Esta segunda fase ya ha terminado. Me abrigo con mis propios brazos y saco el móvil. Abro la conversación de Alejandra y escribo.

Ya he salido

Vale

Ya sabes, cuando veas a Víctor,  
avísame

Quiero saber que estás ya allí

Vale

Te aviso ❤️

Y, recuerda, mantente firme y no  
te dejes engatusar.

Cuando acabes de hablar con él  
me llamas para saber que vas  
al bar ya

Vale, tranquila

Pensaba hacerlo 🙄

Te quiero ❤️

Te quierooooo ❤️

Sigo andando y paso la gasolinera que está entre el hotel y el inicio de la ciudad. Me quedan apenas diez minutos para llegar, tampoco quiero ir corriendo. Abro el chat de Víctor y escribo.

Estoy yendo

Vale

Nos vemos en el parque

Por fin ha llegado el día en el que voy a ser otra vez yo. Estuve pensando mucho esta semana y creo que dejaba atrás mi personalidad cuando estaba con él. Mi hermana tiene razón: es una relación tóxica y se tiene que acabar.

Ya veo las luces de las casas del principio de la ciudad. Estoy a cinco minutos. De repente, empiezo a sentirme rara. Se me revuelve el estómago y me noto nerviosa. Se me acelera el corazón y una sensación de ansiedad se apodera de mi cuerpo. Creo que es porque voy a dejar a Víctor. Se me habrá revuelto la cena, he comido bastante cantidad. Aun así, no puedo evitar preocuparme cuando noto el corazón desbocado.

Bostezo y noto que me pesa el cuerpo. Creo que el frío del ambiente ha hecho que salga de la burbuja de la fiesta de golpe. Pero, nada, seguramente, todo son los nervios. De todas formas, el parque está al lado del bar e incluso me podría echar un poco en su despacho.

«Las dos primeras fases del plan han sido un éxito, la semana que viene seguiremos con las demás».

Bostezo otra vez y me mareo un poco. Me parece raro, pero ya estoy llegando. Ya estoy llegando a mi nueva yo.

# Capítulo 23



## Un palpito

Esmeralda

Sábado, 12 de octubre de 2019

23:55

Me despierto, de repente, con el sonido del móvil. Veo que la televisión sigue transmitiendo el debate del *reality show* que suelo ver para entretenerme.

El teléfono sigue vibrando y sonando en la mesita del salón. Al lado, hay un vaso vacío, en el que antes había una infusión. Ya solamente queda la cuchara y la bolsita, que contiene las hierbas, arrugada y seca.

Miro la pantalla del móvil: César. Un palpito hace que no me atreva a coger la llamada al instante. El corazón me va a mil por hora. Trago saliva. Aunque me cueste, hago que mi cuerpo reaccione y descuelgo.

—¿Sí?

—Esmeralda, ¿está ahí? —pregunta César ansioso.

—¿Quién?

—Blanca. ¿No está en casa? Por aquí no ha pasado y...

Me quedo en blanco y, a la vez, en negro. El corazón se me sale por la boca y solo puedo oír cómo César insiste al otro lado de la línea telefónica.

—Ahora te llamo.

—¡Esmeralda! ¡Esp...!

No dejo que termine de hablar. Me levanto y me da un tirón en las lumbares. Llevo ya varias semanas así. Me impide ponerme completamente recta, pero tengo que intentarlo. Lo hago. Prácticamente, corro hacia el pasillo y abro la primera puerta: en la que pone CARLA con letras de color morado. Entro y veo a mi hija de espaldas, en el escritorio. Lleva los cascos y, como siempre, está dibujando. Me acerco a trompicones y le toco el hombro.

—¡Joder! ¡Qué susto, mamá!

—¿No ha vuelto tu hermana?

—No lo sé. La estará trayendo papá en coche. Como te dije.

Salgo de la habitación corriendo. El pálpito se confirma, más rápido de lo que esperaba. La siguiente puerta tiene el nombre BLANCA en letras color rosa. Abro de golpe y la luz está apagada. Literalmente, rezo para que ya esté acostada y soñando con angelitos. Pero, al encender el interruptor, mi mundo se desmorona: no hay nadie.

Se me taponan los oídos, tanto que escucho perfectamente los latidos de mi corazón.

—Mamá... ¿qué pasa? —me pregunta Carla, asustada, detrás de mí.

Me tengo que sujetar al marco de la puerta. Me mareo y apenas puedo respirar.

—Tu hermana...

—¿¡Qué pasa con Blanca!?

—No... No está con tu padre —exclamo en una exhalación, permitiendo que todos esos temores maternos se hagan realidad.

—¿¡Cómo que no!?

Dejo de escuchar a Carla y me caen lágrimas por las mejillas. Nadie te prepara para una situación así, pero el miedo siempre está. Hace bastante rato que mi hija debería estar en casa o, al menos, con su padre.

—Mamá... No lo coge —dice Carla gimoteando con el móvil en la mano.

Con prisa, voy a por el mío y, esta vez, lo intento yo. Una, dos... cinco veces. Suena el famoso *bip*. Una vez tras otra. No obtengo respuesta.

—Mamá, lo siento. —Llora Carla detrás de mí—. Tenía que haberla acompañado donde papá. Tenía que haber insistido más.

La abrazo. Sé que no tiene la culpa. Le beso la coronilla y le acaricio su pelo rubio, como hacía cuando era pequeña.

—Tranquila. Seguro que se ha entretenido con alguna amiga —digo, intentando convencerme, mientras sigo marcando una y otra vez su número.

# Capítulo 24



Lo siento

César

Domingo, 13 de octubre de 2019

00:05

Me late el corazón a mil por hora. Preocupado, sigo llamando a Esmeralda, pero su teléfono comunica. Intento llamar a Blanca de nuevo, ya lo hice antes de llamar a su madre, no le iba a preocupar a lo tonto. Ahora me sale directamente el contestador. Me dice que está apagado o fuera de cobertura.

«¡Mierda! ¡Joder!».

Subo al despacho corriendo y cojo mi abrigo. Fuera hay dos grados y no quiero coger una pulmonía. Dejo al cargo del cierre a Pepe, que es a las dos de la mañana, y salgo corriendo. Menos mal que está todavía, ya que hoy emitíamos partido de fútbol con el proyector.

Blanca me dijo que vendría, aproximadamente, a las once y veinte de la noche, pero el bar está demasiado lleno y la gente no deja de pedir tapas y bebidas. Me distraje, solamente, cuarto de hora y me encontré con las agujas del reloj más adelantadas de lo que esperaba. Cuando juega el Real Valladolid con el Real Madrid se lía en el bar más de la cuenta.

Me monto en el coche y me enciendo un cigarro. Estoy nervioso. Soy un puto desastre y tengo toda la culpa. Tenía que haber llamado a Blanca antes, tenía que haber sido un buen padre y no despistarme con la hora. Se me caen, violentamente, un par de lágrimas mientras exhalo el humo de la primera calada.

Mientras conduzco, pruebo a llamar de nuevo a Blanca, con el manos libres. De nuevo me salta el buzón de voz: «El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Doy un golpe, dos, al volante.

«Es mi culpa. Es mi culpa. ¡Jodeer! ¡Mierda!».

Me tiembla el pulso y estoy acelerado. Aun así, no quiero tener un accidente con el coche e intento tranquilizarme. Busco sitio en la calle en la que viven, pero no hay. Me desespero.

Mucho. Necesito subir ya, así que doy la vuelta a la esquina y aparco en un garaje, en un vado permanente. Me da igual. Que se lo lleve la grúa si quiere.

Mientras bajo del coche, sigo llamando a Blanca, pero salta todo el rato el contestador.

—Por favor, Blanca... Por favor —suplico mientras sigo llorando—. Por favor...

Nada, una y otra vez la misma respuesta. La de la puta maquinita. No estrello el móvil contra el suelo porque lo necesito, pero lo haría. Estoy con los nervios a flor de piel.

Por fin, llego al portal y llamo al portero automático.

—¿Blanca?! —pregunta desesperada Esmeralda.

—Soy César, ábreme.

Suena el pitido y abro la pesada puerta del portal. Subo de dos en dos los escalones. No me importa nada, solo quiero llegar arriba lo antes posible y que todo esto sea una pesadilla. Llego a la planta y corro por el pasillo. Esmeralda abre la puerta y veo en sus ojos enrojecidos la preocupación de una madre. Nos abrazamos y le froto la espalda.

—Lo siento, lo siento mucho —le digo sollozando.

Ella me aprieta más fuerte, haciéndome ver que sabe que no ha sido mi culpa. Aun así, no puedo evitar pensar que sí que lo ha sido.

Carla está dentro, en el sofá, llorando a moco tendido. Voy hasta ella y también la abrazo, sé que lo necesita tanto como yo.

—Tenía que haberla acompañado, papá. Ha sido mi culpa. —Solloza.

—Cariño, tranquila. No es culpa de nadie. —Intento consolarla como puedo.

Veo que Esmeralda sigue llamando una y otra vez, por lo que asumo que no obtiene respuesta alguna. Veo cómo se desespera por momentos y le agito la mano para que venga al sofá. Abrazo a dos de las tres mujeres de mi vida y no puedo evitar sentir el corazón roto, porque nunca sabes si te va a tocar a ti.

—Hay que llamarle —dice Esmeralda.

—Lo sé —le contesto.

Me mira con miedo porque sabe a lo que se va a enfrentar: a la furia de su padre. Le tiembla la barbilla y sé que está pasando por el peor momento de su vida. También es el mío. Seguro que también es el de Carla.

—Yo, mientras, llamo a la policía, ¿vale? —le digo mientras le acaricio la cara, secando sus lágrimas.

Asiente y se levanta para llamar a su padre. Tiene que hacerlo. Es su abuelo y, quizás, nos pueda ayudar.

Con Carla al lado, expectante, marco el número de la policía con mi teléfono móvil y escucho los tonos de llamada. De pronto, alguien descuelga y una voz masculina me atiende.

—Buenas noches. Aquí Miguel Conesa, sargento de policía. ¿Qué necesita?

# Capítulo 25



## La llamada

Esmeralda

Domingo, 13 de octubre de 2019

00:45

Creo que llevo cinco minutos mirando el nombre de su contacto. *Rafael*. Tengo miedo de pulsar el botón verde y oír el tono de llamada, porque eso querrá decir que todo esto es real, que no es una pesadilla.

Intento tranquilizarme cerrando los ojos. Inspiro, expiro. Tranquilamente. Así unas cuantas veces. Es, entonces, cuando pulso en la pantalla táctil de mi móvil el botón verde con el símbolo del teléfono dentro.

Un bip, dos bips, tres bips. No contesta. Me salta el contestador y me tiro en la cama mirando al techo. Pruebo a volver a llamar a Blanca. Directamente, sale la maldita máquina pregrabada diciéndome que el teléfono al que estoy llamando está apagado o fuera de cobertura.

Se me caen dos lágrimas, una de cada ojo. Noto un cosquilleo en la nariz y una angustia en el pecho. De repente, me vibra el móvil y me asusto. Miro la pantalla y ahí está su temido nombre.

—Hola, papá —contesto temerosa.

—Esmeralda, ¿tú ves normal llamar a estas horas?

—No, papá, pero...

—Esmeralda —me interrumpe—. Espero que al menos sea por algo que merezca la pena escuchar.

Trago saliva. No me atrevo a decirlo, pero no me queda más remedio. Es su abuelo. Inspiro. Expiro.

—Blanca no está.

—¿Cómo que no está?

—Pues que no ha llegado aún a casa y estamos preocupados —suelto de una, llorando.

—¿Estamos?

—Sí. Blanca iba a ir donde César al terminar el cumpleaños y...

—Voy para allá. —Me interrumpe de nuevo.

No me deja replicarle, porque me ha colgado. Creo que no tendría que haberle dicho lo de César. No estoy preparada para que aparezca y empiece a echarnos cosas en cara. Cosas que no son justas. Cosas que no son ciertas. César es buen padre, es buena persona y fue buena pareja. No se merece el trato que le da, en absoluto.

Aún boca arriba, dejo el móvil a un lado de mi cama. Trago saliva y siento miedo. El corazón me martillea en el pecho. Muy deprisa. Siento que apenas puedo respirar. Me ahogo en mis lágrimas mientras escucho hablar a César en el salón. Solo espero que Blanca aparezca pronto y que todo haya quedado en un susto.

# Capítulo 26



Malditos protocolos

César

Domingo, 13 de octubre de 2019

00:40

—Buenas noches. Aquí Miguel Conesa, sargento de policía. ¿Qué necesita?

—Hola, buenas noches. Quería denunciar la desaparición de una menor.

—Un segundo, por favor.

Al otro lado de la línea telefónica, se hace un silencio que me parece interminable. Parece que hasta puedo contar los segundos que pasan.

—Hola. ¿Está por ahí?

—Sí, sí.

—Disculpe, un compañero me ha pedido ayuda. Cuénteme un poco más por favor. ¿Qué relación tiene con la desaparecida?

—Es mi hija —digo acongojado.

—Está bien... —Oigo de fondo un teclado—... Y, ¿cuándo ha sido la última vez que se ha visto a su hija?

—Hace unas dos horas... casi. Era su cumpleaños y tenía que...

—Un segundo, señor. Siento decirle esto, pero el protocolo dicta que primero tienen que barrer las zonas en las que creen que podría estar su hija. Si no la encuentran en un plazo de unas dos horas, vengan directamente a la comisaría y les atenderé personalmente.

—Pero, es una niña, por favor. Necesitamos ayuda —expreso desesperado.

—Lo sé. He tramitado muchas denuncias de desaparición, sobre todo de menores, y, hay que ser positivos, la mayoría quedan en un susto. Vaya usted con algún conocido o algún familiar a hacer una búsqueda rápida por donde podría haber estado después del... ¿cumpleaños verdad?

—Sí, sí.

—Bien, pues vayan a hacerla. Pregunten incluso en locales cercanos. Si no la encuentran, vengan de inmediato y haremos todo lo posible por encontrarla. ¿De acuerdo?

—Vale, vale. Joder. De acuerdo. Gracias.

Cuelgo la llamada y me quedo mirando al frente. Confuso. Noto cómo Carla me toca el hombro para que la mire. Quiere una respuesta.

—¿Qué te han dicho, papá?

—Que tenemos que buscarla primero y que si vemos que no aparece ya vayamos a comisaría.

—Pero... ¿cómo vamos a buscarla?

—Habrá que hacer una batida por todo el recorrido que pudo hacer tu hermana, supongo. No lo sé, hija. Lo siento. —Se me caen unas cuantas lágrimas de golpe.

—Papá, no es culpa tuya. Lo sabes, ¿verdad?

La sonrío para que no se preocupe más. Ella también ha estado llorando. Tanto que tiene sus preciosos ojos azules rojos e hinchados. La abrazo y le huelo el pelo. Solamente puedo pensar en los malditos protocolos que hay que realizar. Para una persona famosa seguro que se los pasan por los cojones.

De repente, oigo una puerta abrirse, supongo que es la de la habitación de Esmeralda. Se asoma por el pasillo con cara de consternación y le pregunto con la mirada qué le pasa.

—Viene para acá. Ahora.

Suspiro y me espero lo peor, pero es lo que toca; también es su familia.

—¿Qué te han dicho? —me pregunta esperanzada.

—Que primero, por protocolo, tenemos que intentar buscarla por donde creamos que pueda estar. Que si no aparece en unas dos horas, vayamos a comisaría a denunciar.

—Genial. De puta madre —contesta Esmeralda enfadada.

Se sienta en el sofá, con nosotros, al lado de Carla, y la abraza fuerte. Esta situación no se la deseo ni a mi peor enemigo. Ni siquiera al que en cinco minutos llamará a ese timbre.

—¿Quieres un café? —pregunto.

—Sí, por favor —contesta llevándose los dedos a las sienes.

—Marchando.

Me levanto para hacer el café y, como solamente tienen una cafetera de cápsulas, la tarea es bien sencilla. Simplemente es meterla en el compartimento y dejar que todo el contenido, mezclado con el agua del depósito, caiga en el vaso.

Justo cuando lo dejo sobre la mesa de centro del salón, suena el timbre. El momento ha llegado. Esmeralda me mira con cara de terror y va hacia el telefonillo. Pulsa el botón y en cuestión de un minuto aparece don Rafael Bernal por la puerta, con su cara de siempre.

—¿Dónde está mi nieta? —Se dirige directamente a mí, como si yo fuese el culpable de todos sus problemas.

—¿Estás insinuando algo? —Me enfrento a él.

—No. No insinúo. Más te vale que no le pase nada a mi nieta, si no te las tendrás que ver conmigo y con mis abogados. ¿Has oído?!

—Por favor, papá... es tarde y...

—¿Crees que me importa lo más mínimo que sea tarde?! ¡Como si se entera todo el vecindario del tipo de persona que es este don nadie!

—Abuelo... —replica Carla llorando y levantándose en dirección a él—. Por favor... Lo importante es encontrar a Blanca, ¿vale? No os enfadéis. Ahora no, por favor...

—Lo siento, cariño —le contesta abrazándola.

Aun así, mientras, me está mirando por encima de la cabeza de su nieta de manera bastante amenazante.

—Habréis llamado a la policía al menos, ¿no?

—Sí. Tenemos que buscarla primero por las zonas en las que creemos que puede estar. Después... bueno. Si no aparece en dos horas podemos ir a la comisaría a denunciar.

—¿Y a qué estamos esperando exactamente? Vamos.

Rafael es el primero en salir por la puerta. Asumo que habrá venido con su propio coche. Nosotros nos ponemos el abrigo y también salimos de casa. Esperamos encontrarte hija. No queremos que te pase nada malo.

«Malditos protocolos».

# Capítulo 27



## La búsqueda

Carla

Domingo, 13 de octubre de 2019

01:30

Ya estamos en el coche. Me escuecen los ojos de tanto llorar. No puedo dejar de sentirme culpable por no haberla acompañado a ver a papá. No sé por qué me insistió para que yo me volviese con Alejandra y Paula, pero no tenía que haberle hecho caso.

«Soy mala hermana. Malísima. No tenía que haber dejado que ocurriese. Ha sido culpa mía».

Otro par de lágrimas me recorren las mejillas. Cierro fuerte los ojos y me duelen.

Estoy en el asiento de atrás. Delante está mi padre conduciendo y mi madre en el asiento del copiloto. El abuelo nos sigue con su *Mercedes*. Creo que ha sido mala idea llamarle tan pronto. Aunque sea familia, sabíamos que se iba a poner así. Podríamos haber ido a buscar a Blanca nosotros y ya, si no aparece, haberle llamado. Pero no. Mamá sigue teniendo la necesidad de comunicarle absolutamente todo.

—¿Empezamos por el bar? —pregunta papá.

Mamá le mira y asiente. Entonces, aparca en el primer sitio que ve que está cerca de su local y enseguida salimos. El abuelo aparca a dos plazas y se une a nosotros. Su cara es la de siempre: la de una persona estricta y que no pasa ni una. Aun así, agradezco que se acerque a mí y me frote la espalda. Creo que pocas veces ha tenido ese gesto.

—Voy a avisar a Pepe para que nos ayude, ahora salgo.

Mi padre entra en el bar y esperamos fuera. Hace frío y parece que empieza a llover, pero solamente un ligero calabobos.

—Lo que faltaba... Más inútiles —dice exasperado mi abuelo.

—Papá... ya, por favor... —suplica mi madre.

—Hija, es que ya uno no puede dar su opinión.

Voy hacia él y le doy un apretón en el brazo. Me mira y le pido con los ojos que pare, que no es el momento. Hace una mueca, pero parece que lo ha pillado.

Suspiro. Estoy temblando. No sé si es el efecto de la lluvia y el frío o de cómo me siento. Puede que un poco de ambas.

En menos de un minuto, salen Pepe y papá, apurados. Cierran la puerta del local, la verja y se acercan a nosotros. Llevan tres linternas en las manos y, entonces, veo que esto va en serio, que no es una pesadilla, que mi hermana ha desaparecido.

—Tomad, yo tengo otra en el bolsillo. —Papá me da una, otra a mamá y otra al abuelo—. Por favor, Rafael, es importante.

Mi abuelo pone cara de desagrado, pero acaba cogiéndola.

Nos ponemos en marcha y vamos retrocediendo por donde ha podido ir Blanca hasta el bar de papá. Pasamos por el parque que hay detrás y por una calle posterior. Nada. La llamamos de vez en cuando, pero no oímos ninguna respuesta. El ambiente se nota tenso, pero, al menos, ha dejado de llover.

Veo, en un momento dado, que papá rodea a mamá y le acaricia el brazo. Me gusta verlos así. Nunca se han llevado mal ni nada, pero es agradable ver que, aunque no están juntos, se quieren y se tienen aprecio.

Seguimos el camino hacia fuera de la ciudad, por el camino que sé que iba a coger Blanca y el más lógico. Dudo que, siendo de noche y yendo sola, haya cogido otro. Alumbramos con las linternas a un lado y a otro.

—¡¡Blancaaa!! —gritan papá y mamá a coro.

Estoy cansada, me duelen las piernas del frío, pero me reconforta ver que Pepe se vuelca tanto con mi familia. Sinceramente, solo tengo buenos recuerdos de él, desde que tengo uso de razón. Hay también una urbanización, relativamente nueva, entramos y damos una vuelta por las callejuelas. Nada. Salimos y seguimos con la marcha.

Llegamos a la gasolinera que hay entre el hotel donde hemos celebrado el cumpleaños y el principio de la ciudad. Entramos y vemos que, solamente, hay un trabajador. Está apalancado en una silla detrás del mostrador y no deja de mirar el móvil. Asumo que está jugando a algún juego o mirando *Twitter*, pero me da bastante igual.

—Hola, buenas noches —dice mi madre—. No sé si nos puede ayudar.

—Buenas noches. Usted dirá —contesta distraído.

—Verá, buscamos a mi hija. No sé si la ha visto pasar o algo.

—¿A qué hora? Pasa mucha gente por aquí, señora.

Me doy la vuelta con la cara roja de rabia. Me molesta que el señor hable de esas formas a mi madre.

—Aproximadamente, a las 11 de la noche. Es una chica rubia, no muy alta, iba con un abrigo de paño.

—Pues... puede ser. Pero por esas horas han pasado más personas. No le podría decir seguro. Justo era el cambio de turno y no estaba mirando.

—Por favor, haga un esfuerzo... —le suplica papá.

El señor se queda pensando y yo me muero de impaciencia. No sé por qué le costaría tanto recordar si ha pasado Blanca por aquí o no.

—Es igual que yo. Es mi gemela —digo tímidamente.

Entonces, el señor me observa y sigue pensando.

—Creo... que sí. Ahora que me fijo, creo que sí pudo haber pasado por aquí. Pero, también pasaron más personas; no podría decírselo seguro.

—Y ¿no habría opción de que nos dejara ver las cámaras de seguridad? —pregunta Pepe.

—No, lo siento. Tiene que ser la policía o la Guardia Civil. No puedo... Lo siento. Si me pillan me voy al paro, ¿entiende?

Veo como papá va a insistirle, pero mamá le aprieta la mano y se miran. Sé que le está diciendo que lo deje, que no pasa nada, que en nada podrán ir a la comisaría.

—Muchas gracias —contesta mi madre cogiendo un papel y un boli del mostrador—. Por favor, si recuerda algo más, llámeme. Soy Esmeralda.

—No se preocupe, señora. Si recuerdo algo, la llamaré enseguida.

—Gracias.

Salimos de la gasolinera desolados, pero el querer encontrar a Blanca puede más. Nos da fuerza para seguir, aunque nos duela. Seguimos el camino hacia el hotel, repitiendo lo mismo de antes. La llamamos y alumbramos con linternas. Papá y Pepe miran por la cuneta por si se ha caído por algún sitio. Puede que se haya roto algo y por eso no pueda volver. Lo que me

mosquea es que tenga el teléfono apagado.

«¿Se le habrá quedado sin batería?».

En nada llegamos al hotel, son prácticamente dos o tres minutos a pie. Entramos y nos recibe la recepcionista que estaba a las horas del cumpleaños.

—Hola, buenas noches, disculpe las horas —dice mi madre.

—No se preocupen, díganme, ¿qué necesitan?

—Se ha celebrado antes aquí un cumpleaños y una de nuestras hijas no ha llegado a casa. Estamos preocupados y... no sé si sabe por dónde se fue o algo que nos pueda ayudar a encontrarla —dice mamá de manera atropellada.

—Pues... yo me despedí de todas las niñas del cumpleaños en recepción. Recuerdo que... tú te fuiste un poco antes con otras chicas... —Me mira y asiento—. Y, después las demás se fueron en grupo.

—¿Y no vio hacia dónde se iban? —pregunta por primera vez mi abuelo.

—Pues... Sí que es verdad que salí a fumar y vi que solo quedaban dos chicas en la entrada que se iban en dirección a la ciudad. No vi más, lo siento.

—¿Dos chicas? —pregunto.

—Sí. Unas chicas rubias que salieron un par de veces a fumar durante el cumpleaños.

Mi corazón late a mil por hora al reconocer a las primas en su descripción.

—¿Sabes a quiénes se refiere, Carla? —me pregunta mamá.

Asiento y me acaricia el brazo en señal de que luego lo hablamos, que no me preocupe. Sé que se ha fijado en mi cara cuando la recepcionista las describía. Puede que este sea el momento que tanto estaba esperando y deba decirle lo mal que lo paso en el colegio.

—Y, por supuesto, no podrá enseñarnos las imágenes de las cámaras—dice mi padre.

—No, lo siento. Me jugaría mi puesto, señor. De todas formas, si en la comisaría lo piden, se las podemos dar esta misma noche sin problemas. Ya me gustaría hacer más, pero...

—No se preocupe. Muchas gracias —le reconforta mi madre.

La chica sonríe con una sonrisa tímida y a la vez con pena. Sé que le gustaría ayudar, pero no puede, se metería en un buen lío. Nos despedimos y nos damos cuenta de que hemos llegado al final del camino y Blanca no aparece. La búsqueda, por nuestra parte, ha terminado, así que

solo queda ir a comisaría y que encuentren a Blanca sana y salva. Noto un palpito que no me gusta, dentro de mí. Mi otra mitad no está conmigo y lo noto. Más que nunca.

# Capítulo 28



## La denuncia

Conesa

**Domingo, 13 de octubre de 2019**

**03:00**

Doy vueltas por el despacho para despejarme. Es una temporada buena respecto a trabajo, ya que últimamente no me han llegado casos muy difíciles de resolver. Al menos eso es lo que pensaba. He estado dando vueltas a la llamada que me han hecho hace unas horas, sobre la desaparición de esa chica adolescente. Espero de corazón que todo se resuelva sin más problemas y que, simplemente, se haya quedado sin batería en el móvil y esté con una amiga o con quien sea... pero a salvo.

Soy una persona que se implica mucho en sus casos. Valgo para esta profesión y lo demostré desde bien joven. Ya con el caso del Asesino del Camisón Morado ascendí de rango en la policía y, poco a poco, he ido ganando experiencia. He vivido desapariciones: de las que acaban bien y de las que acaban mal; también robos, allanamientos de morada y cosas menores. Pero lo que más me llena de mi trabajo es ayudar a la gente. Me gusta tratar a las personas como me gustaría que me trataran a mí. He tenido una vida complicada y llevo la procesión por dentro y, precisamente por eso, tengo más empatía de la que algunas veces me gustaría.

Voy hasta la cantina y me sirvo un café solo. Me lo bebo, prácticamente, de un trago y vuelvo al despacho. No hay mucha gente a estas horas en comisaría, pero yo soy una persona noctámbula y que piensa mejor por la noche.

Me acerco al tablón donde tengo los datos de los casos que siguen abiertos, a medias o cerrados. Todos los tengo desplegados en un corcho enorme que, más o menos, ocupa todo el largo de la pared. Me gusta tener a la vista tanto los éxitos como los fracasos. Estos me ayudan a ver que somos humanos y a comprender que a veces nos equivocamos con nuestras decisiones. También creo en la redención y en la piedad, en las circunstancias que te envuelven en la vida y que hacen que actúes de determinada manera. Creo en las personas, con sus virtudes y sus defectos, con sus buenos y malos actos. Creo, en definitiva, en la esencia que nos caracteriza.

Son las tres y media de la mañana y alguien llama a la puerta. Se asoma la chica nueva de recepción y me dice que me buscan por una desaparición. Suspiro y me paso la mano por la cara para despejarme. Después, salgo.

En la sala de espera me encuentro con un señor de alrededor unos 60 años, pelo canoso, robusto y con cara de mala leche, para qué engañarnos. A su lado, una chica joven de pelo rubio y ojos azules no puede dejar de retorcerse los dedos, mostrando nerviosismo. También hay un hombre y una mujer jóvenes, les echaré unos 30 y algo. No sé si son pareja o no, pero tampoco es lo que me importa, al menos de momento.

—Buenas noches, soy el sargento Miguel Conesa —expreso mientras me acerco a dar unos cuantos apretones de manos —. Pasen por aquí, por favor.

Les dirijo hacia la sala en la que procesamos las denuncias, ya que mi despacho es muy pequeño y es... como decirlo... mi santuario. Poca gente entra allí y se queda más de diez minutos.

Todos se sientan, menos el que supongo que es el abuelo de la persona desaparecida.

—Bueno. Necesito que sean muy claros con todo lo que ha sucedido en estas últimas horas y en todos los datos que me den de la persona de la que quieren denunciar la desaparición. Es muy importante que todo sea muy preciso. ¿Entendido?

—Esa persona es mi nieta, sargento. Espero que la encuentren pronto.

—No se preocupe, señor. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrarla.

Abro los archivos del ordenador que tengo que rellenar y aquí empieza la parte difícil.

—Por favor, necesito que alguno de los presentes me cuente qué es lo último que saben de...

—Blanca —contesta la mujer.

—De Blanca y las últimas horas en las que se la ha visto.

Veo que todos miran hacia la chica rubia joven que está sentada entre, los que supongo, son sus padres.

—Carla, cariño —dice el hombre acariciándole el hombro—. Cuéntale al inspector todo lo que recuerdes.

—Vale... ee... —Veo cómo tiembla su barbilla y yo le doy el tiempo que necesita—... perdón, es que estoy muy nerviosa.

—Tranquila, cariño —dice su madre.

—Pues, estábamos celebrando nuestro cumpleaños en el hotel que hay cerca de la gasolinera de las afueras y... —Yo voy asintiendo y apuntando lo que noto más relevante—... estuvimos allí dentro desde las siete de la tarde, más o menos. El cumpleaños fue hasta las once, pero yo me tuve que ir antes porque la madre que nos iba a llevar en coche no podía venir más tarde. Blanca... Blanca quiso quedarse para cerrar la fiesta. No... no quería que las invitadas se quedaran solas. Además... luego iba a ir donde mi padre... o sea, a su bar, y él la llevaría a casa. No... no debí dejarla sola... —Comienza a sollozar.

—Tranquila... lo estás haciendo muy bien. Tómate tu tiempo —digo lo más empático posible.

Veo que el abuelo empieza a dar vueltas por la sala y le oigo murmurar. Creo que la relación de esta familia es tensa... aunque, quizás, simplemente sea por la situación. He visto tantas familias y conocidos por aquí, que juraría que hay algún problema entre ellos.

—Vale... Perdón. ¿Cómo te llamas?

—Carla.

—De acuerdo. Carla. ¿Recuerdas algo más? ¿Algún detalle que signifique algo?

—Pues... la recepcionista del hotel nos ha dicho que cuando Blanca se fue, cree recordar que unas del colegio aún seguían en la escalinata de entrada.

—¿Tienes los contactos de esas dos personas?

Carla asiente y se sorbe los mocos. Me levanto y le ofrezco un vaso de agua. Me da las gracias y me vuelvo a sentar.

—Vale. Creo que necesitaré todos los datos para poder contactar con todas las personas que acudieron a la fiesta. ¿Me los podrían facilitar?

—Sí, claro, sin problema —dice la madre.

—Si no hubiera ido a ver a este fracasado, no habría pasado nada —dice el abuelo, malhumorado, por detrás.

El hombre se levanta escopetado y se le ve furioso.

—No vuelvas a llamarme así. Bastante mal me siento ya.

—Claro, porque tienes la culpa.

—¡Ya está bien! —grito en medio de la sala.

El padre vuelve a sentarse en la silla y el abuelo se apoya en la pared del final de la sala.

—Como comprenderán, esto es serio. Necesito que se comporten.

Todos en silencio asienten menos Carla. Ella no tiene la culpa, solamente es una mera espectadora de todo este teatro.

—Bien. Les tengo que preguntar cuál es su situación familiar en la actualidad y si creen que Blanca podría haberse ido voluntariamente.

—Pues... —empieza a hablar la mujer—... César y yo... bueno, estuvimos juntos y tuvimos a las niñas. Él me pasa la pensión todos los meses y nuestra relación es cordial. Ve a las niñas siempre que quiere y no se lo niego porque es muy buen padre. Respecto a mi padre... bueno, no apoya mucho el hecho de que yo haya tenido una relación con César... por eso todo el espectáculo de antes. Me disculpo por ello, por cierto —dice mientras los fulmina con la mirada.

—Vale, está bien. Anotado. ¿Saben si Blanca tiene pareja?

Noto que el tiempo se para frente a mí y que se miran unos a otros. No sé mucho sobre esta familia, pero percibo que aquí se guarda más de un secreto.

—Bueno... sí. Está saliendo con un empleado de mi bar —contesta César.

—¿¡Perdonaaaaaa!/? —arremete el abuelo—. ¡¿Cómo te atreves a dejar a mi nieta tener una relación?! ¡¡Es una niña!!

Al ver que nadie contesta, la cara parece que le va a explotar.

—¡Esmeralda! ¿Tú lo sabías?

Más silencio. Esmeralda agacha la cabeza. Tiene miedo. Tiene miedo de su padre y así lo muestra con su estado de ánimo. Parece que todos sabían de la pareja de Blanca menos él.

Enfadado, se encamina hacia la puerta y se va dando un portazo.

—Perdone a mi padre... es que... bueno... —Lloriquea Esmeralda.

—Escuche, no se preocupe. Las relaciones familiares a veces son complicadas —contesto de la manera más empática posible en esta situación—. Bien... También tienen el contacto de su pareja, ¿verdad?

—Sí, claro, claro —contesta César.

—Perfecto. Luego les dejaré unos folios en los que me tienen que apuntar todos los datos: nombres, apellidos y números de teléfono. Necesito contactar con todos ellos para comprobar si saben algo más.

Tras todo esto, necesito rellenar todos los datos personales de Blanca, su fecha de nacimiento, la hora de la desaparición y demás.

—¿Me podrían dar una descripción y una foto de Blanca?

—Es... como yo. Somos gemelas idénticas y, además, íbamos vestidas igual esta noche— responde Carla.

Asiento y sonrío un poco. Vaya, no me lo esperaba. Apunto en el ordenador todo lo necesario y le pido que me pase alguna que otra foto. Me comentan que no tiene ningún tipo de enfermedad ni tratamiento que tenga que tomar de forma crónica y, en un rato, acabamos de rellenar toda la ficha de la denuncia de desaparición.

No me esperaba este ambiente, aunque sí que es verdad que se ha ido cociendo según estábamos dentro de la sala. Es una desgracia que las cosas se den así: que desaparezca, de repente, una adolescente sin motivo aparente. Por eso mismo, creo que hay que superar los problemas personales que tengas y darlo todo para poder encontrar a esa persona.

—La denuncia de desaparición está hecha. Lo que voy a hacer ahora mismo es acudir a la gasolinera y al hotel que me han referenciado para pedir las cámaras de seguridad. También habría que pedir otras, pero hasta mañana creo que no podremos hacer nada, ya que son negocios como bancos o tiendas.

—Muchas gracias, Conesa —contesta César.

Asiento y salimos de la sala. No hay señal alguna del abuelo y casi que mejor. En estas situaciones, hay que intentar estar calmados.

Me despido y salgo por la puerta. Hace frío, así que me apeo a mi abrigo de paño como puedo. Espero que este caso se resuelva solo y sin muchos problemas; y, ojalá, no acabe en desgracia. Creo que, mentalmente, no podría con un fracaso más.

# Capítulo 29



## La pelea

César

Domingo, 13 de octubre de 2019

04:00

Estoy muy agobiado y necesito tomar un poco el aire. Estamos en la sala de espera rellena de un montón de fichas con los contactos que Miguel Conesa nos ha pedido. Él se ha ido a la gasolinera y al hotel a pedir las cámaras de seguridad. Con suerte, podremos ver por qué camino se fue Blanca antes de desaparecer.

No había pensado en Víctor hasta que el sargento ha preguntado si Blanca tiene novio. No había pensado en que quizás él sepa dónde está mi hija. Hay algo que me arde por dentro y desearía llamarlo ahora mismo, pero creo que no solucionaría nada, sino que lo empeoraría. Me tendré que conformar con que el sargento lo interroge y, quizás, cruzármelo por aquí para preguntarle un par de cosas.

Blanca había quedado conmigo y me siento tremendamente culpable de que ahora no esté. Es mi niña y no quiero que le pase nada. No aguantaría vivir sabiendo que ella no está y que es por mi culpa.

—¿Estás bien? —me pregunta Esmeralda preocupada.

—Sí, tranquila. Creo que voy a salir a tomar el aire. Ahora vengo.

Me acaricia el hombro y yo le acaricio la mano. Siento electricidad por todo el brazo y me llega al corazón.

Me levanto y voy hacia la puerta, pero Carla me llama.

—Papá. —Me doy la vuelta—. No tardes, por favor.

Le sonrío para que no se preocupe. Saco fuerzas de mi interior; no sé de dónde exactamente. No dejaré que mi otra hija lo pase peor de lo que lo está pasando ya.

Salgo por la puerta y en cuanto estoy fuera me enciendo un cigarrillo. Me cuesta, ya que hay un poco de aire, pero poniendo la mano encima se soluciona todo.

Mi cabeza da muchas vueltas. Víctor. El cumpleaños. Don Rafael. Las primas que ha comentado Carla que se quedaron hasta el final de la fiesta. Nada me cuadra, porque esas personas serían incapaces de hacerle daño a mi hija. Al menos, eso creo. No se me ocurre ni una sola persona en el mundo que pudiera querer que no estuviera. Es luz.

—¡Oye! ¡Contigo quería yo hablar!

Levanto la cabeza y don Rafael llega hasta mí hecho una furia. Había desaparecido hace un rato, después de enterarse de que Blanca tiene novio, y ni siquiera cogía el móvil.

—¿Dónde cojones estabas?

—¿Encima tienes la valentía de preguntarme dónde estaba? ¿Tú? ¿El que deja desatendida a su hija?

Algo empieza a arder en mi interior. Furia, miedo, asco. Tengo ganas de decirle cuatro cosas desde que tenía 19 años, y creo que va siendo hora de que las suelte.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? No tengo 19 años. Ya no te tengo ningún miedo, ¿entiendes?

—Pues, quizás, deberías. Le voy a contar a la policía cómo dejaste embarazada a Esmeralda, la amenazaste para que no abortara y ahora, por casualidad, una de mis nietas ha desaparecido cuando se dirigía a verte. Sospechoso...

—¡No te atreverás! ¡Todo eso es mentira! Jamás amenacé a tu hija. Yo quiero a mis niñas. No tienes ni puta idea de lo importantes que son para mí. Y, aunque te pese, Esmeralda también.

—Aaaaaanda. Ya salió. Ahí te quería yo ver. Así que aún tienes interés en ella. Pobrecito. No te quiere. No te habría dejado tirado entonces. Piénsalo.

Me quedo un momento callado. Asimilo todo lo que me está diciendo. Quiero creer que todo esto me lo dice para provocarme; que lo dice para hacerme daño. Quiero creer que aún tengo posibilidades de estar con mi familia.

Aprieto los puños y me muerdo la lengua. No quiero discutir más con este señor. No tendría ningún sentido. Nunca vamos a llegar a entendernos.

—¿Qué? ¿Sin palabras? Normal. No te has sacado ni la secundaria.

Cierro los ojos con fuerza, hasta que veo estrellitas. Doy la última calada al cigarro que tengo en la boca y lo tiro al suelo. Me doy la vuelta hacia don Rafael y lo agarro del cuello del abrigo y le estampo contra la pared.

—Déjate de gilipolleces. Tu nieta, y mi hija, ha desaparecido. ¿No te parece suficiente?

—Me parecerá suficiente cuando un juez me dé la custodia porque el padre de mis nietas es un pringado que no tiene donde caerse muerto, y que encima no se ha ocupado de que su hija llegase sana a su casa, y porque la madre no tiene recursos suficientes.

No puedo más. Mi puño revienta contra su nariz. Veo cómo sale la sangre. Me aparto enseguida, arrepentido de lo que acabo de hacer, pero, a la vez, pienso que se lo merece desde hace mucho tiempo.

—¡¡Te foy a hundir, hifo de futa!! —grita mientras se lleva la mano a la nariz.

Creo que también le he partido algo de la boca, porque ni pronuncia con claridad.

—¡¡Policíaaaaa!! —Veo que entra en comisaría hecho un basilisco, mientras mancha su abrigo de paño —. ¡Me han agredido! ¡Quiero poner una denuncia!

Inspiro y expiro. Me arrepiento. Mucho. Esmeralda me va a terminar de echar de su vida en una milésima de segundo. La pelea ha llegado demasiado lejos.

# Capítulo 30



## La noche más larga de mi vida

Esmeralda

Domingo, 13 de octubre de 2019

04:00

Creo que esta está siendo la noche más larga de mi vida. Siento mucho dolor. No me puedo hacer a la idea de que Blanca no esté. Quiero que aparezca... ya. Necesito que lo haga. Cierro los ojos y me caen dos lágrimas por las mejillas. Veo su cara, sus ojos, su pelo; también huelo su perfume. En este momento se me vienen a la cabeza todos los casos que he visto por la televisión; aquellos en los que madres y padres piden a Dios que sus hijos aparezcan. Yo no creo en él, aunque me haya criado en un hogar católico, pero si tuviera una oportunidad de que apareciese, rezaría hasta que se me desgastara la voz.

Tengo a mi lado a Carla. Tiene la mirada fija en la televisión de la comisaría. Ahora mismo se ven anuncios de cómo actuar ante un allanamiento de morada. La miro y solo veo dolor en sus ojos. Los tiene muy rojos, de haber llorado, y sus mejillas están llenas de lágrimas secas.

La agarro del hombro y la atraigo hacia mí. Me abraza con el otro brazo por la parte de adelante y noto cómo su cuerpo se relaja. Le huelo el pelo y es egoísta, pero pienso en Blanca a cada segundo.

—Mamá, lo siento. Es mi culpa —me dice llorando.

—Cariño... mírame. —Espero a que me mire—. No digas eso. Tú no tienes la culpa de nada. Ninguno la tenemos. Estas cosas pasan, ¿vale?

—Ya, pero... tendría que haberla acompañado donde papá.

—Cariño, no sabías lo que iba a pasar. No te culpes —le digo mientras le limpio una lágrima que le cae ahora mismo por la mejilla.

Asiente con la cabeza y se apoya en mí. Sé que tiene miedo, como yo. Es su hermana, es su otra mitad: su gemela. Creo que no puedo llegar a entender su dolor, al igual que ella el mío. Cada persona es absolutamente diferente.

Miro hacia la puerta y veo que César todavía no ha entrado. Mi padre tiene el móvil apagado, así que no sé dónde está. Creo que luego habrá bronca por lo del novio de Blanca, pero no me importa. Lo único que me importa es que mi hija esté bien y que aparezca pronto.

Miguel Conesa nos ha dicho que no podemos llamar a nadie que vaya a ser interrogado. Carla quería hablar con su amiga Paula, pero le ha dicho que espere a mañana, a que contacten con todos para que vayan a declarar.

—Mamá...

—Dime, cielo.

—¿Crees que aparecerá pronto?

—Claro que sí, cariño. La policía va a hacer todo lo posible y nosotros también.

—Gracias, mamá.

—¿Por qué, cariño?

—Por ser la mejor madre del mundo.

Mi corazón bombea y se derrite al mismo tiempo. Se me humedecen los ojos, pero no puedo permitirme llorar más.

—Te quiero, cielo.

—Y yo, mamá.

La beso en la coronilla, como hago siempre en símbolo de protección.

Miro el reloj y me extraña que César aún no haya entrado. Pero, mis dudas se sofocan pronto, porque de repente oigo gritos y ya sé a quiénes pertenecen. De repente, mi padre entra sangrando por la nariz y gritando que quiere denunciar a César. No entiendo nada, pero cuando el padre de mis hijas entra, puedo ver en su cara la ira, el dolor. Sé que le ha provocado. Me lo advirtió, me dijo que me quitaría a las niñas y no quise creérmelo. El juego de don Rafael acaba de comenzar.

# Capítulo 31



Vuelta a casa

César

Domingo, 13 de octubre de 2019

05:00

Entramos en casa de Esmeralda y dejamos los abrigos colgados en el perchero de la entrada. Me mira con cara de malas pulgas, mientras Carla mira al suelo incansablemente.

—Creo... que me voy a mi habitación... —dice Carla, totalmente abatida.

—¿Estás segura, cariño? —contesta Esmeralda

Asiente y le da un abrazo. Después, es mi turno y le beso la mejilla.

—Si nos necesitas, ya sabes dónde estamos.

—Vale, mamá —contesta Carla y después nos mira a los dos—. Buenas noches.

Al poco oímos la cadena del váter y un chorro de agua caer en el lavabo. Después, la puerta de la habitación de nuestra hija se cierra. No le gusta estar con la puerta abierta.

Esmeralda me escruta con la mirada y niega con la cabeza.

—¿Qué pasa? Suéltalo —replico.

—¿No teníais otro momento para discutir?

Miles de cosas se me pasan por la cabeza: desde contarle todo lo que me ha dicho su padre hasta callármelo. Decido no decir nada. No es el momento.

—Lo siento.

Esmeralda se levanta y al minuto vuelve con un botiquín. Saca unos algodones y agua oxigenada. Me miro la mano derecha y veo que tengo los nudillos totalmente en carne viva. Después de pegarle el puñetazo a don Rafael, también se lo di a la pared.

—No creo que la cara de mi padre sea tan dura. Trae para acá.

Empieza a limpiarme los nudillos y yo aprieto los dientes. Escuece un poco. Después saca

el Betadine y me lo pasa a toquecitos mientras va soplando para aliviar el escozor.

—¿Por qué le has pegado? —me pregunta mientras me mira.

Dudo. De nuevo, dudo si decírselo, pero no quiero mentirle más. Ya lo hice con lo de Víctor y no quiero volver a hacerlo. Somos una familia,

—Bueno. Me amenazó.

Esmeralda resopla y tengo la sensación de que sabe a qué me refiero. Quizás ella también oculta cosas, al fin y al cabo.

—Pues ya somos dos.

Lo dice triste, con los ojos vidriosos. Le acaricio el brazo, suavemente, y noto cómo su barrera se rompe y comienza a llorar. La abrazo y estamos así un buen rato. Sé que necesita desahogarse.

—¿Dónde estará, César? Quizás... deberíamos salir a buscarla.

—Shh... tranquila. Mañana salimos a dar una vuelta a ver si vemos algo, ¿vale? Mientras tanto, deja trabajar a la policía. Se dedican a eso.

Me estoy haciendo el duro, pero quizás no debería. Me duele el corazón. Lo tengo roto en pedazos.

Le acaricio el pelo y ella se limpia las lágrimas con la manga del jersey.

—Me quedé dormida, César. No la escribí. Ni siquiera me molesté en saber si había llegado al bar. Soy una madre horrible —dice llorando.

—Esmeralda, —Le hago un gesto para que me mire a los ojos—, ni se te ocurra volver a decir eso, ¿vale?

Me late el corazón a mil por hora. No es el momento de besarla, pero no puedo evitarlo. La beso en los labios, suavemente. Ella me corresponde.

—Espera... Yo no quiero que pienses que me aprovecho de ti. Yo...

—Calla —dice segura.

Ahora es ella la que me besa, pero con más sentimiento que antes. Noto electricidad estática cada vez que nuestras lenguas se unen. Al poco, se separa de mí y me mira a los ojos.

—César... ¿puedo preguntarte algo?

—Sí, claro. Lo que quieras.

—¿Puedes quedarte?

—Claro, amor. Claro.

Ella se recuesta y apoya su cabeza sobre mis piernas. Está tan cansada, tan agotada mentalmente, que a los dos minutos está soltando un leve ronquido. Cojo una manta que está en el apoyabrazos del sofá y se la echo por encima. Mientras duerme, yo le acaricio el pelo castaño y ondulado, con cuidado. No quiero hacerme ilusiones ni mucho menos, pero espero que esta sea mi vuelta a casa.

# Capítulo 32



Lo tienes que contar

Carla

Domingo, 13 de octubre de 2019

09:00

He dado vueltas en la cama desde que me eché. No he podido dormir nada. Creo que solo durante media hora. Estoy cansada, pero tengo la cabeza cargada. Me duelen los ojos de tanto llorar y siento que me falta la mitad de mi corazón. Blanca es mi hermana, gemela, y como tal, tengo una conexión especial con ella.

Intento no sentirme culpable, pero no puedo evitar pensarlo. Tenía que haber acompañado a Blanca donde papá. No tenía que haber dejado que fuera andando sola. Quizás me consolaba que estaba cerca y papá la estaba esperando, pero...

De repente, mi móvil comienza a vibrar y me lanzo a por él como una loca.

«¿Blanca?».

Mis ojos, de nuevo, expulsan lágrimas, como locos. Tenía la esperanza de que fuera ella, pero no tenía pensado que fuera Alejandra la que me llamase.

Cojo valor y descuelgo el teléfono, aunque quizás no debería. Conesa nos ha dicho que no debemos hablar con nadie antes de los interrogatorios. Aunque, quién sabe, quizás me quiera preguntar cualquier otra cosa.

—¿Sí? —contesto lo más normal que puedo.

—¡Carla! ¿Estás bien? ¿Tus padres?

Vale. Sí, lo sabe.

—Bueno... yo...

—Lo siento, Carla. Ha sido una pregunta superestúpida. Claro que te tienes que encontrar fatal.

Cuando Alejandra está nerviosa, no puede dejar de hablar. Lo sé porque la conozco,

aunque ella crea que no lo hago en absoluto.

—Alejandra, lo siento, pero no me encuentro bien. Luego hablamos, ¿vale?

—No, Carla, espera. Hay algo que no te he dicho y creo que es importante. No me cuelgues, por fa.

Pienso en qué querrá decirme. Seguramente sea algo sumamente artificial para intentar que piense en otra cosa, así que accedo. Quizás me venga bien distraerme.

—Dime —digo suspirando.

—Yo... sé con quién se iba a ver Blanca anoche.

De golpe, me levanto como un resorte de la cama. Abro la puerta en una ranura y veo que no hay nadie. Vuelvo a cerrar y me siento en la cama.

—¿Cómo que con quién se iba a ver, Alejandra? Iba al bar de mi padre.

—Bueno, sí... Pero, primero...

No acaba de arrancar. Solamente, oigo un leve gimoteo.

—Alejandra, no pasa nada, cuéntamelo.

—Yo... sé que Blanca iba a verse con Víctor para cortar con él. No dije nada porque...

—¡¿Quéééé?! —chillo.

—Lo siento, Carla. —Llora Alejandra desconsolada—. Prometí que no se lo diría a nadie. Como te digo, iba a cortar con él. Habían quedado en el parque de atrás del bar y después ya iría con tu padre. Lo siento de verdad...

No puedo creerme que Blanca no me haya dicho nada. Soy su confidente. Su mejor amiga. Su gemela. Estoy bloqueada y veo todo en negro. Ha quedado con Víctor a espaldas de todos.

De repente, me entra terror. Estoy temblando y noto tensión en la mandíbula.

—¿Carla?

—Lo tienes que contar.

—Lo sé, lo sé. Te llamaba porque sé que tienes que saberlo antes que nadie. Yo tengo que declarar luego. Me han llamado hace un rato al móvil. No... no quería que esto pasase. —Comienza de nuevo a llorar—. Blanca es mi mejor amiga, Carla.

—Ya lo sé, Alejandra. Solo necesito estar sola.

Oigo cómo el amor de mi vida se suena los mocos. Sé que estoy siendo cruel, pero no puedo evitar pensar que ella tampoco hizo nada para protegerla de él.

—¿Hablamos luego? Dime que sí, por favor...

Su voz me ablanda el corazón.

—Vale... Pero, por favor, tienes que decirle todo esto a Conesa. Es muy importante.

—Sí, sí. Tengo las capturas de las conversaciones, Carla. Siempre guardo todas estas cosas por si acaso. Víctor no me caía bien. Estaba muy contenta de que, por fin, fuera a dar el paso de dejarlo. Yo... lo siento de verdad. Tenía que haber insistido e ir con ella.

—Ya... yo también tenía que haberlo hecho. Luego hablamos.

Y corto la llamada. No quiero oír nada más de nadie hasta dentro de un rato. Miguel Conesa nos concertó a las 10 en la comisaría. Los interrogatorios a las personas más cercanas son los primeros. Mamá, papá, el abuelo y yo tenemos que hablar con el sargento antes que cualquiera. Supongo que Víctor irá después, ya que es su novio... o era. No sé si al final llegó a cortar con él o no.

# Capítulo 33



Encuétrala, por favor

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

10:15

La mañana ha empezado movidita. He estado haciendo unas cuantas llamadas para cuadrar todas las citas. Las personas que han estado, presuntamente, en contacto con Blanca tienen que responder unas cuantas preguntas.

Ya hace rato que su familia más cercana está en la comisaría. Yo estoy repasando unas cuantas cosas antes de llamar a la primera persona y, quizás, la más importante: Carla. Es su hermana gemela y, por lo que sé, tienen una conexión especial que los demás no podremos llegar a entender nunca.

Termino de colocar unos papeles y de hacer sitio en el tablón de la pared y salgo por la puerta. Llego a la sala de espera y llamo a la chica. Se nota que está nerviosa, porque no deja de jugar con sus dedos.

Le digo que se siente enfrente de mí en la sala de interrogatorios, ya que es menos personal que mi despacho. No quiero que nada influya en lo que quiere contarme.

—Buenos días, Carla.

—Buenos... días.

—Voy a proceder a grabar nuestra conversación, ¿vale? Es mero trámite.

—Está bien.

—Pues, empecemos... Cuéntame todo lo que recuerdes de las últimas horas que viste a tu hermana.

—Pues nos estuvimos arreglando en la habitación de Blanca porque se celebraba nuestro cumpleaños en el hotel que te comenté. El abuelo hizo toda la reserva y estaba muy emocionada. Yo... bueno... yo no soy mucho de fiestas, pero a ella le hacía ilusión.

Asiento, aunque ella no lo percibe. Sus ojos azules están clavados en la mesa.

—Llegamos al hotel y todo fue normal. Fue una fiesta de cumpleaños muy guay y nos lo pasamos fenomenal. Sí que es verdad que la noté algo rara cuando nos despedimos, pero no sé...

—¿Rara? ¿Por qué?

—No sé... Cuando me despedí de ella, la noté un poco nerviosa. Le insistí en que, si quería, me quedaba con ella en la fiesta y así luego la acompañaba a ver a nuestro padre al bar, pero no quiso. —Frena en seco y veo que cierra los ojos con fuerza—. Tenía que haber insistido más.

—Carla, no te culpes. Estas cosas pasan más de lo que crees. Seguro que se queda en un susto. —Intento alentarla como puedo, pero es difícil—. ¿Recuerdas algo más importante?

—No. La madre de Paula me dejó a mí primero en casa. Subí y mi madre estaba aún cenando. Había llegado tarde porque al ser festivo había que hacer inventario en el almacén del súper. Me metí en mi habitación y ya está.

—¿No recibiste ningún mensaje de Blanca?

—No... nada. Yo estaba con la música puesta en los cascos y dibujando... Luego, bueno, mi madre me dijo que Blanca no estaba con mi padre y que no había vuelto a casa tampoco. —Comienza a llorar sin control.

Le ofrezco un pañuelo y ella se suena los mocos. Tiene los ojos rojos y noto desde aquí su angustia. Esto tiene que ser muy difícil para ella.

—¿Quieres salir un rato a tomar el aire antes de seguir? —pregunto con cautela.

—No... prefiero acabar cuanto antes.

—Vale. Ahora cuéntame. ¿Conoces personalmente a la pareja de tu hermana?

—Pufff... Ojalá no, la verdad...

—¿Por qué, Carla?

Veo duda en sus ojos. No sabe si he abierto un melón que aún permanece cerrado.

—Pues...

—Carla, no pasa nada. Estoy aquí para escuchar todo lo que tengas que decir.

Se hace un moño con su melena rizada rubia y me mira. Ya no veo duda, pero sí cierto reparo a darme información sobre él.

—Bueno, Víctor es un chico un poco... tóxico.

—¿En qué sentido? ¿Puedes ser más específica, por favor?

—Pues... No le deja de mandar mensajes todo el día y se enfada cuando no le sigue el juego... No... no es bueno para ella. Blanca se merece algo mejor que un chico que solo piensa con...

Me quedo ojiplático. Creo que hasta un poco blanco.

«¿Está insinuando lo que creo?».

Con mi mirada la incito a continuar. Si tiene que decir algo es mejor que lo haga aquí.

—Sé que Blanca y él tuvieron un problema de... bueno. Que ella no quería hacerlo... ya sabes.

—¿La violaron, Carla?

—¡No, no! ¡No llegó a eso! Pero sé que Víctor intentó algo y ella salió llorando. Ella me lo dejó caer con un par de palabras. No quise insistirle. Quizás debería haberlo hecho... Lo siento.

—Es tu hermana. Hiciste bien, tranquila.

Tras un poco de contexto de la relación de Blanca con ese tal Víctor, me hierva un poco la sangre. Menos mal que la situación no llegó a más, pero quién sabe si él es consciente, más de lo que parece, respecto a dónde está su novia.

—Ya hemos terminado, Carla. Muchas gracias. Ya sabes que, si recuerdas algo más o descubres algo, solo tienes que llamarme o venir hasta aquí.

Ella se levanta y dibuja una sonrisa liviana, como puede; soportando el dolor de una desaparición que nadie se espera. Antes de salir, se da la vuelta y suelta unas palabras que se me marcarán a fuego durante las siguientes horas.

—Encuétrala, por favor.

# Capítulo 34



Me siento culpable

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

11:00

Esta vez tengo a Esmeralda, una madre abatida y desesperada, frente a mí. No deja de sonarse los mocos y secarse las lágrimas. La entiendo. Claro que la entiendo. He visto miles de situaciones parecidas.

Cuando parece que está más calmada, le digo lo mismo que a su hija, que esta conversación va a ser grabada y que me cuente todo lo que ha vivido la tarde-noche de ayer.

—Pues yo estaba trabajando. Es festivo, pero teníamos que hacer inventario en el almacén del supermercado. Nos quedamos unas cuantas compañeras más allí hasta aproximadamente las 10 de la noche.

Asiento con la cabeza y dejo que continúe.

—Más o menos tardé en cambiarme y salir un cuarto de hora; luego, cogí el coche y me fui a casa. Vi que Blanca había publicado una *storie* en Instagram con su hermana soplando las velas. No me preocupe más. Quizás... debería haber llamado o... —Noto cómo se derrumba por momentos.

Le dejo su espacio para que respire tranquila y sin agobiarla.

—Cuando pueda, Esmeralda.

Se levanta para estirar las piernas y da un par de vueltas a la sala. Después, vuelve a sentarse y se limpia un par de lágrimas que le caen por las mejillas.

—Después, llegué a casa, me cociné algo rápido y cené. Cuando estaba terminando, llegó Carla y me dijo que a Blanca la traía su padre.

—¿Le pareció algo extraño?

—¡No! ¡En absoluto! César y yo tenemos una relación cordial y las niñas lo adoran. Es su

padre.

—No pretendía...

—Tranquilo, entiendo que tiene que quemar todos los cartuchos.

Se ha mostrado furiosa y sarcástica. Lo entiendo perfectamente.

—Bien... Entonces llegó su hija...

—Sí, llegó y se metió en su cuarto a dibujar. No tenía sueño todavía. Yo me puse a ver un *reality* en la tele y, después de tomarme la tila, me quedé dormida sin querer. Me siento culpable. Tenía que haberla llamado cuando llegó Carla a casa para saber si estaba bien.

—Esmeralda, no tiene la culpa. En serio.

—Ya... es muy fácil decirlo... ¿Tiene hijos?

Me quedo callado y no sé qué contestar. Sé muy bien lo que es el dolor cuando se pierden a personas de tu familia. Trago saliva.

—Yo...

—Da igual. Me he sobrepasado. Perdona. No tiene la culpa. —Hace una breve pausa y continúa—. Me despertó el móvil y César me dijo que Blanca no había llegado al bar, que se acababa de dar cuenta. Lo primero que hice fue ver si estaba con su hermana o durmiendo en su habitación, pero creo que ya sabe la respuesta...

Esta mujer está llena de valor y tiene un par de ovarios bien puestos. Está llena de sufrimiento, de culpabilidad, pero también de ira. No dejará que su hija desaparezca sin más y eso me gusta. Su actitud es la adecuada.

—Pues... creo que esto es todo Esmeralda. Muchas gracias. Si recuerda algo...

—Sí, ya sé. Muchas gracias —dice apresurada—. ¿Le digo a César que entre?

—Sí, claro. Muchas gracias.

Esmeralda no me sonrío, no se para. Simplemente abre la puerta y sale como ha entrado. Con los ojos llenos de sentimientos contradictorios y mucha fuerza.

# Capítulo 35



## El partido de los cojones

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

11:40

Esta vez es César el que empieza a hablar sin que yo diga nada. Se nota que es un hombre que tiene determinación. Mucha.

—Mire... lo primero que quiero que sepa es que tiene que encontrar a mi hija. Yo haré todo lo posible para que puedan hacerlo.

—Lo sé. No se preocupe. Estamos haciendo todo lo posible. Hay patrullas por la zona buscando a su hija mientras nosotros estamos aquí.

—Vale. Está bien. Le voy a contar todo lo que pasó. Yo... solo quiero que aparezca sana y salva.

Y es entonces cuando su coraza se rompe. Veo en sus ojos, del mismo color que el de sus hijas, el dolor que intenta ocultar detrás de un muro de hormigón. Le caen un par de lágrimas y se las limpia rápidamente y de manera bastante dura. Creo que no se permite llorar. De ninguna de las maneras.

—Cuénteme todo lo que recuerde de la noche de ayer, por favor.

—Vale. A ver... yo sabía que Blanca iba a venir a verme después de la fiesta. Me insistió con que venía ella hasta aquí, que no hacía falta que la fuese a buscar. No le insistí mucho porque tenía mucho lío en el bar. Debería haberlo hecho. Lo sé. Me siento un padre bastante miserable.

Le miro con respeto y admiración, pero me da bastante pena que se culpabilice de la desaparición de su hija. Aun así, intento ser objetivo con todas las personas con las que tengo que hablar.

—En fin... El caso es que cuando me quise dar cuenta, ya eran las doce menos veinte aproximadamente. Si no hubiera estado liado por el partido de los cojones, yo... yo habría sabido

que no estaba mucho antes. Yo habría podido llamarla antes y quizás... saber si pasaba algo.

—Perdone, pero, ¿qué partido?

—Verá, —Pone los ojos en blanco—, cuando el Real Madrid y el Real Valladolid juegan al fútbol, el bar siempre se me llena hasta arriba. Sin querer, perdí la noción del tiempo; y eso que tenía la ayuda de mis empleados: Pepe y Víctor. Aunque, bueno...

De repente, se le cambia la cara y se pone pálido. Creo que ha caído en algo que no recordaba.

—Dime, César.

—Pues que Víctor ayer salía de turno a las once de la noche. Quizás él sí sepa dónde está Blanca. ¿Han hablado con él?!

—Tranquilo. Hemos hablado con todos los contactos que nos proporcionasteis ayer. Le toca declarar a la una.

—Y si... ¿y si le ha hecho daño a mi niña? Yo... yo permití esa relación.

Comienza a llorar y pega un puñetazo en la mesa. Veo que tiene los nudillos muy rojos y me acuerdo de la escena de ayer. Al parecer, don Rafael sangraba profusamente por la nariz y la boca. Discusiones familiares.

—Como estuve observando ayer... hubo un malentendido entre vosotros por el tema de la pareja de Blanca. ¿No es así?

—Sí. Por supuesto que sí. Con don Rafael no hay quien viva en paz. Se lo ocultamos porque no nos deja vivir sin estar bajo su yugo, ¿entiende?

Claro que lo entiendo. Yo he tenido un yugo también. Uno muy grande que aún me sigue pesando día tras día. Asiento y veo que se calma un poco. Se apoya en el respaldo de la silla y se frota la cara con las dos manos.

—Cuando vio que Blanca no estaba en el bar, ¿qué hizo?

—Lo primero que hice fue llamarla, pero no lo cogía. Y, después, llamé a Esmeralda, obviamente: es su madre. Tenía que saberlo antes que cualquiera.

—¿Cómo es la relación con la madre de sus hijas?

—Muy buena. Tenemos una... relación muy cordial. Nos queríamos mucho y nunca tuvimos ningún problema ni discusiones.

Veo en sus ojos que algo se rompe. Quizás un resquicio de un sentimiento que aún no ha

perecido.

—Bueno, creo que no tengo muchas más preguntas. Si sabe algo más a lo largo de estas horas, no dude en contactar conmigo o acercarse.

—Gracias. Muchas gracias.

Veo como sale de la habitación con desesperación en la voz y repitiendo «maldito partido de los cojones».

# Capítulo 36



## Un abuelo particular

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

12:20

Tras un breve descanso para ir al baño y a la cantina a por un café, don Rafael entra en la sala de interrogatorios con seguridad y con una postura recta, casi militar. Tiene la nariz amoratada, de ayer.

—Espero que sea breve. Tengo un negocio y muchas cosas que hacer. No entiendo por qué es necesario que yo responda nada. No vi a mi nieta ayer.

—Buenos días a usted también, don Rafael.

Levanta las cejas, incrédulo. No se esperaba dicha contestación.

—Buenos días. —Se aclara la garganta y continúa—. Disculpe. Estoy nervioso. Mi nieta ha desaparecido y no entiendo por qué no van a por el evidente culpable de este asunto.

—¿Para usted el culpable quién es, don Rafael?

—¿No es evidente? El muerto de hambre que tienen esas niñas por padre. Mucho ha tardado en suceder una desgracia.

—¿Tiene pruebas para acusar a César de esa forma? Puede denunciarlo.

—Que me denuncie. Tiene todas las de perder. Estoy seguro de que él ha tenido algo que ver con la desaparición de mi nieta.

No va a ser fácil hablar con este señor. Sin duda es una persona que tiene muy claras las cosas y va a ser complicado que sea una persona objetiva con los hechos. Sin duda, también parece un abuelo particular.

—Cuénteme qué hizo la noche de ayer, por favor.

—La noche de ayer fue la misma que la de todos los sábados. Por supuesto, estuve jugando al mus con unos socios de la empresa y, después, naturalmente, me fui a dormir. Soy un hombre

al que le gusta madrugar.

—¿Sobre qué hora se fueron sus socios?

—¿Es importante?

—Por supuesto. No lo dude.

Su altivez me está poniendo nervioso y no creo que su interrogatorio tenga mucha importancia. No está ayudando demasiado.

—Pues... alrededor de las 10 y media. ¿Por qué?

—¿Puedo confirmarlo de alguna forma?

—Sí, claro. Ahora mismo le doy una lista de contactos de todos mis socios, que le dirán que estuvimos cenando y jugando al mus hasta esa hora.

—Y dice que después se fue a dormir...

—Efectivamente. A las 11 ya estaba acostado.

—Bien... ¿Cómo se enteró de la desaparición de su nieta, don Rafael?

—Lógicamente, me llamó mi hija en medio de la madrugada. Yo estaba dormido. Me dio un susto de muerte, figúrese.

—Claro. Entiendo. Pues de momento eso es todo. Muchas gracias. Si necesitamos algo más, le llamaremos.

—Muchas gracias por la rapidez. Tengo que gestionar cuestiones empresariales. Encuentre a mi nieta. Haré que le suban aún más de rango.

Se va sin mediar más palabra y este es el interrogatorio más surrealista que me ha tocado hasta la fecha. Don Rafael no se anda con chiquitas y cree que el culpable de todo es el padre de sus nietas. Algo se me escapa, pero los temas personales y familiares, de momento, no tienen importancia aquí. No ha visto a su nieta ayer y tiene una coartada, que comprobaré en un rato.

Solo espero que esta familia no se rompa aún más por la desaparición de Blanca. La familia es lo más importante que hay, sobre todo si hay amor y no rencor.

Me levanto y voy hacia mi despacho. La familia sigue aquí. Carla habla con una chica de su edad, morena y de pelo largo y oscuro. Asumo que se trata de Alejandra, ya que está citada a las dos de la tarde, aproximadamente. A Víctor aún no lo veo, pero no creo que tarde en venir. Si lo hace, realmente, se buscará problemas con la policía.

Abro la puerta y dejo algunos papeles sobre la mesa. Aprovecho para pensar un poco y colocar algunos datos estratégicos que he sacado en claro hasta ahora. De momento, no tengo muchos, pero seguro que todo esto se va aclarando poco a poco. Estoy completamente seguro.

# Capítulo 37



No hay pruebas contra mí

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

12:50

Llega cinco minutos tarde, pero llega. Le he querido dar un voto de confianza y ha cumplido. Se sienta en la silla con aire chulesco. Es muy joven. Tiene los ojos claros, el pelo castaño y es bastante alto.

—Buenos días, Víctor.

Asiente simplemente. Con esto ya puedo hacerme una idea de cómo es.

—Cuéntame, por favor, ¿cuándo es la última vez que viste a Blanca?

Suspira y se coloca el pelo.

—La última vez que la vi fue el lunes. Ya se lo dije por teléfono, no tengo nada que ver con que no aparezca.

—Eso, en todo caso, lo tengo que decidir yo, Víctor. Por favor, colabora.

—No la he visto desde el lunes, pero íbamos a quedar el sábado, después del cumpleaños. Le iba a dar un regalo.

—¿A qué hora habíais quedado?

—A las 11 y cuarto o así. Me dijo que estaba llegando y me quedé esperándola en el parque de atrás del bar donde trabajo; el de su padre, vaya.

—Y... ¿no llegaste a verla?

—No. No apareció, así que supuse que no quería verme.

Me quedo pensando. No sé de qué modo puedo sacarle el tema de su relación con Blanca sin que parezca demasiado forzado.

—¿Por qué razón no querría verte, Víctor? ¿Había problemas en la relación?

—No, no. En absoluto. Lo que pasa es que estaba un poco enfadada conmigo porque tuvimos una discusión el lunes. Nada serio.

Todo esto lo dice sin pena ni gloria. No gesticula ni parece ocultar nada. Está muy tranquilo.

Recuerdo que Carla me ha comentado que le escribía varias veces al día y que era una relación muy tóxica. Encima, si habló con ella por *WhatsApp* antes de que desapareciese, quizás tengamos una pista más sólida.

—Víctor, por favor, ¿puedes desbloquear tu teléfono móvil y dejarlo sobre la mesa?

—Y, ¿eso por qué? No hay pruebas contra mí. Es mi privacidad.

—Tu privacidad acaba cuando tu novia está desaparecida y dices que hablaste con ella por teléfono unos minutos antes. Por favor, no te lo repito más veces. Desbloquea el móvil y ponlo sobre la mesa.

Lo hace, despacio, sin ninguna prisa. Pone su clave numérica y lo deja sobre la mesa.

—Abre el *WhatsApp*, por favor.

Gruñe, pero lo hace.

Me deslizo por las conversaciones. No tiene muchas. Sus padres, algunos grupos y amigos. No hay ni rastro del chat con Blanca.

—¿Dónde está?

—¿El qué? —pregunta distraído.

—Víctor. ¿Dónde está el chat con Blanca?

Doy la vuelta al móvil para que lo vea y levanta los hombros.

—Víctor. Esto va en serio. Te puedes meter en un lío. ¿Dónde está el chat de Blanca?

—No apareció y simplemente lo borré. Creí que no quería saber más de mí.

—¿Estás seguro de eso? ¿O simplemente intentas ocultar conversaciones que se pueden malinterpretar?

—¿Qué cojones estás diciendo, tío?! ¡Que yo no tengo nada que ver con esa niñata ya!

Me levanto y le echo mano al cinturón donde tengo las esposas. Le cojo ambas manos y se las aprieto en torno a las muñecas.

—Chaval, creo que te vas al calabozo un día. A ver si recapacitas y nos dices la verdad.

Empieza a gritar tantas cosas que lo ignoro. Me importa una mierda todo lo que diga a partir de ahora. Cojo el móvil y, cuando entra una compañera, le digo que lo lleve al centro de informática, a ver si pueden recuperar las conversaciones.

Este chico tiene algo que ocultar. Quién sabe si él sabe qué le ha pasado a Blanca.

# Capítulo 38



Es mi mejor amiga

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

13:35

Víctor se va a quedar unas horitas en el calabozo, para que recapacite. El móvil ya está con uno de nuestros informáticos para intentar recuperar las conversaciones borradas. Según me dice Carla, su relación es bastante tormentosa. No me creo nada de las excusas de este chico. Nada de nada.

Vuelvo a la sala de espera y veo el dolor en los ojos de la familia. Siguen aquí, por algún motivo. Supongo que, simplemente, están haciendo tiempo para ir a comer y ver cara a cara a todos los que tienen que pasar a la sala de interrogatorios.

Me acerco a las sillas donde está Carla.

—¿Alejandra Morales?

—Sí, sí. Soy yo. —La acompañante de la hermana de Blanca salta como un resorte.

—¿Puedes venir conmigo, por favor?

Le da un abrazo a Carla y me sigue por el pasillo hasta la sala donde estoy interrogando a todas las personas cercanas a Blanca.

Se sienta en la silla en la que todos se han sentado, pero noto que su mirada no es huidiza, sino sincera. Quizás encuentre aquí la solución de este puzle.

—Hola, Alejandra. Gracias por venir. Por favor, ¿me puedes contar todo lo que recuerdas de ayer?

Me cuenta que Paula y ella estuvieron en casa de las gemelas para salir hacia el cumpleaños. Que estuvieron allí y se lo pasaron genial. No vio nada raro ni reseñable que me tenga que contar.

—Luego, cuando nos teníamos que ir con la madre de Paula, me dijo que fuera con ella,

que no le importaba quedarse para cerrar la fiesta. Le dije que me fuera escribiendo y no volví a saber nada más de ella. Insistí en quedarme con ella, pero no quiso.

—¿Hay algún otro motivo por el que Blanca quisiera quedarse para volver sola?

Veo que traga saliva y que por primera vez sus ojos se humedecen.

—Yo... bueno. ¿Puedo enseñarte el móvil?

—Sí, claro.

Alejandra saca el móvil de su bolso y me enseña unas cuantas imágenes de la galería. En ellas se ven capturas de conversaciones en las que Víctor y Blanca quedan después del cumpleaños.

—Ella... bueno. Quería cortar con él y por eso quería ir sola. No... no pensaba que fuera a pasar esto. Te lo juro —exclama llorando.

Le ofrezco un pañuelo y se seca los ojos.

—Lo siento.

—No te preocupes. ¿Podrías decirme cómo era la relación de Víctor con Blanca? Él confirma que no tenían ningún problema, pero...

—¿Ningún problema? Él está siempre echándole en cara todo lo que hace. Que si no le hace el suficiente caso, que si no quedan nunca... El lunes discutieron y, bueno, me dijo que por fin quería liberarse y romper con él.

—¿Hay algo más que recuerdes que pueda ser importante?

Se queda pensando, pero niega con la cabeza.

—Puedo dejar mi móvil si quieres para que miréis todas las conversaciones. No me importa.

—Muchas gracias, Alejandra. Has sido de gran ayuda, pero si recuerdas algo más... por pequeño que sea el detalle, pásate por aquí. ¿De acuerdo?

—Claro. Gracias. Por favor, tienes que encontrarla, es mi mejor amiga.

—Haremos todo lo posible. Te lo aseguro.

Ella asiente y sonríe como puede. La acompaño a la puerta y voy hacia mi despacho. Despliego de nuevo los papeles sobre la mesa y pongo los datos más importantes en el corcho.

Todo apunta hacia el novio de Blanca. Ha borrado las conversaciones que tenía con ella.

¿Por qué? Solo lo sabremos si podemos recuperar todo el hilo de *WhatsApp* con Blanca.

De momento, será mejor hacer una pausa para comer algo, aunque no tengo mucho apetito. Me dirijo a la cantina y, al pasar por la sala de espera, veo que no queda absolutamente nadie. Es mejor así. También tienen que asimilar todo y descansar. Estas situaciones pueden llegar a ser un verdadero infierno.

Cuando llego, hay un par de compañeros comiendo sus menús en fiambreras y otros tantos al lado de la cafetera, charlando. Yo procedo a coger un sándwich de la máquina expendedora y a sentarme en una mesa que da a la ventana. Necesito pensar. Y es que cuando tengo un caso latente, no puedo parar hasta resolverlo.

# Capítulo 39



¿De verdad sientes eso?

Carla

Domingo, 13 de octubre de 2019

14:00

Bajamos del coche y nos dejan en casa. Sí. Mi madre ha tenido la maravillosa idea de que Alejandra se quede a comer. Hoy no me apetece mucho, sinceramente; y menos estar a solas con ella.

Ellos se van a ir al bar a comer algo que pillen por ahí. Asumo que lo que quieren es hablar sin que les interrumpa de alguna forma. Lo acepto porque sé que están derrotados y necesitan hablar muchas cosas. Ayer papá se quedó a dormir, lo sé porque no escuché la puerta de casa en ningún momento.

Subimos por el ascensor. Aún no hemos cruzado ninguna palabra y es que, en realidad, no sé muy bien cómo hacerlo. Me ocultó que Blanca había quedado con Víctor para cortar con él. No sé si es consciente del peligro que eso supone. Ha quedado con una persona que la acosa y que la maltrata psicológicamente para que le haga caso. No debió dejarla sola tampoco, como yo.

Cuando llegamos a la puerta del piso, abro y dejo las llaves en la mesilla que hay a la derecha. Alejandra cierra cuando entramos ambas y cuelga el abrigo en el perchero.

—¿Qué te apetece comer? —Cedo un poco.

—Lo que tú quieras. Tampoco tengo mucha hambre.

Voy al frigorífico y abro la puerta. Veo que, solamente, hay pizzas precocinadas y alguna que otra fruta. Mañana sería día de hacer la compra, pero no creo que sea el momento, en general.

—Solo hay pizzas. ¿Cuál quieres?

Alejandra se asoma por detrás de mí. Lo noto porque huelo su perfume, cada vez más intenso, cuando se acerca. Siento su respiración prácticamente en mi nuca.

—La de cuatro quesos. Me encanta el queso.

—Sí, ya lo sabía —digo mientras sonrío para mí misma.

Yo opto entonces por hacerme la barbacoa, que es la que queda. No me importa que ella se coma la otra. También es mi favorita, pero puedo hacer una excepción.

Precaliento el horno a 220° y espero a que se apague la luz roja.

—¿Quieres un refresco o algo? —pregunto.

—No, tranquila. Con agua me vale.

Le sirvo un vaso de agua y yo me cojo un refresco.

—Oye, Carla... Yo...

—No te preocupes.

—No, en serio. Quiero que sepas que lo siento... —expresa con tristeza—. Yo... prometí no decir nada a nadie. Sabía que Víctor te cae mal y como solo quería terminar con él, no quería preocuparte.

Me quedo en silencio un rato. No me apetece volver al tema una y otra vez.

—¿Se lo has contado a Conesa?

—Sí, claro.

—Entonces, no te preocupes, ¿vale? Olvidado.

—¿Seguro?

La miro a los ojos e intento sonreír como puedo y asiento con la cabeza. Ella también me sonríe. Se me acelera el pulso: de 0 a 100 en un segundo. Noto cómo se me ponen rojas las mejillas, pero creo que me he dado la vuelta a tiempo.

Meto las pizzas en el horno, ya que caben las dos, una en cada rejilla y nos sentamos, mientras, en el sofá. Enciendo la tele, pero no hay absolutamente nada que resulte interesante.

—Si quieres, podemos ver luego una película.

—Claro. Ve pensando si quieres. Voy a coger las pizzas.

Me levanto y saco las pizzas del horno. Cojo también un par de platitos pequeños y dos cuchillos.

—Alejandra, ¿puedes coger las servilletas de ese cajón, por fa?

—Sí, claro.

Veo cómo se levanta y se dirige al mueble que le he dicho; saca del segundo cajón un taco de servilletas. Después, las lleva a la mesita del salón, donde vamos a comer.

—¡Que aproveche! —dice Alejandra.

—Igualmente.

La comida entra sola. Menos mal que no teníamos nada de hambre. En cuestión de cuarto de hora nos hemos terminado las pizzas. Cojo los platos y lo demás, y lo llevo al fregadero. Ya lo limpiaré luego.

—¿Te parece que veamos *Diez razones para odiarte*? ¡Me encanta!

Me lo dice con tal ilusión que no puedo decirle que no. Además, a mí también me encanta esa película.

—¿Puedes ir a por una manta que tengo en mi habitación mientras la busco y la pongo?

—A sus órdenes.

Voy buscando la película en la estantería del salón. Nos gusta tener las películas que son nuestras favoritas en físico, aunque las plataformas de *streaming* también las tengan en catálogo. Por fin la encuentro y la meto en el aparato.

Cuando me doy la vuelta, veo algo que no quería. Veo cómo Alejandra lleva la manta debajo del brazo izquierdo, pero que también lleva un papel en la otra. Lo mira embelesada y me muero de la vergüenza.

Quita la vista del dibujo y me mira.

—Carla, ¿soy yo?

Me quedo en silencio. Solamente asiento mientras suena *One week* de Barenaked Ladies, la canción de *intro* de la película.

Ella se acerca a mí y me abraza. No sé muy bien cómo reaccionar. Se separa de mí, al poco, y veo que tiene los ojos brillantes.

—Es muy bonito, Carla. No sé qué decir...

—Yo... lo siento.

—¿Lo siento? ¿Por qué? El dibujo es precioso.

—Porque...

No dejo de repetirme que no es el momento. No debo decírselo. Al menos no ahora. Blanca

ha desaparecido y no merezco ningún ápice de pena o atención.

—¿Carla? ¿Qué pasa?

—Yo...

No sé qué me pasa. Me he quedado absolutamente muda. Agacho la cabeza y me rueda una lágrima por la mejilla. Ha llegado el día en el que me voy a llevar la mayor decepción de mi vida.

Alejandra me levanta la cabeza, cogiéndome la barbilla con dos de sus delicados dedos. Me mira y entonces me besa. Suave. En los labios. Mi corazón bombea muy fuerte y noto que me arden las orejas. No sé cómo responder.

—Carla... Yo... Perdón. Creía que... Será mejor que me vaya —dice avergonzada.

Deja el dibujo en la mesa y veo que va hasta el perchero para coger su abrigo.

—¡Espera!

Se gira y le echo valor. Voy hacia ella y también le doy un beso. Ella me responde abrazando mi cintura. Cuando nos separamos me sonrío con esa sonrisa suya, infinita.

—Te quiero, Carla. Desde el primer día.

—¿De verdad sientes eso?

—Carla. ¿Por qué te iba a mentir?

—No sé. Soy... patética.

—Nunca jamás vuelvas a decir eso. Eres inteligente, talentosa, valiente y, además, eres preciosa. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Nos volvemos a besar y noto cómo el peor día de mi vida también está siendo el mejor. Me siento un poco culpable por sentirlo así, pero por fin me he liberado del todo. Bueno, del todo no. Tengo que hablar con mis padres y decirles lo que me da tanto miedo. Necesito ayuda.

# Capítulo 40



Mi familia lo es todo

Esmeralda

Domingo, 13 de octubre de 2019

14:30

Ya estamos aparcando en uno de los sitios que hay frente al bar de César. Hoy está cerrado, no ha querido abrir. Lo veo lógico. Según llegamos a la verja, veo que hay un cartel que pone: «Cerrado por motivos personales. Disculpen las molestias».

Según entramos, bajamos de nuevo la verja para que nadie crea que ha abierto, ni por casualidad.

—¿Prefieres comer aquí o vamos al apartamento?

—Aquí mismo, no te preocupes —contesto.

El otro día entré de forma precipitada y ni me fijé en el local. Sigue igual que siempre. Su barra, de color oscuro, a conjunto con las mesas y sillas que se esparcen por el espacio del bar. Huele a casa. Y pensar que siempre he tenido presente este sitio...

Oigo cómo César abre cajones y el frigorífico, pero yo sigo embelesada con todo lo que me rodea. Me siento en uno de los taburetes que hay a lo largo de la barra y recuerdo un montón de cosas. Sobre todo, me acuerdo de cuando César y yo nos conocimos. Recuerdo sus ojos, que me embrujaron desde el primer segundo. Estábamos destinados a encontrarnos. Lo supe desde ese preciso instante.

Al rato, César lleva dos platos en la mano. Son dos platos combinados con filetes de pollo, huevo y patatas fritas.

—Aquí tiene, señorita. ¿Quiere usted pan? —pregunta formalmente en forma chulesca.

—Qué tonto eres. —Me río a carcajada limpia.

Comenzamos a comer. En cuanto me meto un trozo de filete en la boca y lo saboreo, me doy cuenta de que no tengo mucha hambre. Lo miro y veo que él también come con reticencia.

—César...

—Dime —contesta con la boca llena.

—¿Crees que le ha podido pasar algo?

César me mira y sus ojos se transforman. Noto como si me estuviera mirando en un espejo. Tienen la misma tristeza que los míos. Sin embargo, no me contesta. Se levanta, me tira de la mano para que me levante y me abraza. Apenas recuerdo lo que es estar así. Sentirme a salvo con alguien. Él me lo hacía sentir. Aún lo hace. Con mis hijas y conmigo.

Se separa de mí y me limpia la lágrima que me rueda por la mejilla izquierda. Me besa en la frente, despacio, y me mira a los ojos.

—Esmeralda. Estoy seguro de que Blanca está bien. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza y me lanzo a besarle en los labios.

No, lo de ayer no fue un error. Lo de ayer fue algo que llevaba mucho tiempo queriendo hacer. César es el amor de mi vida. Mi padre, por activa y por pasiva, nos ha querido separar, siempre, pero no se puede luchar contra eso. Para mí, César es la persona con la que me siento segura, a salvo, es mi flotador cuando no sé nadar; lo es absolutamente todo. Pero, sobre todas las cosas, es el padre de mis hijas. Sin él no podría tener todo lo que tengo. Sin él no sentiría todo lo que siento. Sin él no sería la persona que soy ahora. Me dio a mi familia y es que mi familia lo es todo.

—Esmeralda... Yo...

—¿Qué pasa? —le digo mirándole a los ojos.

—Yo... sigo amándote. Como el primer día.

Como contestación le doy otro beso. Esta vez más casto. Y, por primera vez en mi vida, me siento como en casa y me siento valiente.

—Lo arreglaremos —digo convencida.

—Estoy seguro. Juntos.

Charlamos como hacía tiempo que no hacíamos. Desde que mi padre nos obligó a separarnos, aunque nunca hayamos estado casados, hemos tenido una relación cordial, sin ningún tipo de acercamiento. Estamos hablando un poco de todo y de nada. Intentamos que el agotamiento y la tristeza no nos llenen de negatividad. Blanca va a aparecer. Estamos totalmente seguros de ello.

De repente, nos asusta un golpe en la verja. Creemos que ha sido un pájaro, que se ha chocado contra ella, pero a los pocos segundos vuelve a sonar. César se acerca de forma sigilosa y se asoma por un trozo de cristal.

Veo que abre decidido y aparece Carla.

—Hola, cariño. ¿Qué haces aquí? ¿No estabas con Alejandra?

—Sí, pero quería hablar con vosotros. Me está esperando en el bar de enfrente.

—Tú dirás —expresa César.

—Creo que necesito ayuda.

—¿Ayuda? ¿En qué sentido, cielo? —pregunto confusa.

—Papá, mamá, —Su mirada alterna nuestros ojos—, en el colegio me hacen *bullying*.

El corazón se me para y me empieza a doler. Miro a César y sé que siente lo mismo que yo.

«¿Cómo no me he podido dar cuenta antes?».

Cuando siempre dice que no quiere ir al colegio. Cuando viene mustia de clase. Cuando se encierra en su habitación con la música. No... no me he dado cuenta hasta ahora. Me siento mala madre. Por dos.

—Hija... Yo... —Comienzo a llorar porque el día me supera.

—Mamá, —Me agarra la mano con suavidad—, no pasa nada. Yo... suelo pasar de eso, pero... últimamente, es peor y quería decíroslo. No me gusta ir al colegio. Noto que no encajo. Lo siento.

—No tienes que pedirnos perdón, cariño —dice César—. ¿Quiénes son?

—Eso no importa, papá...

—Claro que importa, Carla. Mañana mismo me presento en el colegio y...

—César... —le interrumpo.

—¿Qué?

—No es el momento. Ya lo hablaremos. Cuando Blanca aparezca y cuando ella esté preparada.

Me mira incrédulo al principio, pero al final cede. Sabe que no es el momento de presionarla y yo no quiero que mi hija se sienta peor. No quiero discutir más. Tenemos que

permanecer unidos.

# Capítulo 41



## Los mensajes perdidos

Conesa

**Domingo, 13 de octubre de 2019**

**15:00**

Ya tengo los resultados de la búsqueda del chat de Blanca. Por lo que me ha dicho la perito, los archivos no estaban encriptados, así que no ha habido problema alguno para recuperarlos.

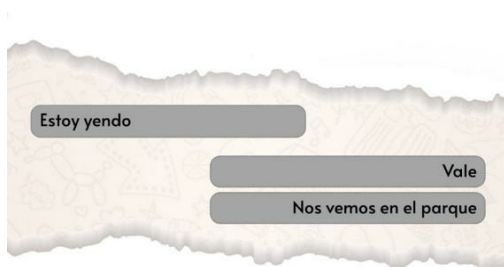
Ante mí, en una carpeta marrón, tengo los mensajes perdidos. Inspiro. Expiro. La abro. Veo ante mí unos cuantos folios. Conversaciones de varios días. Veo mensajes normales entre ellos. Los de una pareja adolescente acaramelada. Sigo pasando hojas y, de repente, noto un cambio de actitud en Víctor. Analizo las conversaciones y veo connotaciones obsesivas para con Blanca.

Se me revuelve el estómago de manera infernal.

Leo más y más disculpas de Víctor, después de comportarse como un auténtico capullo. Para ser sinceros, tiene pinta de maltratador de manual.

Sin embargo, me interesa más una conversación en concreto. Será la prueba refutable de si Víctor eliminó la conversación porque no apareció o porque sí apareció y pasó algo con Blanca. En ese parque.

Alejandra me enseñó la conversación de ella con Blanca. En ella decía que se encontraría con Víctor, pero no podemos saber si de verdad es cierto o no. Voy hacia el final de los documentos y allí lo veo.



No hay nada más. Ni unos mensajes replicando que no haya aparecido. Toda comunicación se corta ahí.

Voy a las llamadas telefónicas y se registran muchas. Lo dicho. Este chico tiene un gran problema. Pero, sin embargo, no hay ninguna llamada desde el día anterior a la desaparición.

Esto no me gusta ni un pelo y, seguramente, Víctor tenga que volver a declarar. Lo hará de nuevo hoy, en un rato. De todas maneras, mañana llegan las imágenes de las cámaras de seguridad del banco y del bazar. Ahí es cuando sabremos si él y ella llegaron a verse y si, realmente, es el culpable de la desaparición de Blanca o no.

Ya se sabe: «una imagen vale más que mil palabras».

# Capítulo 42



## Las primas

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

16:30

Primero, ha pasado Patricia y ahora le toca a Estíbaliz. Ambas son las dos chicas que la recepcionista vio en la escalinata del hotel.

Ella ya ha dado su versión de los hechos. Un cumpleaños normal y corriente. Ahora veo cómo se hacen el relevo. Entra otra chica rubia, esta con el pelo algo más largo que su prima. Anda de manera bastante chulesca y se sienta en la silla. Cruza las piernas y se apoya en el respaldo cruzando los brazos.

—Buenas tardes, agente.

—Buenas tardes. Sargento, por favor. —Me coloco la camisa y continúo—. ¿Me puedes contar qué es lo que pasó en la noche de ayer?

—Pues verás, —Comienza a hablar mientras mastica chicle de manera repelente—, fui al cumpleaños con mi prima. Vivimos cerca así que fuimos andando. Llegamos, estuvimos comiendo, abriendo los regalos y después bailando. Terminó la fiesta, nos fuimos a casa y ya.

—¿Y ya? ¿Puedes ser algo más detallista?

—¿En qué exactamente?

Me evita la mirada y veo que sus ojos observan las paredes de la sala. La noto incómoda.

—¿Notaste algo? ¿Notaste si a Blanca le pasaba algo?

—La verdad es que no. Es muy buena tía y nos lo pasamos muy bien en el cumpleaños. Se quedó hasta el final de la fiesta y fue un detalle. Su hermana y otras dos chicas se fueron antes.

—¿Cómo es tu relación con Blanca?

—Muy buena. Por supuesto. Somos superamigas.

Sinceramente, creo que las dos primas son algo superficiales. Quizás se llevasen bien con

Blanca o quizás no. Sí que son de la misma clase, por lo que tengo apuntado en los informes, pero poco más. Carla no me ha dicho que tengan una relación estrecha con ella ni con su hermana. Simplemente nombró a Alejandra y a Paula.

—Bien. Si no es mucha indiscreción... ¿Fumas?

—Sí, pero creo que eso no tiene mucha importancia ahora, la verdad.

—Pues, la verdad... Yo creo que sí. Los testigos y las cámaras os grabaron a ti y a tu prima Patricia en la escalinata de entrada del hotel, cuando ya no quedaba nadie del cumpleaños dentro.

—¿Y eso acaso demuestra algo, sargento?

—La verdad es que no. Pero es un tanto sospechoso, ya que luego las cámaras de seguridad de la gasolinera os grabaron ir por el mismo camino que Blanca unos minutos después. —Me tiro un farol como una casa, a ver si reacciona.

—¿Qué insinúas?

—¿Quizás queráis acompañarla para que no fuese sola? —pregunto de manera sarcástica.

—Bah. Ni siquiera la vimos cuando volvimos a casa. Pierde el tiempo.

—¿De verdad?

—Claro.

—Bien. Si es así, de momento, no tengo mucho más que preguntarte. Si recuerdas algo más, no dudes en volver.

—Muchas gracias, sargento.

Asiento con la cabeza y se levanta. Me mira, de forma altiva y se marcha. Pongo los ojos en blanco y me froto la cara. Esto está siendo mucho más difícil de lo que creía. Las patrullas aún no han encontrado a Blanca; ni siquiera alguna señal de que haya pasado por algún sitio. No hay absolutamente nada.

Solo tenemos algún que otro sospechoso y un presunto novio posesivo con el que quería romper esa noche.

# Capítulo 43



¿Dónde está mi hija?

César

Domingo, 13 de octubre de 2019

17:00

Estoy de nuevo en la comisaría para ver si hay información nueva. Me dicen que de momento no hay nada de nada. Ni rastro. Me arden los ojos de tanto llorar.

Les dije a Esmeralda y a Carla que se fueran a casa a darse una ducha y descansar un poco. Yo, simplemente, no puedo. Es mi niña, la luz de uno de mis ojos, un cuarto de mi corazón.

Voy al baño y me miro al espejo. Tengo los ojos rojísimos. Abro el grifo y me mojo la cara. Necesito espabilarme. Creo que luego iré a darme una vuelta con Pepe para ver si veo algo por ahí. Necesito saber ya de mi hija. Las horas, sin saber si está bien, se me hacen eternas.

Salgo y me estampo de golpe con alguien.

—¡¡Jooodeer!!

Levanto la vista y es Víctor, esposado y guiado por un agente. Aprieto los puños y me enfurezco. Veo cómo traga saliva y tiene miedo. Hace bien.

—¿Cómo cojones te atreves a mirarme a la cara?

—¿Perdón? —dice casi susurrando.

—¿Qué le has hecho a mi hija?!

El agente intenta que no me acerque más, pero ya es tarde. Estoy cogiendo del cuello de la camisa al sinvergüenza que ha hecho daño a mi niña.

—¡Dime dónde está!

—¡No lo sé!

Conesa sale por una puerta que hay al otro lado del pasillo y veo, por el rabillo del ojo, que se acerca corriendo. Me separa de Víctor y yo intento zafarme.

«Tiene fuerza el cabrón».

—¡Déjeme decirle un par de cosas a este hijo de puta! —grito mientras intento quitarme de encima el peso del sargento.

—¡¡Ya está bien, César!! ¡No lo empeore!

—¡¿Que no lo empeore?! ¡Es mi hija! ¡Cómo se nota que no lo entiende! ¡No lo entendéis ninguno! ¡Es mi hija!

Noto como Conesa afloja un poco la fuerza y me acerco, por última vez, a Víctor.

—Espero que no le hayas hecho nada a mi hija. Si no, te mato yo mismo.

—¡¡César!! ¡No quiero detenerle por desacato y amenazas, por favor!

Me caigo de rodillas al suelo, llorando. Estoy absolutamente derrotado. Cojo a Víctor de los pantalones y veo que Conesa y el otro agente aflojan un poco. Creo que necesitan este enfrentamiento para sacar cosas en claro.

—Por favor, Víctor, te lo suplico. ¿Dónde está mi hija?

—César, por favor, tienes que creerme. —Ahora él también llora—. No la he visto. Había quedado con ella, pero no apareció. Te lo juro.

La cabeza me da vueltas.

«¿Había quedado con él? ¿Por qué?».

Nuevas incógnitas pasan por mi mente.

Me levanto y le miro a los ojos.

—No te creo. Y, por supuesto, estás despedido. —Después miro a Conesa—. Lo siento, sargento. Ya me voy.

—Váyase a descansar, César. Por favor. Mañana le llamo a primera hora.

Me voy por el pasillo. Paso por la sala de espera y veo ojos escrutándome. Preguntándose qué es lo que acaban de escuchar en el pasillo. Bajo la cabeza, avergonzado, y salgo a la calle.

Saco el paquete de tabaco y un cigarro. Me tiemblan las manos y soy incapaz de encenderlo.

—¡¡¡A la mierda!!!

Tiro el cigarro al suelo y el paquete de tabaco a la papelera más cercana y me voy. No voy a volver a fumar en mi vida.

Todo se desmorona alrededor y no sé cómo arreglarlo. No sé cómo unir las piezas y pegarlas. No sé si todo volverá a ser como antes y eso me da mucho miedo.

# Capítulo 44



## La pieza del puzle

Conesa

Domingo, 13 de octubre de 2019

20:00

Estoy realmente cansado. Ya han pasado gran parte de las personas que estuvieron en la fiesta; incluida Paula, la mejor amiga de Carla. Todas coinciden en lo mismo: que no vieron nada raro en la fiesta y que después todas se fueron con sus padres o andando. No hay más novedades hasta ahora.

Solamente queda una persona por declarar: María. La llamo y entra por la puerta. Las demás compañeras del colegio la están esperando en el pasillo, aunque las animo a que lo hagan en la sala de espera cada vez que me asomo.

«Estos adolescentes son la leche», pienso mientras me siento.

María me mira con ojos vivarachos. Tiene pinta de ser una persona del todo sincera y directa.

—Buenas tardes, María. Creo que ya sabes cómo funciona esto por lo que habéis estado cuchicheando ahí fuera —digo gracioso—. Así que, cuéntame, ¿qué es lo que recuerdas de esa noche?

María me cuenta todo con lujo de detalles; así da gusto. Me cuenta que estuvieron tomando unos tentempiés antes de la cena de cumpleaños. Me ha contado hasta lo que comieron. Impresionante memoria. Ninguna persona a la que he preguntado antes había sido tan detallista y concisa.

Después abrieron los regalos: primero, los de Blanca y, después, los de Carla. Me cuenta que recuerda que las primas salieron a fumar mientras le daban los regalos a esta última.

Levanto una ceja y asiento. Me parece una actitud del todo extraña, pero me encajaría con el perfil psicológico que, como novato, les he hecho antes a Patricia y Estíbaliz.

Me continúa contando que después fue el baile y que se lo pasaron bastante bien. Que no

hubo nada de alcohol y que hasta Carla bailó. Concretamente, me ha destacado ese hecho.

—¿Por qué dices que Carla bailó?

—Porque es muy tímida. Nunca la había visto divertirse.

Me encanta la sinceridad y la entereza de esta adolescente. Parece que lo controla absolutamente todo.

—Lo que me extraña es una cosa... —dice pensativa.

—¿El qué?

—Pues que sea Blanca la que ha desaparecido. No lo entiendo.

—¿Qué es exactamente lo que no entiendes, María? Soy todo oídos.

—Pues porque es Carla la que se quedó a cerrar la fiesta.

Se me abren los ojos y dejo de escribir. No lo entiendo.

—¿Cómo que Carla?

—Sí. Hablamos con ella y todo, antes de que terminara la fiesta. Era Carla. Blanca se fue con Paula y su mejor amiga Alejandra.

—¿Estás segura?

—Cien por cien.

Me quedo pensativo. No entiendo muy bien qué ha podido pasar aquí.

—Vale, María. Muchas gracias. Eso es todo.

Se levanta y sale de la sala de interrogatorios. Todas las compañeras están fuera y no esperan ni a que cierre la puerta para bombardearla a preguntas. Menos mal que hay un agente fuera que revisa que no queden entre ellas en una misma versión de los hechos.

Cuando parece que el pasillo se ha despejado, salgo de la sala con mis papeles. Hay algo aquí que no me cuadra.

Llego al despacho y dejo todos los papeles encima de la mesa. Dejo los nuevos datos importantes en el corcho y salgo a la calle. Necesito tomar el aire de forma urgente. Creo que me va a reventar la cabeza de un momento a otro.

Si María dice que Carla fue la que se quedó en la fiesta y esta dice que fue ella la que se fue con sus amigas, aquí hay alguien que miente. María parecía muy segura de lo que estaba diciendo, pero por qué me iba a mentir Carla sobre la desaparición de su hermana.

Nada tiene sentido y decido dar una vuelta a la manzana para despejar las ideas. Lo que me queda es llamar a Carla y ver qué es lo que me dice. Necesito encajar la pieza del puzle que me queda. No hay más.

# Capítulo 45



No lo entiendo

Carla

Domingo, 13 de octubre de 2019

21:30

Estoy en mi cuarto, como siempre: dibujando y escuchando música. Intento distraerme como puedo. No dejo de pensar en Blanca, en que ha desaparecido y en que quiero que esté a salvo. Necesito que vuelva mi otra mitad. Solo pensarlo me da angustia.

Utilizo el *cd* que me regaló Alejandra con el título *Canciones para Carla*. Tengo un *discman* de mi madre, así que no tengo problemas para poder escucharlo en la intimidad de mi habitación.

Ahora empieza a sonar *Who Says* de Selena Gómez. A Alejandra le encanta de siempre. Dejo de dibujar, cierro los ojos y la escucho atentamente. Enseguida me doy cuenta de que habla de quererse a uno mismo; de que todos valemos. Sonrío. No me esperaba esta canción, pero incluso puede ser curativa. Alejandra es curativa. Me acuerdo de lo que ha pasado esta tarde y se me pone la piel de gallina.

Me asusto porque empieza a sonar mi móvil. Me llama un número que no tengo registrado y lo primero que mi mente piensa es que es alguien malo. Tengo miedo. Me va el corazón a mil por hora y no estoy segura de cogerlo, pero me armo de valor y contesto.

—¿Sí? —pregunto tímidamente.

—Hola. ¿Carla? Soy el sargento Conesa.

Suspiro aliviada. Me ha dado un susto de muerte.

—Ah, hola, sargento. ¿Hay nuevas noticias? —pregunto emocionada.

—No, por desgracia no. Pero tengo que hablar contigo de una cosa. Es muy importante que seas sincera.

—Claro.

Me extraña que el sargento Conesa me llame a estas horas por algo importante. Ahora creo que estoy más asustada que antes.

—Carla, ¿estás segura de que tú no te quedaste en la fiesta?

—¿Perdón?

—Solo necesito que contestes. ¿Tú te fuiste de la fiesta con Paula y Alejandra o te quedaste?

—Me fui.

—¿Seguro?

—¿Cómo no voy a estar segura de si me fui o no?

Hay un breve silencio en la línea telefónica. No entiendo la razón por la cual iba a mentir sobre si me quedé o no en la fiesta. Y menos sé por qué eso ahora es importante.

—Vale. Vamos a ver... Carla, una compañera del colegio me ha afirmado que eres tú la que te quedaste en la fiesta.

—Pero eso no puede ser, sargento.

—Ya, por eso no lo entiendo. Esperaba que tú me ayudases a saber por qué tu compañera puede estar diciendo eso con una seguridad tan aplastante. Tenía cero dudas, Carla.

Me quedo pensando. No tiene ningún tipo de sentido. Me despedí de todo el mundo y, después, me fui con Paula y Alejandra.

—Es que te estoy diciendo la verdad. Yo me fui de esa fiesta y Blanca se quedó —digo gimoteando—. No entiendo por qué crees que fui yo la que se quedó hasta el final del cumpleaños.

—Ni yo tampoco, Carla.

Otro breve silencio.

—Mira. Vamos a hacer una cosa. Descansa y si caes en cualquier detalle que pueda darnos una pista de por qué tu compañera está segura de que eras tú la de la fiesta, me llamas, ¿vale?

—Claro.

—Descansa, Carla. Hasta luego.

No me deja ni contestar, ya que se corta inmediatamente la llamada.

Me quedo hipnotizada mirando el teléfono móvil. No entiendo por qué ella ha dicho que

soy yo la que se quedó en la fiesta. No le encuentro ninguna explicación.

Dejo todo lo que estaba haciendo y me tiro en la cama, bocarriba. Apoyo mis manos en la frente e intento pensar. No se me ocurre nada. Por mucho que le dé vueltas, no lo entiendo.

Decido decirle a mi madre que me voy a dormir, que estoy cansada. No tengo ganas de comer. Apago la luz y me meto bajo el nórdico morado. Pero, cada vez que cierro los ojos, me imagino que Blanca está en peligro y los abro asustada.

Tengo miedo. Mucho miedo.

¿Por qué Blanca iba a fingir ser yo? Si habló con ellas lo que quedaba de fiesta, ¿por qué no dijo que ella era Blanca?

# Capítulo 46



No sé dónde estoy

Blanca

Lunes, 14 de octubre de 2019

01:00

Por fin, despierto de la pesadilla que llevo teniendo todo el día. No puedo dejar de dormir. Tengo mucho sueño. Intento abrir los ojos, pero los párpados me pesan como si fueran de hormigón armado.

Poco a poco, intento hacer fuerza para abrirlos, pero, aunque lo hago, no veo luz. Estoy a oscuras. Intento levantarme, pero al poner los brazos para hacer fuerza, me noto débil. Quiero saber por qué he pasado tan mala noche. En la fiesta no bebimos nada raro, fueron solo refrescos... Quizás, fue la cena.

«Sí, será eso. Comí un montón».

Intento incorporarme de nuevo y noto la espalda dolorida, pero, por fin, me siento. Miro hacia abajo y veo que no es mi cama. Estoy asustada.

«¿Dónde estoy?».

Mis ojos intentan hacerse a la oscuridad, pero les cuesta.

Poco a poco, apoyo los pies en el suelo. Veo que estoy en calcetines y es, entonces, cuando me doy cuenta de que sigo con la ropa que llevé a la fiesta anoche. No lo entiendo.

Consigo levantarme tras un largo esfuerzo, ya que me noto entumecida, e intento buscar una luz. La boca me sabe metálica y noto un zumbido sordo en los oídos. Por no hablar del revuelto de estómago que tengo. Me encuentro fatal.

Al dar un par de pasos, noto cómo me choco con otra pared. Definitivamente, esta no es mi habitación.

—¿Mamáááá?! —chillo.

Nadie responde a mi llamada.

«¿Quizás esta sea otra pesadilla?».

Con las manos busco un interruptor que encienda la luz. Quiero ver por dónde piso. Cuando ya llevo un rato palpando la pared, me parece del todo imposible. Intento volver a donde estaba tumbada. Estoy muy cansada. Me encuentro débil.

Pero, al volver, algo me roza la cara. Me asusto y doy un salto hacia atrás.

«Que no sea una araña, que no sea una araña».

Me dan pavor desde que soy bien pequeña.

Vuelvo a avanzar y me armo de valor para tocar lo que me está rozando una mejilla. Es una cuerda.

—¿Puede ser...?

Tiro de ella y se hace la luz. Mis ojos, ahora, se abren como platos. No... no sé dónde estoy. Tengo miedo.

—¡¿Carlaaaa?! ¡¿Papáaaaa!?

Nadie contesta y mi cabeza da vueltas. Noto cómo me falta el aire. Intento dar bocanadas para poder respirar, pero mi cuerpo no responde. Me toco los brazos. Es un truco de mamá contra la ansiedad. El contacto piel con piel... pero, aquí no hay nadie que me pueda ayudar.

Miro hacia todos lados y solo veo paredes y dos pequeños ventanucos, pero que están lo suficientemente altos para que no pueda saber dónde estoy. Las paredes no son como las de casa, son... más viejas. No hay nada aquí. Solo veo alguna que otra herramienta y sacos de pienso de perro.

Me acerco a un ventanuco e intento ponerme de puntillas para ver si llego, pero no hay manera. También salto, pero enseguida me canso y me mareo. Al apoyarme en la pared para poder recomponerme, me doy cuenta de que hay un cuenco y un vaso de agua en una de las esquinas. No lo había visto. Como un animal me abalanzo sobre ello. Necesito beber. Comer ya es otro cantar. Con el estómago así, no le apetecería a nadie. Además, por lo que veo, es un puré verde y asqueroso. De solo verlo me entran más náuseas.

Voy hacia la puerta, esperando que esté abierta y pueda salir. Pero por más que tiro, no se abre. Está cerrada con llave.

De repente, un perro ladra fuera. Me da un susto de muerte, tanto que me separo de la puerta y acabo en la pared contraria. Oigo cómo el perro rasca la puerta, pero obviamente no tiene la fuerza suficiente para sacarme de aquí.

—¿Hay alguieeeeen?! ¡Por favooooor!

Unas cuantas lágrimas surcan mis mejillas. No sé dónde estoy. Tengo frío y no me acuerdo de nada de la fiesta. Recuerdo comer, bailar, los regalos... pero todo está borroso, muy difuso.

De nuevo, me cuesta respirar y me siento donde antes estaba durmiendo. Un somier con un colchón superduro y roído. Ni siquiera hay sábanas puestas. Ni almohada.

Chillo unas cuantas veces más. El perro ladra. Quiero salir de aquí.

Me pellizco los brazos, para saber si estoy dentro de la peor pesadilla de mi vida. Pero no. No es ninguna pesadilla, porque me hago un daño descomunal.

«No sé dónde estoy, pero, por favor, quiero volver a casa».

# Capítulo 47



Un nuevo día

Esmeralda

Lunes, 14 de octubre de 2019

09:00

Un nuevo día sin Blanca, no es un día: es una oscuridad plena. Entro en su habitación y me imagino que está. Me siento en su cama y acaricio el nórdico rosa.

Me quedo así un buen rato.

—*Toc, toc.* —Levanto la mirada y veo a César en el quicio de la puerta.

Entra y también se sienta. A mi lado. Me coge la mano y me la acaricia con suavidad.

—Va a aparecer, Esmeralda. Lo sé. ¿Vale? Confía en mí.

Le miro y sé que lo dice con su mejor intención, pero no lo sabe. Yo también deseo que aparezca, con todo mi corazón, con toda mi alma... pero, esto, desgraciadamente, no funciona así.

Nos levantamos y cerramos la puerta. Carla ya está vestida y esperándonos para irnos a la comisaría. Hace un rato nos ha llamado Conesa para contarnos las novedades. Ya se han revisado las cámaras del hotel y de la gasolinera. Nos va a decir si hay algún hilo del que tirar. Todavía mantengo la esperanza de que aparezca pronto, pero se va diluyendo con el sufrimiento que siento. Parezco un zombi.

Salimos de casa, abrigados, ya que es pronto. Aunque creo que no tardaremos mucho en quitarnos la ropa de encima. Al parecer, hoy empiezan a subir un poco las temperaturas hasta el viernes.

Al poco rato, llegamos a la comisaría. Hoy no hay clases ni trabajo que valga. Entramos en la sala de espera y Conesa aparece a los pocos minutos. Pasamos a su despacho y lo vemos lleno de recortes, folios, carpetas... No sé cómo tiene cabeza para todo, sinceramente, pero le agradezco con todo mi corazón que esté dándolo todo para encontrar a Blanca.

—Buenos días. Les cuento que ya he estado revisando las cámaras de seguridad. Se la ve a

Blanca saliendo del hotel y pasando por la gasolinera, pero no hemos visto ningún movimiento sospechoso que nos indique que han intentado llevársela o que le sucediese algo anómalo. — Hago una breve pausa—. Aunque, bueno, sí que es verdad que...

—¿Qué sargento? —pregunto entusiasta.

—Que las compañeras del colegio de sus hijas, Estíbaliz y Patricia, pasaron por ahí unos minutos después. Ellas insisten en que no vieron a su hija, pero quizás estén mintiendo. No... no tengo manera de probar nada. Hay algo que se me escapa.

Miro hacia Carla y noto que se ha puesto tensa.

—Sargento, entonces, ¿qué podemos hacer? No vamos a quedarnos aquí parados como si nada —pregunta César algo alterado.

—Lo primero es que tienen que estar tranquilos, no han pasado ni 48 horas y no hay que preocuparse demasiado. Las cámaras del bazar y del banco llegan en un rato y las revisaré. Será lo primero que haga. Sé que es una situación difícil, pero, incluso, puede que se haya ido por su propio pie.

—Eso es imposible. En casa está bien. No tendría ningún motivo por el cual irse — contesto.

Pero mi mente recuerda la discusión que tuve con ella porque no podía ir al bar y distraerse hasta que subiera las notas. Me acuerdo de su cara de rabia. Me acuerdo de que no entendía nada. Quizás... quizás he pecado de ingenua. Quizás soy una mala madre.

Noto que me mareo.

—Esmeralda, ¿estás bien? —pregunta César.

Pero oigo todo de fondo, difuso. Noto que no estoy en un mismo plano de la realidad. El corazón me bombea muy fuerte y noto sudor frío en las manos y en la espalda.

—Tumbela en el suelo y súbale las piernas. Voy a por el médico —contesta Conesa.

—Mamá, mamá, ¿estás bien?

Oigo a mi hija, pero noto que no puedo contestarla. No ahora.

De repente, me relajo y todo es oscuridad. Primero no siento nada. Pero, después, noto contacto en la cara. De repente, tengo mucho calor y empiezo a oír mi nombre. Intento abrir los ojos y veo una cara que no conozco mirándome de cerca. Noto una presión en el brazo. No me encuentro bien. Intento incorporarme, pero me alientan a no hacerlo y quedarme tumbada.

Poco a poco, voy escuchando y viendo mejor.

—¿Qué... qué ha pasado? —pregunto confusa.

—Te has desmayado, cariño. No pasa nada. Te está mirando el médico —contesta César.

Oigo una risita. Es de Carla. Estoy segura. Le extraña que su padre me llame así, de forma tan cariñosa. Creo que cuando todo esto acabe, por fin, tendré que hablar con mis hijas. Vamos a volver a ser una familia, le pese a quien le pese.

—Bien... tiene la presión arterial baja. Ha sido un bajón de tensión de manual. Intente incorporarse poco a poco, por favor.

Me ayudan a sentarme en el suelo. Me noto aún un poco mareada, pero la presión que tenía en el pecho ha desaparecido. Es como si mi cerebro y mi cuerpo se hubieran reseteado.

—Le he mirado la glucosa y la tiene bien. De todas formas, vayan a almorzar algo. Les hará bien, sobre todo a ella. ¿De acuerdo?

—Vale, gracias —contesta César.

Carla ya ha salido. Me ha dicho que va a llamar a Alejandra para ver qué tal se encuentra. Nos espera fuera para ir al bar de enfrente a comer algo. Son las once y todavía habrá algo de desayuno.

Cuando, por fin, consigo levantarme del todo, veo que Conesa está mirando el ordenador muy atentamente y que abre los ojos como platos. Se frota la cara con las manos y suspira.

—¿Qué pasa, sargento? ¿Se encuentra bien?

Me mira, confundido. Tiene las ojeras más pronunciadas que ayer. Se nota que ha dormido poco o nada.

—Ya han llegado las cámaras de los dos locales...

Se queda callado unos minutos. Procesando. Sigue mirando la pantalla, sin parar. Veo cómo sus pupilas, acompañadas de su iris marrón claro, se deslizan por la pantalla.

—No... no está.

—¿Cómo que no está? —pregunta César.

—Pues... que nunca llegó al parque donde había quedado con Víctor.

# Capítulo 48



¿Tú sabes algo?

Carla

Lunes, 14 de octubre de 2019

11:00

Salgo de la comisaría y ya noto cómo sobra el abrigo. Me lo quito y me lo cuelgo del brazo mientras llamo a Alejandra. Todo ha cambiado desde ayer. Me siento diferente.

Suenan dos tonos hasta que descuelga la llamada.

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras? —pregunta al otro lado de la línea.

—Bueno, más o menos. Mi madre se acaba de desmayar en la comisaría y...

—Pero, ¿está bien? ¿Quieres que vaya?

—No, no, tranquila. Está bien. Le ha dado un bajonazo de tensión. No... no se encuentra muy bien.

—Ya... normal...

La conversación hasta ahora no está siendo más banal porque no se puede. Hablar de la desaparición de Blanca es muy duro. Siempre intentamos hablar de otras cosas para que no se nos caiga el mundo encima.

—¿Puedo preguntarte algo, Ale?

—Sí, dime.

—Conesa ayer me dijo una cosa muy rara por teléfono.

—¿Te llamó? —pregunta sorprendida.

—Sí. Me llamó para preguntarme una cosa muy rara. Me dijo que no le mintiese.

—Qué raro. ¿Qué te preguntó?

—Pues... —Hago una breve pausa—... me preguntó que si estaba segura de que fui yo la que me fui de la fiesta.

Se hace un silencio en la llamada. No sé si se ha cortado o no sabe qué responder.

—¿Ale? ¿Estás?

—Sí, sí, perdón. Me había quedado empanada.

—Anda que... —digo mientras me río.

—Lo sientooooo.

Mientras me lo dice, veo sus pucheros. Siempre lo hace cuando pide perdón.

—Perdonada —digo—. El caso es que no sé cómo no iba a estar segura de que no me quedé. Soy yo. ¿Sabes?

—Sí, es un poco raro, la verdad. Ni idea.

—¿Tú sabes algo?

—Sé lo mismo que tú. Blanca... insistió en quedarse... y ya está. No sé.

—Oye, Ale, ¿estás bien? —pregunto.

—Sí, perdona. Es que me está llamando mi madre para que le ayude con unas cosas. Luego te hablo. Un beso.

Y me cuelga. No entiendo ese cambio de actitud. En cuanto le he contado lo que me ha dicho Conesa, ha actuado de forma muy rara. Pero no, me niego a desconfiar.

Al minuto salen mis padres de la comisaría con cara seria.

—Es que no entiendo por qué no podemos estar —se queja mi padre.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Han recibido las grabaciones de las cámaras y no nos dejan estar dentro.

—¿Y no os han dicho nada?

Se miran. Sé que están dudando en si decírmelo o no.

—Oye... No soy una niña pequeña, ¿vale?

—Cariño —dice mi madre mientras me acaricia el brazo—. Tu hermana no llegó a la cita con Víctor. No la captan las cámaras por ninguna parte.

—Pero...

—Ya, cariño, nosotros tampoco entendemos nada —dice mi padre enfadado—. Vamos al bar de enfrente a relajarnos un poco. Tu madre necesita comer algo.

Nos ponemos en marcha, pero no puedo evitar pensar en lo que me acaban de decir. Si Blanca había quedado con Víctor y nunca llegó, ¿qué le ha pasado? ¿Dónde está Blanca?

# Capítulo 49



Es inocente

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

11:30

Reviso las cámaras, una y otra vez. Me froto los ojos. Miro las grabaciones de ambas cámaras, la del banco y la del bazar.

«No está por ninguna jodida parte».

Víctor no miente: no vio a Blanca.

Rebobino hacia atrás, hacia adelante, paro, reanudo y no hay manera. No hay más puntos de vista que pueda revisar. No está. No aparece.

Víctor da vueltas por el parque, pero siempre en los ángulos de visión de las cámaras, no hay ningún punto ciego del que se pueda aprovechar.

«No sé de dónde tirar. No sé de qué hilo tirar».

Es más, Víctor no saca el móvil absolutamente para nada en lo que está en el parque. Solamente al principio, cuando estaba sentado en un banco. He revisado la hora y es la misma que la de los mensajes que le envía Blanca diciendo que está llegando.

Hay cosas que no me cuadran. Tengo que volver a revisar todos los informes.

Salgo del despacho y voy hasta el calabozo. Dos agentes me saludan y mando a uno de ellos que venga conmigo con las llaves. Es inocente, no podemos tenerlo aquí retenido.

Me acerco hasta su celda y está sentado en un banco que hace de cama. Está con la cabeza gacha y con los brazos apoyados en los muslos. No puedo saber lo que está pensando, pero parece abatido.

—Víctor.

Se asusta, pero, en cuanto me ve se levanta. Me mira porque no sabe lo que está pasando.

—Eres libre.

Le hago un gesto con la cabeza a mi compañero y abre la puerta. Deja que Víctor salga, pero no parece muy seguro de hacerlo.

—Venga, chico. Sal. Hemos revisado las cámaras. Estás limpio.

—Gracias, sargento. Lo dije. Le dije que yo no...

—Bueno, tranquilo hombrecito. Aun así, cuando aparezca Blanca quizás quiera declarar alguna que otra cosa. Yo me andaría con cuidado.

Baja la cabeza. Sé que ahora su mente va a mil por hora y que, incluso, quizás, no quiera que aparezca para que le ponga una denuncia por acoso y maltrato. Cuando se gira para ir por el pasillo con mi compañero, le toco el hombro.

—Y... Víctor. Ten el móvil operativo, por si acaso. ¿De acuerdo?

—Sí, claro. Sargento, gracias.

—Mi compañero, el agente Suárez, te acompañará para coger tus cosas y podrás irte.

Sin que le dé tiempo a contestar, yo enfilo el pasillo para volver a entrar en mi despacho. Lo tengo muy desordenado, quizás igual que mi mente.

No sé si es porque estoy agotado, pero no consigo encontrar un hilo suelto, algo que me diga que alguien miente de manera definitiva, algo que me ayude a esclarecer lo que ha pasado.

Vuelvo a las cámaras del hotel y la gasolinera. Blanca pasa por allí, sola. Pero con el móvil de la mano. Está escribiendo. Hemos registrado la conversación de Víctor y la de Alejandra diciéndole que le avisase cuando llegase. Nunca avisó. No hay nada más.

Al rato, Estíbaliz y Patricia, llevan el mismo camino. Quizás hay una franja de... no sé, unos cuatro minutos entre Blanca y ellas.

¿Les ha dado tiempo a ver a Blanca antes de que desapareciese? Aunque parezca poco tiempo, cuatro minutos andando son bastantes a no ser que llevase un ritmo pausado, cosa que no parece que sea así por las grabaciones. Va a una velocidad moderada. Quizás es imposible que se hayan encontrado con ella, a no ser que ellas después corriesen. Pero, en todo caso, hasta después de la gasolinera no lo han hecho.

Necesito respuestas.

Me levanto y miro el tablón. Veo las riñas familiares, a Carla, a las primas, a Víctor, a las compañeras de clase. Miro una y otra vez algún fallo en las declaraciones. Algo que me ayude a esclarecer todo.

«Puede que...».

De repente, llaman a la puerta.

—Adelante... —pronuncio exasperado.

Se asoma Beatriz, la agente que está en recepción.

—Hola, Beatriz. Dime.

—Verás, Miguel. Hay alguien que dice que quiere verte. Que es urgente.

Es entonces cuando veo a la persona que quizás haga que todo esto se desenrede.

# Capítulo 50



Esto es muy grave

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

12:30

—Hola, perdón, ¿puedo pasar?

—Claro, Alejandra, entra. Dime.

Alejandra entra. Temerosa. Le ofrezco que se siente en la silla que está al lado opuesto de la mía.

Se sienta y mira nerviosa hacia los lados. Luego ve el corcho. Lo mira dudosa.

—Cuéntame —le digo mientras me siento.

—Verá... no... no le he dicho todo. Creía que no tenía importancia. Era un secreto... Lo siento.

—A ver... despacio. Por orden. ¿Qué es un secreto?

—Es un secreto que teníamos Blanca y yo. Ni siquiera lo hablábamos por mensaje, siempre en persona o en llamada. No queríamos que nadie viese lo que estábamos tramando.

Me recoloco en la silla y toso para aclararme la garganta.

—Vale. Tranquila. A ver... Cuéntame. Desde el principio.

Traga saliva y veo que agacha la cabeza. Cuando vuelve a levantarla, está con los ojos húmedos, a punto de llorar.

—Un día estaba en el vestuario, después de la clase de Educación Física, y, antes de salir, necesitaba ir al baño. Es, entonces, cuando... cuando lo oí...

—¿El qué, Alejandra?

—A Patricia y Estíbaliz. Estaban burlándose de Carla... —suspira—. Le hacen *bullying*, sargento. Yo..., después, salí y quería ayudarla, escucharla, pero se fue corriendo. No... no me

dejó... —Comienza a llorar.

Le doy su espacio. Su tiempo. No quiero agobiarla. Esto está siendo demasiado esclarecedor.

—Después... bueno. No pude aguantar la rabia y se lo conté a Blanca. Ella quería cantarles las cuarenta a la cara, allí mismo, en el colegio, durante el recreo. Yo no la dejé. Le dije que somos más listas y que podíamos plantarles cara de otra forma.

—¿De otra forma? —pregunto confuso.

—Sí... se nos ocurrió... Bueno...

Veo que tiembla y que lo está pasando mal. Tiene que ser una cosa muy seria.

—¿Qué se os ocurrió, Alejandra? Tienes que contármelo.

—Pues... se nos ocurrió que Blanca se podía hacer pasar por Carla en el cumpleaños. Era una primera prueba para ver si las confunden o sí que las distinguen...

—¿Que hicisteis qué?

—Lo siento... No sabía que iba a pasar todo esto... —Hace una breve pausa. Después continúa—... Blanca... Blanca quiso quedarse en la fiesta haciéndose pasar por Carla. Para comprobar si... si finalmente podíamos continuar el plan... Yo... Me siento fatal. —No deja de llorar y empieza a tener hipo.

Le ofrezco un pañuelo y me levanto. Doy vueltas por mi lado de la mesa, con el índice y el pulgar apretando el puente de la nariz.

—Entonces... A ver si me queda claro. Carla es víctima de acoso escolar, por parte de Estíbaliz y Patricia, y, en vez de comunicarlo a algún adulto, quisisteis trazar un plan para descubrirlas con las manos en la masa...

Ella asiente.

—Y la única forma que se os ocurrió es que Blanca se hiciera pasar por Carla, aprovechando...

De repente, todo conecta en mi cabeza.

—Coño, eso es. Aprovechando que son como dos gotas de agua.

Me doy la vuelta y voy hacia el tablón. Miro ansioso todos los informes y ahí está. Ha estado ahí todo el tiempo, pero no lo veía con claridad.

—¡Eso es!

—¿Pasa algo, Conesa?

—¡Sí! ¡Creo que alguien tiene que volver a declarar!

Miro los informes. El de Patricia y el de Estíbaliz. Miro sus fotos.

«¿Cómo se me ha podido escapar?».

# Capítulo 51



La verdad

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

13:30

Estoy en el despacho. Esperando a que Patricia y Estíbaliz aparezcan. Las he llamado hace una media hora, citándolas de nuevo para declarar. No se pueden salir con la suya. Aquí hay algo muy raro. Ahora la tortilla se ha dado la vuelta. Ahora ellas tienen la última palabra.

Por fin, me he dado cuenta del dato de la declaración que fallaba. Ellas nunca me han dicho que Carla se quedó. Me dijeron que era Blanca en todo momento. Ahora quiero saber el porqué.

Llaman a la puerta y las veo. Ahora más encogidas que ayer. Quizás, se les hayan bajado un poco los humos.

—Buenas tardes. Sentaos, por favor.

Veo que las dos se sientan. Delante de mí. Yo quiero mantenerme de pie; si me siento, creo que me va a dar algo. Tengo el corazón al galope.

—Bien. Esta vez estáis las dos juntas, pero quiero la verdad.

—Pero... No entendemos por qué tenemos que declarar. Ya contamos todo ayer. —Toma la voz cantante Estíbaliz.

Creo que, de las dos primas, ella es la que da la cara. Quizás, Patricia sí que es un objetivo al que tirarle el dardo.

—Patricia. Lo voy a volver a preguntar de nuevo. ¿Qué pasó aquella noche?

—Ya lo dijimos ayer. Estuvimos en la fiesta y luego nos fuimos. Nada raro.

—Vale... Y, ¿me podéis explicar por qué en la declaración ambas me dijisteis que Blanca fue la que se quedó en la fiesta?

—Porque fue Blanca la que se quedó, ¿no? Es evidente. Es la que ha desaparecido —dice Patricia con aires de grandeza.

—Y ahí es donde me mentís. Bien... En las declaraciones, una compañera vuestra ha dicho, estando cien por cien segura, que la que se quedó fue Carla. Y que todas lo sabíais. — Hago una breve pausa—. Además, también he llamado al resto de invitadas de la fiesta y me lo han confirmado.

—Eso es imposible. ¿Cómo iba a ser Carla?

—No lo sé. Decídmelo vosotras. ¿Qué me estáis ocultando?

Noto que Patricia mira a Estíbaliz de reajo y se toca inconscientemente el pelo. Está nerviosa. No sabe si abrir la boca. Esto lo he visto más de una vez.

—Estíbaliz. ¿Puedes salir un momento, por favor?

—No es necesario. Nosotras no tenemos nada más que decir.

—Por favor. No lo voy a volver a repetir.

Bufa y se levanta de la silla de mala manera. Mira a su prima antes de salir con cara enfadada y cierra de un portazo. Ahora, Patricia está sola. Es la más endeble de las dos y puede que, ahora que está nerviosa, me diga toda la verdad.

—Patricia... ¿sabes que mentir a la policía es delito? Estás encubriendo una desaparición.

—Yo... Es que...

—Ella te ha dicho que no hables, ¿verdad?

Ella asiente, mirándome con ojos de pena.

—Yo no le voy a decir nada. ¿De acuerdo? Será nuestro secreto.

—¿Seguro?

—Seguro. Puedes confiar en mi palabra.

Dependiendo de lo que sea no podré guardar el secreto, pero me agarro a un clavo ardiendo.

—Vale. Te mentimos. Sí que creíamos que era Carla la que se quedó en la fiesta. Son idénticas. Iban vestidas igual y... bueno, llevaba hasta la horquilla que...

De repente, se calla. Veo que se ha cerrado en banda. No quiero perder todo el progreso.

—Tranquila. ¿Qué horquilla, Patricia?

—La que le rompimos... Nosotras... Bueno, Estíbaliz... trata mal a la gente y como es mi prima yo... bueno... yo... Lo siento.

—Déjame que te diga algo, Patricia. Da igual que Estíbaliz te diga que lo hagas; si tú no quieres, no deberías hacerlo. Sea tu prima o no.

Asiente y agacha la cabeza.

—El caso es que... llevaba la horquilla. Nos parecía raro que se quedara ella en vez de Blanca, pero como dijo que luego iba a ver a su padre... Por conversaciones con ella, sabemos que Carla y su padre son algo así como almas gemelas.

—Continúa...

Traga saliva.

—Entonces, bueno. Estíbaliz me dijo que nos lo íbamos a pasar bien. Le puso... le puso...

—Le puso, ¿qué?

—Le puso burundanga en la bebida. Dijo que simplemente era para reírnos un rato y hacer que bailase. Mi prima quería grabarlo y luego irlo pasando por los grupos de clase. No... no creía que... Nosotras ya no la vimos después. La buscamos, pero ya no estaba...

Doy un golpe fuerte en la mesa. Creo que se ha oído hasta en el otro lado de la comisaría.

—Patricia, eso es un delito muy grave. Os habéis metido en un lío de cojones.

—Pero me has prometido que...

—¡Olvídate de lo que he dicho! ¡No sabía que habíais drogado a una persona! ¡A una menor de edad que ahora está desaparecida!

Empieza a llorar e intento respirar para relajarme.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a pedir a tu prima que entre y os vais a quedar aquí un rato. ¿Vale? Os vigilará un compañero. Yo... necesito un descanso.

—Pero... me va a matar —dice llorando—. No sabes cómo es...

—Creo que sí. Me hago una idea.

Salgo dando un portazo y aviso a Estíbaliz y a mi compañero para que entren en el despacho.

—Quédate con ellas un rato. Necesito tomar el aire un rato. ¿Vale?

—Vale, Miguel. ¿Estás bien?

—Sí... creo.

Paso por la sala de espera y recepción. Apenas hay gente porque se acerca la hora de comer. Salgo a la calle e inspiro fuerte. El frío se mete en mis pulmones.

Me masajeo la cabeza, como si así pudiese pensar con más claridad. Han drogado a una compañera. Ha estado por ahí, hasta arriba de burundanga. Han dicho que no estaba cuando la buscaron, pero... Pero si la cantidad de droga fue mucha, puede que incluso se desmayase por el camino.

Las patrullas no han encontrado a nadie. Ninguna pista que nos haga saber que Blanca pasó por allí. Ahora mismo, es como si empezase desde cero.

—¿Dónde estás, Blanca? ¿Dónde estás?

# Capítulo 52



## La urbanización

Carla

Lunes, 14 de octubre de 2019

13:40

Hoy vamos a hacer una nueva batida de búsqueda. Puede que la policía no haya encontrado aún a Blanca, pero aquí estamos nosotros. No nos rendimos. Se han unido algunos vecinos, compañeros de trabajo y gente de clase. Por supuesto, también estamos la familia: el abuelo, papá, mamá y yo.

No sabemos dónde está. Si está bien o no, pero dicen que la esperanza es lo último que se pierde. Esta vez, vamos con carteles con la cara de Blanca y con una breve descripción de su nombre, edad, altura y cómo iba vestida el sábado por la noche. Seguro que de esta manera será aún más fácil. Puede que alguien que pase siempre por aquí la identifique. Nunca se sabe.

Yo voy delante con papá, el abuelo va charlando con Berta, su asistente, detrás de nosotros. Hace mucho que no la veía, pero en cuanto ve que los miro, me sonrío. Cuando íbamos a casa del abuelo, ella era la que nos hacía la comida y nos cuidaba. El abuelo casi siempre estaba en el trabajo, como ahora; solo lo deja pasar para cosas concretas, como esta. Es más, estos días ha estado superdesaparecido; cada vez que le llamábamos, lo teníamos que hacer al fijo del trabajo. Se tira todo el día en el despacho.

Detrás va mamá con Ana. Se ha acercado a hacer la batida con nosotros. Se ha pedido el día de asuntos propios para ayudar. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida por estar. Con esto, demuestra que no solo es una compañera de trabajo más, como las otras, sino que se preocupa por cómo está mi madre.

También, hay varias compañeras del colegio, de las que fueron al cumpleaños y las que no. Pepe va con Alicia, la camarera del bar. Víctor también ha venido. Aunque, papá no quiera, de momento se ha demostrado que es totalmente inocente. No me cae bien y creo que nunca lo hará, pero ha sido valiente por acercarse y ayudarnos. Sabe que todo el mundo lo mira mal y aun así está al pie del cañón.

Llegamos al final del barrio que delimita la ciudad. Decidimos, entonces, separarnos en dos grupos. Esta vez, vamos a revisar también el otro lado de la carretera. Allí hay descampado, el Centro de Hípica, el colegio y el Cuartel Militar. El abuelo, papá, Pepe, Alicia y algún vecino más, se aventuran a ir por el otro lado. No queremos que haya incidentes con papá, pero creemos que no los habrá. Ya soltaron todo lo que tenían que soltarse. Además, Pepe seguro que controla muy bien la situación.

Víctor, mamá, Ana y las compañeras del colegio vamos por el lado del primer reconocimiento. Vamos a seguir el camino a la inversa, como hicimos, pero esta vez, pegando los carteles en todos sitios. Necesitamos que Blanca aparezca.

Alejandra se acerca a mí y vamos las primeras del grupo. Es de día, así que no hace falta que llevemos linternas. Cada grupo de dos o tres, lleva carteles de Blanca y un rollo grande de celofán.

Llegamos a la urbanización. En realidad, es muy bonita. No me fijé el día que vinimos porque era de noche, pero con la luz del día se huele tranquilidad. Tiene una entrada en la que hay cuatro columnas y un tejadillo. Dos columnas delante, a cada lado, y dos detrás. La urbanización está llena de cipreses de Arizona o como los llama papá, arizónicas. Nos contó que los abuelos tenían una casa para veranear que estaba rodeada de ellos.

Nos dividimos las calles y vamos a pegar carteles por las farolas y las paredes. Alejandra y yo vamos, justo, por la del medio. Empezamos a pegar como unas locas y también preguntamos a los vecinos que vemos por la calle. No es plan de ir interrogando casa por casa. Seguramente, eso lo tendría que hacer la policía.

Las casas son todas iguales. Tienen ladrillo claro y el tejado un pelín más oscuro; color teja, nunca mejor dicho. Cada casa tiene su muro, su jardín, su perfección. Me recuerda a la urbanización del abuelo, pero esta no tiene garita de seguridad. Esta es una como cualquier otra, normal y corriente. Hay muchas en la ciudad.

Alejandra tiene el celofán y yo los carteles. Lo hacemos ya de forma automática. Hay vecinos que nos miran desde las ventanas o desde el jardín. No nos extraña. De repente, han entrado en su urbanización muchas personas desconocidas.

Llegamos hasta la esquina y solo nos quedan un par por pegar. En el chalet de la esquina, un chico joven, de unos 20 años, está regando las flores del jardín. Se le nota apático. Seguro que su madre le ha obligado a hacerlo. Cuando pasamos por delante, no nos mira. Creo que ni siquiera se percata. Está en su mundo.

Pegamos lo que nos queda en dos farolas que hay, una a cada lado, y nos damos la vuelta

para reunirnos con los demás. Cuando estamos, aproximadamente, por la mitad de la calle, noto que alguien me toca el hombro.

Me doy la vuelta, de golpe, y casi le suelto un manotazo al chico que hemos visto antes.

—¡Joder, qué susto! ¡Ten cuidado!

—Y tanto. Casi me metes una galleta en la cara —dice de forma bastante divertida.

Tiene pinta de ser el típico chulo que sabe que tiene a todas las chicas en el bote. Algo así como un Víctor, aunque este chico tiene el pelo rubio corto y ojos marrones oscuros, muy intensos. La sonrisa no se le borra de la cara ni un segundo y me da mal rollo.

—Perdona... ¿Necesitas algo? Tenemos prisa —dice Alejandra al ver que yo no me he movido ni un ápice.

—Simplemente, le iba a preguntar a tu amiga si hoy se encuentra bien.

Alejandra y yo nos miramos y no entendemos nada.

—No nos conocemos de nada. No sé a qué te refieres —le digo.

—Cierto. Perdón. Tú no me conoces. Soy Ángel, encantado.

Se acerca para darnos dos besos a cada una y los aceptamos por no ser groseras. Aunque, mucha gracia no nos hace.

—Bueno, simplemente, te preguntaba porque el otro día te vi bastante tocadita. Llevabas una buena cogorza, ¿eh? —Se ríe.

—Creo que te estás equivocando. Nosotras no vivimos aquí. Lo siento.

Nos apresuramos a irnos, porque creemos que lo que quiere es ligar.

—Perdona, perdona. Sé que he sido grosero. Pero, de verdad, ¿estás bien?

Está insistiendo demasiado. Supongo que tiene algo de dignidad, así que, quizás, sí que lo esté preguntando en serio.

—Sí... bueno no. La verdad.

—Pues, tía, menos mal que te vinieron a buscar. Porque llevabas un pedal cojonudo.

Mi corazón se acelera.

—¿Estás seguro de que era yo?

—Segurísimo, vamos. No me olvidaría de esa cara en mi vida. Yo había quedado con un

amigo de la urba. Nos íbamos de botellón y le estaba esperando. Te vi ahí sentada. —Nos señala la viga de piedra que hay entre la columna de delante y de detrás, las que sujetan el tejadillo—. Pero, lo dicho, menos mal que vinieron a buscarte. Se te veía jodida.

—¿Cuándo fue? ¿Qué día? ¿Qué hora?

—Joder, sí que te dura la resaca, rubia —dice sardónico—. Pues... el sábado, sobre, no sé las 11 y media o así. No me acuerdo bien de la hora. ¿De verdad que te encuentras bien?

Alejandra y yo nos miramos. No nos podemos creer esta casualidad. Le señalo un cartel que tiene detrás y lo mira extrañado.

—Pero, esta eres tú, ¿no?

—No, es mi gemela. Desapareció el sábado por la noche.

El chico se pone blanco y creo que ahora quiere huir corriendo.

—¿Podrías declarar en la policía, por favor? Es importante —reclama Alejandra.

Nos mira a las dos. Una a cada vez. Duda.

—No quiero meterme en problemas. No sé...

—Por favor. Es mi hermana. Es importante. —Pongo mi puchero más ensayado hasta la fecha.

—Vale, pero... tengo que coger un jersey, hace fresco. Esperadme aquí, ¿vale?

No sé si saltar de emoción, de miedo o de esperanza. Alejandra y yo nos abrazamos y nos damos un beso suave en los labios.

A los dos minutos, Ángel ha cumplido y vuelve por la calle con el jersey puesto. Puede que esto no sea algo definitivo. Puede que no tengamos muchas más pistas. Pero, ahora sabemos que Blanca estuvo aquí. Eso es lo importante.

# Capítulo 53



## El último interrogatorio

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

15:00

Estoy comiendo en la cantina. He mandado a las dos primas a casa, pero con la condición de que me contestaran al teléfono móvil cada hora. Quiero tenerlas localizadas. Han cometido un delito grave. Han drogado a una persona para cometer actos que vulnerarían su integridad. Seguramente, les caiga una multa bastante cuantiosa y tienen que rezar para que aparezca sana y salva, porque si no... se les va a caer aún más el pelo.

Me he cogido un sándwich de cangrejo de la máquina expendedora y una lata de refresco. Como fatal cuando tengo un caso importante, pero es que apenas paso por casa. Solo para ducharme y ya. En estos casos de desaparición, tan complejos, hay que tener la cabeza ocupada todo el día.

Cuando termino, me limpio con una servilleta y me quedo un rato mirando la televisión. Está puesta una película de policías. Qué oportuno.

—Conesa. Tienes visita. Es urgente.

—Gracias, agente Ortega.

Ya me han interrumpido el único momento del día que tenía de relajación. Me había mentalizado en descansar hasta las cuatro de la tarde, pero si es urgente... Salgo escopetado de la cantina y me encuentro en la sala de espera a Esmeralda, Carla, Alejandra y un joven que desconozco.

—Hola, Conesa. Te traemos a un posible testigo —dice Esmeralda.

El chico da un paso hacia adelante y se presenta.

—Hola. Soy Ángel. Vi a Blanca el día de su desaparición.

—Vale. Pasa conmigo. —Y después miro a las tres mujeres—. Vosotras esperad aquí, por si acaso. Si tenéis que avisar a alguien pues...

—Sí. Mi padre y César ya están avisados de que veníamos a la comisaría —dice Esmeralda de nuevo.

—Perfecto.

Ando por el pasillo, con Ángel detrás. Es un chico bastante alto, así que no tiene problemas para seguirme. Tiene una buena zancada.

Entramos en la sala de interrogatorios y le indico que se siente en un lado y yo me siento en el contrario.

—Vale. Ángel. Cuéntame.

No tengo muchas esperanzas, pero bueno, nunca se sabe. Hay veces que las respuestas están en los lugares más recónditos posible. Además, estoy en un callejón sin salida. Puede que hablar con Ángel abra mi mente.

—¿De lo que vi o lo que hablé con las chicas antes?

—De lo que viste, por favor.

—Perdón, perdón... Es que nunca he declarado —dice avergonzado.

—No te preocupes. Sé lo más descriptivo y sincero que puedas, por favor.

—Vale. Yo salía de casa, que está al final de la calle principal de la urbanización, la que está cerca de la gasolinera. Había quedado con un colega para hacer botellón y me dirigía a su casa, que está más cerca de la entrada. Siempre dejan la verja abierta de fuera así que, directamente, entré.

Hace una pausa. Está pensando. Espero que al menos eso sirva para que me narre los hechos de la manera más exacta posible.

—Como tardaba mucho... Habíamos quedado a las 11 y cuarto y ya eran y media... Le escribí al móvil. Me dijo que su madre le estaba dando la brasa para que recogiese el cuarto. Entonces, iba a salir y entre uno de los setos del muro de la casa la vi. Vi a esa chica sentada entre las columnas de la entrada. Vi que estaba encogida y parecía que se encontraba mal. No sé. Tenía un presentimiento.

—¿Un presentimiento?

—Sí. No sé. Yo muchas veces he estado de botellón y algunos amigos míos han acabado así. Supuse que ella llevaba una tajada monumental.

—¿Tajada?

—Que estaba como una cuba, vamos.

—Borracha.

—Sí, perdón. Estoy algo nervioso.

Sigo apuntando cosas en un papel que había dejado en la sala. Esto está siendo más interesante de lo que pensaba.

—Continúa.

—Bien. Pues iba a salir a preguntarle a ver si se encontraba bien. No sé. Estaba sola. Pero, apareció un señor y se fue con ella.

—¿Un señor?

—Sí. Supuse que sabía quién era, porque no... no sé... no puso impedimento a ir con él. No pensé que... que... lo siento. Quizás tenía que haber hecho algo.

—No te preocupes.

—Además, andaba raro. Iba como mareada. Por eso le digo lo de la cogerza.

Vale. Sí. Estaba drogada hasta arriba de burundanga. El hecho de que se haya ido con un señor no es significativo. Podía conocerle o no. Esa droga hace que te supeditas a lo que te digan los demás. No controlas tus actos.

—¿Viste al señor?

—Sí. Claro. A ver, era de noche. Pero... sí.

—¿Podrías describirlo?

—Claro. Al menos, puedo intentarlo. Me da mucha pena esto... Yo...

—¿Incluso para hacer un retrato robot?

Él asiente y, por fin, veo la luz al final del túnel. Probablemente, sepamos, por fin, dónde está Blanca.

# Capítulo 54



## El retrato robot

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

16:15

Hace un rato que llegó el inspector de la Policía Científica para poder realizar el retrato robot del presunto secuestrador de Blanca. El inspector Meléndez sabe muy bien lo que hace, ya que lleva muchos años de su vida dedicándose a esto.

Estamos en una sala, solamente con un par de ordenadores y sillas. Yo decido quedarme, pero al margen. Es muy importante que Ángel solamente hable con Meléndez, ya que cualquier cosa que le diga, podría confundirle.

Un retrato robot se puede realizar con un programa informático que está en manos tanto de la Guardia Civil como de la Policía Científica. Para poder formarlo, el testigo o víctima tiene que ser consciente de que es un proceso largo y tedioso. Además, tiene que ser muy específico con cada rasgo identificativo que recuerde, ya que es lo esencial para distinguir a un individuo de otro.

Primero está hablando con él sobre la estatura aproximada, la posible edad, etc. Él va tomando nota, mientras yo estoy sentado detrás de ellos. No quiero mirar hasta que el rostro esté configurado del todo. Creo que es esencial que Ángel no se sienta presionado de más. Un paso en falso y nos desviaremos hacia otro objetivo.

Lo principal, por varios cursos que nos dieron sobre el tema, es identificar la forma de una cara y, a partir de ahí, ir identificando cada uno de los rasgos faciales. El programa deja que los elementos se puedan deformar al gusto, así que el margen de error si uno recuerda bien una cara... es de un 10%.

Aquí, el principal problema va a ser que era de noche y había una distancia de aproximadamente unos cinco metros. Ángel dice que lo vio prácticamente bien, pero quién sabe si es cierto o no.

Me doy la vuelta con la silla. Va a ser un rato largo, aproximadamente de una hora y algo.

Es necesario para que se precise todo con gran detalle. Forma de la cara, cejas, ojos, nariz, labios, lunares, peinado... Todo es de gran importancia para caracterizar al culpable. Solamente tenemos a Ángel, así que espero que no nos falle. Si tardamos más días en encontrar a Blanca, quién sabe cómo será de traumático para los familiares y para ella. Quién sabe en qué estado estará.

Los oigo hablar, de fondo, mientras mi cabeza da vueltas. A veces creo que parece un montón de cables. Esto me recuerda a un monólogo que vi, en inglés con subtítulos, sobre la diferencia de los cerebros masculinos y femeninos. Que los hombres teníamos cajas individuales y las mujeres cables interconectados. Creo que yo tengo algo de ambas. En mi trabajo tengo que amueblar bien todas las pruebas, pero también saber unirlos y buscar conexiones válidas entre todas las pistas que tengo.

La última pista que nos queda es esta. Puede que el retrato robot no sea exacto, pero a nada que tengamos, ya será algo. Algo más que el lío en el que estamos.

El programa tiene más de 500 tipos de nariz, 600 formas de ojos, 200 bocas... y así con todos los rasgos.

Ha pasado media hora y todavía están con las cejas, así que decido salir a tomarme un café en la cantina. Siempre solo y sin azúcar. Allí hay algún que otro compañero descansando. No suele estar llena, pero tampoco vacía.

Saco el café de la máquina y bebo un sorbo: está caliente. No es de una calidad suprema, pero es lo que hay en la comisaría. No me voy a gastar ni un euro en una cafetera para mi despacho. No es necesario.

Mientras bebo, sigo pensando. Burundanga, relación tóxica, familia, amistades, acoso escolar. Todo se entremezcla en mi cabeza y cuando me quiero dar cuenta ha pasado casi media hora. Cuando pienso, no tengo noción del tiempo.

Cuando llego y abro la puerta, están tan enfrascados en el retrato que ni se dan cuenta de que he entrado y me he sentado detrás. Cojo un periódico y lo leo. No hay mucha actualidad hoy, la verdad. Miro el móvil y tengo unos cuantos mensajes. Les contesto y doy por finiquitadas las conversaciones pendientes. No me habla mucha gente que se diga, pero siempre se agradece que se preocupen por uno.

Miro el reloj de muñeca de forma frenética y doy vueltas por la sala, con cuidado de no hacer mucho ruido. Miro por la ventana y el ambiente está algo nublado. Miro de nuevo el móvil y no hay más notificaciones. La familia y amigos están en la sala de espera, impacientes por ver el retrato robot, pero yo seré la primera persona en verlo y procesarlo en el registro, para poder

ejecutar una orden de captura.

—Ponga las cejas más hacia abajo, a ver... —Oigo decir a Ángel.

Al menos veo que se lo toma en serio.

—¿Así?

—Sí, sí. Es él. Estoy seguro.

—Conesa, venga para acá —reclama Meléndez.

Oigo una impresora y me acerca un papel con el retrato robot del sospechoso. En cuanto lo veo no me lo puedo creer. Abro los ojos como platos y noto que el corazón me martillea en las sienes.

—¡Menudo hijo de puta!

Cojo mi abrigo, el cual tenía colgado en el respaldo de la silla, y salgo como alma que lleva al diablo. Tengo que cogerle antes de que sea tarde.

# Capítulo 55



Antes de que sea tarde

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

18:30

Acabo de aparcar el coche en el primer hueco que he visto. No tengo tiempo que perder. Tengo que coger a ese hijo de puta antes de que sea tarde.

Veo la verja entreabierta y me adentro por el camino de piedras del jardín delantero. Subo la pequeña escalinata que da al porche y llamo a la puerta. Cuando pasa medio minuto, me abre una mujer de edad media, morena y de complexión fuerte.

—¿Qué desea?

—Hola, soy el sargento Conesa. De la policía. —Procedo a enseñarle la placa—. ¿Está don Rafael Bernal en casa?

—No. Ha salido. Soy Berta, la asistente del hogar. ¿Qué necesita? —pregunta—. Si es por algo que tiene que ver con los interrogatorios, puedo llamarle y que se pase por comisaría...

—No. No le llame. ¿Puedo pasar un momento?

—Sí, claro. Disculpe, es que estaba haciendo la colada.

Me deja entrar por la puerta de la vivienda y veo lo espaciosa que es. Se nota donde hay dinero y dónde está invertido. El suelo es de parqué de color claro. Desde aquí se ve un recibidor bastante amplio y varias estancias. Además, la casa tiene más de dos plantas. Quizás planta primera, buhardilla y bodega.

—Pase por aquí, sargento. Le atiendo enseguida.

Me deja solo en un salón enorme y me siento en un sofá supermullido de color arena. Es muy cómodo.

—¿Quiere algo de beber?

—No, no se preocupe. Tengo prisa.

Al minuto, aparece de nuevo y se sienta en un sillón orejero que está justo enfrente.

—Verá, necesito saber dónde ha ido don Rafael, es muy importante.

—Pues... se ha marchado muy rápido. Parecía algo nervioso. Iba a ir a la finca donde tiene los perros de caza, a darles de comer. Yo le dije que me acercaba luego, pero no me ha dejado.

—¿Me sabría, entonces, decir con exactitud dónde está esa finca?

—Claro. Por cierto, ¿qué tal si nos tuteamos mejor?

—Sí. Por supuesto. —Recupero la compostura y continúo—. Por favor. Dime dónde. Es importante. Tengo que ir ahora mismo para allá —digo mientras me levanto como un resorte.

—Le mando la ubicación por el móvil, un segundo.

Al medio minuto, recibo un mensaje con la ubicación de la finca. No está lejos. Seguramente me dé tiempo a llegar.

—Ha sido usted... perdón. Has sido muy amable. Muchas gracias.

—Gracias a ti. Ojalá no esté metido en lo que creo...

—Ojalá sea así, Berta.

Salgo escopetado por la puerta y me monto en el coche. Ahora parece que estoy en una carrera contrarreloj.

# Capítulo 56



La finca

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

18:55

Dejo el coche fuera del terreno de la finca. De lejos veo un coche todoterreno aparcado. Oigo ladridos de unos cuantos perros. Por lo que ha dicho Berta, son perros de caza. No me extrañaría que también los criase ilegalmente y los vendiese.

Salgo y cierro la puerta. Voy algo agachado para que no me descubran desde allí. Veo al fondo de la finca un cobertizo pequeño. Asumo que donde tendrá herramientas o comida de los perros; quizá ambas.

Me planteo cómo actuar. Si ir corriendo sin más hasta allí o esperar a ver qué hace. Puede que esto sea precipitado y que el retrato robot no esté bien hecho. Puede que Ángel no haya dado ni una. Estaba oscuro. Y, aunque don Rafael tenga una relación difícil con su familia, no le veo capaz de secuestrar a su propia nieta. Según las declaraciones, las tiene bastante mimadas.

Tengo el móvil de la mano y miro la cobertura. Apenas hay. Pongo el teléfono en silencio y voy moviéndome hacia dentro de la finca aprovechando algún que otro rastrojo de hierba.

De repente, veo cómo Rafael sale del cobertizo con un par de platos, vasos... Extraño, no cabe duda. Los perros no creo que beban de ahí. Me sigo acercando y mis peores pensamientos se confirman cuando saca en brazos a Blanca. Parece estar inconsciente por el peso de sus músculos.

Salgo de mi escondite, rápido, antes de que monte en el coche. Saco la pistola y apunto.

—¡¡Don Rafael!! ¡¡Deje a Blanca en el suelo, despacio y retroceda!!

Se queda blanco. No esperaba que el retrato saliese tan rápido. Pero, al final, ha ido en su contra. La información corre como la pólvora y se habrá enterado por su hija. Esto ha hecho que él actúe de manera impulsiva y quisiera, quizás, cargarle el muerto a otro.

—¡¡No lo repito más veces!! ¡¡Deje a Blanca en el suelo y retroceda!! ¡¡Yaaa!!

Veó cómo deja a su nieta en el suelo, despacio. Los perros están alborotados en una cerca que hay dentro de la finca. Ellos sienten mucho más de lo que creemos algunos humanos. Saben que algo no va bien.

Me voy acercando poco a poco y cojo las esposas con la otra mano.

—¡¡Ahora ponga las manos arriba!! ¡¡Donde yo las vea!!

Las levanta, temeroso. Está abatido. Sabe que le hemos pillado con las manos en la masa y que va a tener que dar muchas explicaciones.

Llego hasta él y le llevo las manos hacia atrás de su cuerpo para esposárselas. Tiene una respiración rápida y entrecortada. Pura adrenalina. Mientras le tengo sujeto, llamo con la otra a una ambulancia y a algún compañero que pueda venir hasta aquí para registrar el cobertizo y el coche de don Rafael.

—Te has metido en un buen lío.

No habla. Simplemente mira al frente. Asumo que está pensando si inventarse una trola o decir la verdad.

Cuando la ambulancia llega, bastante más deprisa de lo habitual, suben a Blanca en una camilla y le hacen un examen rápido. Me asienten con la cabeza, confirmándome que va a recuperarse, que no es grave, y suspiro de alivio.

Oigo, a lo lejos, la sirena de un coche de policía, que se solapa con la de la ambulancia que está a punto de irse hacia el hospital. Cuando el coche se mete hasta dentro de la finca, mi compañero sale y revisa todo lo revisable. Rebusca en el cobertizo, por fuera, busca pistas y huellas biológicas en el coche de Rafael... Un trabajo exhaustivo.

Mientras mi compañero hace todo eso, yo me encamino con él hasta mi coche para llevarle hasta la comisaría, donde tendrá que declarar.

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a la asistencia de un abogado durante su interrogatorio. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende usted estos derechos?

Don Rafael asiente.

—¿Los ha entendido? Necesito una confirmación verbal.

—Sí, por supuesto.

Hago que agache la cabeza y cierro la puerta de atrás.

—Fernández. Me lo llevo a comisaría. Dale un buen repaso a esto.

—Claro, Conesa.

Arranco el coche, pongo el seguro en las puertas y me dirijo a la comisaría. No sé si seguirán todos en la sala de espera, pero si lo están... esto no va a ser nada agradable.

# Capítulo 57



## La declaración final

Conesa

Lunes, 14 de octubre de 2019

20:20

Lo saco del coche y entramos en comisaría y, como me supuse, la sala de espera está llena de gente. Cuando me vieron salir a la velocidad de la luz, quise evitar todas las preguntas. Ahora, llega la hora de la verdad. Aunque mis compañeros intentan que no miren hacia recepción, un par de miradas curiosas ya han soltado la lengua.

César sale envalentonado hacia mí.

—¿Qué le has hecho a mi hija, hijo de puta? ¡Te mato!

Dos agentes le aplacan antes de que llegue a nosotros, cosa que agradezco. No me apetece vivir otra desgracia.

—¡¿Qué le haaaas hechoooo?! Mi niña... —Comienza a sollozar.

—César, ¿qué pasa? —dice Esmeralda mientras sale de la sala de espera—. ¿Papá?

He podido ver sus ojos de confusión, comprensión, dolor, tristeza, furia. Todo un proceso.

—¿Papá? ¿Qué has hecho?

—Hija... yo...

—¿Yo qué, eh? ¡Hijo de puta, te mato! —grita César.

Pero Esmeralda, con la elegancia de un cisne, le pone una mano en el hombro para que se relaje. Ahora todo es silencio.

Carla, por desgracia, también se asoma y ve el percal. Mira a sus padres, mira a su abuelo esposado y me mira a mí. Le miro con una mirada lo más sincera posible. Lo siento mucho por ellos, pero esta es la realidad. No va a hacer falta ni un reconocimiento por parte del testigo, ya que le hemos pillado con las manos en la masa.

Le digo a dos compañeros que le lleven hasta la sala de interrogatorios y yo me quedo en

recepción.

—Conesa... díganos que...

—Está bien. Va camino del hospital, en ambulancia.

Esmeralda se tambalea y César y Carla la sujetan.

—La van a hacer unas pruebas. Ya les contarán los médicos, pero es posible que haya ingerido drogas contra su propia voluntad. Cuando llegué estaba inconsciente y con bastante debilidad.

—¿Se recuperará... verdad? —pregunta Carla.

—Claro. Por supuesto.

Todos están dolidos, pero, a la vez, aliviados.

—¿Les doy un consejo? Vayan al hospital con ella. Aquí no hay mucho que hacer.

—Eso haremos. Muchas gracias por su trabajo, Conesa —dice César mientras me tiende la mano.

Nos damos un fuerte apretón y todos se marchan. Yo, ya solo, me acerco hasta la sala de interrogatorios. Pido a los agentes que se vayan y me quedo con él, a solas.

—Don Rafael, podemos esperar a que llegue su abogado.

—No será necesario. Le voy a contar todo. Soy lo suficientemente inteligente como para saber que está claro que lo he hecho yo.

—De acuerdo. Siendo así... Empiece desde el principio. ¿Qué hizo usted la noche del sábado?

—Como ya le dije. Estuve jugando al mus. Pero no terminó a la hora que le dije. Fue simplemente una reunión de tarde. Después, estuve cenando algo ligero que la asistente me dejó preparado y me dispuse para irme a la cama.

Hay una pausa en su declaración. No sé si porque está pensando o porque está ordenando todos los hechos en su cabeza.

—Yo iba a irme a la cama, pero Blanca me llamó al móvil. Me extrañó mucho. Sabía que a esas horas ya había acabado el cumpleaños y que, seguramente, Esmeralda las hubiera ido a buscar a la fiesta.

—¿Sobre qué hora le llamó?

—Pues... sobre las once y cuarto. Está en mi móvil. Puede comprobarlo.

—De acuerdo. Y, ¿qué le dijo por teléfono?

—Me dijo que se encontraba mal. Que si podía ir a buscarla. Que iba a ir al bar de su padre, pero que estaba mareada. Yo no pude hacer otra cosa que ir.

—Vale. Hasta ahí lo entiendo todo. Pero... ¿dónde se torció todo esto para que secuestrara a su propia nieta?

—Yo cogí el coche. Llegué lo más deprisa que pude. Creo que sobre las 11 y media. La vi, recogida, apoyada en una columna de la entrada de una urbanización. Estaba temblando y medio dormida. Yo... yo solo quería ayudarla.

—¿Ayudarla? ¿Secuestrándola?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Pero...

Veo que traga saliva.

—Pero me dijo que tenía novio, que iba a cortar con él. Me contó que su madre le había dado permiso para ir andando hasta el bar de su padre.

—O sea... que se hizo el ofendido cuando hablamos del novio de Blanca... de Víctor.

—Claro. ¿Qué iba a hacer si no?

Suspiro y me paso las manos por la cara.

—Bien, pero sigo sin saber por qué lo hizo, don Rafael. Necesito la verdad.

—Mire, le voy a decir la verdad. Puede que suene muy frívola, pero me arde la sangre pensar que ese metomentodo se quería ganar de nuevo el amor de mi hija.

—¿En qué se basa?

—Verá... Yo... cuando iba a hablar con ese don nadie...

—Por favor, un respeto. Hable con nombres propios.

—Cuando iba a hablar con... César, sobre que tenía que dejar a sus hijas estudiar, que se alejase, vi que Esmeralda ya estaba hablando con él. No quería interrumpirles así que bueno... simplemente decidí esperar.

—Esperar... o ¿espíar?

—Un poco de ambas. —Mira hacia otro lado—. Cuando vi que Esmeralda se besaba con ese hombre, quise que nunca le hubiera conocido. Así habríamos sido una familia. Ella y yo.

Nadie más.

No sé qué pensar. Parece algo así como un crimen pasional.

—Don Rafael. Perdona que se lo pregunte, pero... su mujer falleció hace tiempo, ¿verdad?

Y, por primera vez desde que lo conozco, solloza. Lloro con dolor. Dolor salido desde el alma. Le dejo su tiempo para que se desahogue y que incluso dé un par de puñetazos a la mesa. Tiene que soltar todo lo que tiene dentro.

—Mi Aurora... la amaba, ¿sabe? Y, de repente, se fue sin más. Fue cuestión de meses. Solo... solo me quedaba Esmeralda, pero cuando César apareció supe que la iba a perder. No podía permitirlo.

—Don Rafael, sabe que lo que ha hecho es un delito muy grave, ¿verdad? Ha secuestrado a su nieta para dar una lección a su hija.

—No. No es una lección. No lo entiende.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—No entiende que lo que yo quería era que César y ella se distanciasen. Que discutiesen un par de días. Y, así, quizás...

—¿Quizás qué, don Rafael?

—Quizás así podíamos volver a ser una familia.

Lloro de nuevo. Esta vez con más intensidad.

—Lo siento mucho. Yo no quería hacerla daño. La vi tan indefensa y tan desatendida que lo aproveché. Lo siento de verdad —dice mientras solloza.

Intento hablarle con calma. Esto es mucho más complicado de lo que en principio parecía. No quería dar una lección a su hija para que espabilase. Quería que los dos padres discutiesen y, así, con suerte, no salir de la ecuación que él llama «familia».

—De veras que lo siento. Yo... yo cumpliré la condena que sea, pero solo quiero que me deje hacer una cosa más. Por favor.

—Usted dirá.

—Necesito hablar con mi hija, con Esmeralda.

# Capítulo 58



Eres lo más importante de mi vida

Esmeralda

Lunes, 14 de octubre de 2019

20:45

Prácticamente, me acerco corriendo hasta recepción. No me ha pillado la puerta giratoria porque tiene un sistema de seguridad. Pregunto dónde está mi hija y nos mandan cruzar unos cuantos pasillos para encontrar la habitación.

Cuando llegamos a la recepción de esta sección del hospital, nos mandan esperar fuera. Más esperas. No quiero esperar. Necesito ver a mi hija.

Sale un médico y nos llama.

—¿Son ustedes los familiares de Blanca Suárez Bernal?

Asentimos y César, Carla y yo nos acercamos. Somos los únicos que hemos acudido al hospital. Obviamente, no queríamos llenar todo esto de gente. Pronto tendrán noticias de ella. Pero, ahora, con calma.

—La paciente ahora está estable. Estamos esperando los resultados toxicológicos, aunque ya nos han adelantado que seguramente haya ingerido burundanga y somníferos. Ahora queda esperar.

—¿Pero podemos entrar a verla, doctor?

—Claro. Pero de uno en uno. Está un poco descolocada. Tiene algo de amnesia, algo normal después de todo lo que ha pasado. Tengan paciencia.

Asentimos y César me empuja para que vaya primero.

Entro, despacio, y veo a Blanca recostada en la cama; no del todo, sino con la parte de la almohada un poco levantada.

—Mamá...

—Cariño. Mi vida —digo mientras la abrazo.

Lloramos juntas porque lo necesitamos. La angustia y la tensión de todos estos días salen a flote.

—Mamá. He pasado miedo. No sabía dónde estaba. Yo...

—Tranquila, cariño —digo mientras la abrazo—. Mamá ya está contigo, ¿vale?

Estamos un buen rato así. Mientras la huelo y acaricio el pelo. Por fin, la tengo a mi lado. Ya no necesito nada más. Soy feliz. Con mi familia al completo soy feliz.

—Eres lo más importante de mi vida, cielo.

—Te quiero, mamá.

Nos volvemos a abrazar y charlamos un poco. No se acuerda de nada desde que salió de la fiesta, pero sí que se acuerda de toda su vida, que ya es suficiente tela que cortar.

Suena mi móvil y veo que es Conesa, así que le digo que espere un segundo, que ahora lo llamo.

Me despido de Blanca y la dejo en la habitación mientras su padre y su hermana también le dan un par de achuchones.

Salgo de la habitación y Conesa me comunica que tengo que volver a comisaría, que mi padre quiere hablar conmigo. Y, a decir verdad, ni he pensado en eso desde que he llegado al hospital. No sé si tengo fuerzas para hablar con él, pero creo que tengo que escuchar todo lo que me tiene que decir.

# Capítulo 59



No recuerdo nada

Blanca

Lunes, 14 de octubre de 2019

22:00

Todos se han tenido que ir de la habitación. La enfermera me está realizando una observación antes de que me vaya a dormir. No me entraba nada de comer, así que me han puesto una vía con suero.

No recuerdo nada de lo que ha pasado. Tengo un borrón en la mente desde que salí de la fiesta hasta ahora. No sé cómo llegué a ese cubículo... aunque el lugar también lo tengo un poco borroso.

Me noto muy débil. Me ha dicho papá que me hará un plato de arroz de los que él sabe hacer y yo solo espero que no lo haga. No lo hace bien. Que alguien se lo diga.

Me río sola y veo todas las imágenes posibles de los momentos felices con mi familia, con Alejandra, con... Bueno. No puedo negarlo. También me vienen a la cabeza los momentos felices con Víctor. Puede que sea una persona tóxica, pero no le guardo ningún rencor. Espero que la vida le vaya bien.

Estoy agradecida por tener la familia que tengo y con eso me basta. Me ha extrañado que no venga el abuelo a verme, pero seguro que viene luego. Estará trabajando en su despacho, pero, en cuanto le digan que he aparecido, seguro que viene corriendo al hospital.

De repente, me da un pinchazo en la cabeza. Creo que estoy forzando demasiado la máquina. Me vienen recuerdos que no sé si son recuerdos. Tengo un lío monumental.

Cuando sale la enfermera, veo que Carla se asoma a la puerta y me dice que les echan ya, que a primera hora de mañana vuelven. No lo dudo ni un segundo. Me aman y yo los amo; con todo mi corazón.

Se me escapa una lagrimita que me rueda por la mejilla. Me la seco con el dorso de la mano y decido que es hora de mirar hacia adelante.



# Capítulo 60



La soledad me estaba matando

Esmeralda

Lunes, 14 de octubre de 2019

21:40

Llevo unos cinco minutos sentada en el coche. No me atrevo a entrar. ¿Por qué mi propio padre iba a secuestrar a mi hija? No me entra en la cabeza. No sé si quiero saber o no. No sé si quiero escucharle discutir. No creo que pueda más.

Pasa un minuto más hasta que me atrevo a salir del coche y entrar en comisaría. Voy a recepción para avisar de que ya estoy aquí y Conesa sale en menos de un minuto de la sala de interrogatorios.

—Hola, Esmeralda. ¿Qué tal está Blanca? ¿Todo bien?

—Sí. Muchas gracias, de verdad.

—No se dan.

Se hace un silencio incómodo y me atrevo a preguntar.

—¿Qué quiere?

—Solo quiere hablar contigo. Ha confesado todo, pero necesita verte. Eso es todo lo que me ha dicho. Ha insistido bastante.

Cierro los ojos y aprieto los puños. Aunque sea culpable, no puedo procesarlo. Mi padre: un secuestrador. Ya me amenazó con la custodia de las niñas, pero no le veía capaz de hacer algo tan ruin. Mi cabeza es incapaz de imaginar que un padre o un abuelo sean capaces de hacer algo así.

—¿Está preparada o necesita algo más de tiempo? Podemos esperar lo que quiera, Esmeralda. Incluso si no quiere verle, tendrá que aceptarlo.

—Sí, estoy preparada.

Inspiro y expiro y nos encaminamos por el pasillo que ya he recorrido unas cuantas veces.

Cuando entro en la sala de interrogatorios y veo a mi padre se me cae el alma a los pies. No sé si sentir furia, pena, nostalgia, tristeza. No sé qué sentir.

—Os dejo a solas. Si necesita cualquier cosa, avise con el botón de debajo de la mesa.

Asiento y me coloco en la silla que hay frente a mi padre. Él aún no ha levantado la cabeza.

—¿Ahora no te atreves a mirar ni a tu propia hija? —digo enfurecida.

Levanta la vista y veo sus ojos. Rojos. Sus ojeras. No quiero derrumbarme, pero, realmente, tiene una pinta horrible.

—¿No vas a hablar o qué?! —chillo dando un golpe en la mesa—. ¿Por qué has hecho esto?! ¡Somos tu familia, papá! ¡Tu propia familia!

—Lo sé, hija. Lo sé...

—¿Lo sabes? ¿Sabes acaso qué es querer, papá? ¿Lo sabes?

Estoy enfadada y, quizás, me esté pasando. Pero la furia me invade el cuerpo y necesito soltar todo lo que llevo años reprimiendo. Puede que, al verlo así, encogido, me haya venido arriba, pero lo necesitaba.

—Claro que sí, hija. Claro que lo sé.

—¿Te confieso una cosa, papá? Yo creo que no. Que nunca me has querido y que por eso has hecho todo esto.

Veo cómo caen dos lágrimas de sus ojos. No sé si es un espejismo o no. Solo sé que nunca he visto llorar a mi padre. Por acto reflejo, yo también lloro. Llora de rabia y de pena.

—Nunca me dijiste que me querías, papá. ¡Ni una puta vez! ¡Ni una puta vez me demostraste nada!

—Creía que sí. Creía que lo sabías, hija. Yo...

—Tú. Siempre tú. Pero, ¿sabes qué? No eres el único que sufrió cuando mamá murió, ¿vale? Yo necesitaba alguien con quien llorar. Necesitaba alguien en quien apoyarme. Te necesitaba a ti, papá.

Se crea un silencio que no sé qué quiere decir. Veo el arrepentimiento en sus ojos, pero no quiero caer. Ahora no.

—Cariño, ¿me dejas al menos que te explique?

Me cruzo de brazos y asiento. Que me diga lo que me tiene que decir y me piro de aquí. Ya

puede aprovechar bien esta oportunidad.

—Yo... solo quería que fuésemos una familia. Cuando murió tu madre... yo... yo me hundí. No quería ayuda. Creía que no la necesitaba. Yo la amaba, Esmeralda. Igual que la amabas tú. Nos dejó muy pronto y yo no supe qué hacer. Ella lo era todo. Lo iluminaba todo. Pero cuando... —Y empieza a llorar.

Se me rompe el alma. No quiero que lo vea, pero no puedo evitarlo. Amaba a mi madre. Todavía la amo y me acuerdo de ella cada día.

—Pero cuando murió yo no supe hacer de padre. Quería protegerte y que no te pasase nada. Si te pasaba algo, como a tu madre, yo me moría... Yo... solo quería lo mejor para ti. El mejor colegio, el mejor seguro de salud... Todo lo bueno lo quería para ti.

—Papá. Yo no necesitaba todo eso. Solo te quería a ti.

El silencio vuelve y con él las confesiones más recónditas de un corazón que estaba recubierto de acero. Una coraza que se está resquebrajando, pero, quizás, demasiado tarde.

—Hija, yo creía que lo estaba haciendo bien... Yo... solo quería protegerte. Cuando llegó César creía que iba a perderte. No quería perder a la única familia que me quedaba. ¿Puedes entender eso?

Me pesa, me duele, pero lo entiendo. No sé cómo, pero lo entiendo.

—Cuando me dijiste que estabas embarazada me alegré. Me dije que por fin podríamos formar una familia juntos. Pero... cuando me dijiste que te irías a vivir con él para que pudiera ver a sus hijas todos los días yo... yo me derrumbé, Esmeralda. No sabía qué hacer. No quería perderos... Lo hice mal. Fatal. Lo siento mucho.

Mi alma se rompe en pedazos cada vez que habla, pero creo que esta conversación la teníamos que haber tenido hace años.

—Cuando tuviste a las niñas, utilicé el chantaje para que os quedarais conmigo, para que no entrase nadie más en nuestra familia. No quería que me cambiaras por nadie. Yo... me sentía solo. —Hace una pausa y después prosigue—. Hace unos días, cuando iba a decirle a César que no instigara a que las niñas dejaran de estudiar, os vi. Os vi besándoos y comprendí que lo hice mal y que me iba a quedar solo de nuevo. No...

—¿Nos espiaste, papá? ¿En serio?

—Bueno... creo que eso es lo menos grave que he hecho dadas las circunstancias, ¿no crees?

Es cierto. Es lo menos grave.

—¿Creías en serio que te ibas a quedar solo porque César y yo nos quisiéramos? ¿No ves que no es lógico?

—Yo lo veía así. Estaba encabezonado en que, si formabais una familia, vosotros cuatro, yo me quedaría solo y... Esmeralda, hija, la soledad me estaba matando.

Los dos lloramos. Fuerte. Como nunca hemos llorado. Definitivamente, esta conversación la teníamos que haber tenido hace años. Nada de esto hubiera pasado.

—Pero, papá... ¿por qué Blanca? ¿Por qué así?

—Necesitaba que discutieras con César. Que creyeras que él no estuvo lo suficientemente atento. Yo qué sé. No sé ni lo que pensaba.

Sé que tiene sentido para él, pero para mí no, en absoluto.

—Hija, solo espero que algún día puedas perdonarme. Realmente, no tengo nada en contra de César... solamente no quería quedarme solo. En el fondo sabía que te querías ir de casa corriendo y cuanto antes mejor. En el fondo sabía que no había sido un buen padre...

Me levanto y él, como un acto reflejo, también lo hace. Me dirijo hacia él y le miro a los ojos. Sé que no miente. Nunca he visto así a mi padre y quizás necesitaba toda esta dosis de realidad.

—Hija mía... —Me acaricia la cara con la mano—. Te quiero. Ojalá puedas perdonarme algún día.

Y lo abrazo. No sé por qué, pero lo abrazo. Nunca había sentido así a mi padre, pero estoy sintiendo todo lo que eché de menos durante gran parte de mi vida. Un padre sincero, pero, sobre todo, que me quisiera.

—Papá... yo. Yo solo te necesitaba a ti. No tenías que haber llegado a esto. No... No sé cómo voy a poder procesarlo. Lo siento mucho.

—Lo siento yo, hija. Lo siento yo. No sabes cuánto.

Y, así, abrazados, oigo cómo suena la puerta y los agentes me dicen que ya es hora de marcharme, que mi padre se va al calabozo. Y, así, abrazados, por fin, siento que mi padre me quiere.

# Epílogo



Blanca

**Viernes, 10 de julio de 2020**

**21:00**

Estamos cenando en una hamburguesería que hay en un pueblo cerca de aquí. Concretamente, donde vive el padre de Alejandra. Estamos celebrando el cumpleaños de papá. Ya vinimos aquí hace mucho, pero creo que se ha convertido en nuestra hamburguesería de referencia. Pero, no precisamente por las hamburguesas, sino por las chapatas. Impresionantes.

—A ver, hija, te digo. Porque me vuelven loca —dice mi madre con una hoja en la mano donde ha ido apuntando todo—. Van a ser cuatro chapatas de pechuga, pero te cuento. Queremos dos con todo, pero luego una sin tomate y otra sin cebolla.

Carla y yo nos reímos. Yo no soporto la cebolla por nada del mundo y ella no soporta el tomate. Se ríe hasta la camarera. No sé si porque el pedido nunca se lo han hecho así o porque muchas veces ha tenido que vivir la misma situación.

El local no es muy grande, pero estamos sentados en la mesa del fondo. Mientras preparan la comida, veo que Carla mira el móvil varias veces. Seguro que está hablando con Alejandra. Me alegra tanto que estén juntas... Yo notaba cosas, pero nunca quise decir nada. Eso es cosa de ellas. Además, a partir de ahora no se verán en clase, ya que Carla va a ir a otro centro donde imparten Bachillerato de Artes. Ella quiere ser artista y que luche por lo que quiere es algo que me emociona. Me llena de orgullo que mi hermana sepa qué es lo que quiere ser. Yo, sin embargo, no lo tengo tan claro. Desde lo que pasó, estuve pensando y no tengo muy claro que quiera ser veterinaria. Aún soy joven, así que creo que, quizás, pueda pensarlo durante un par de años. Me gusta mucho la moda y el maquillaje, pero no sé si estudiar patronaje o un curso de maquilladora profesional. Todo se irá viendo.

En nada nos traen las chapatas, a gusto del consumidor. Damos las gracias a la camarera y empezamos a comer.

Me siento eufórica, feliz, aunque me gustaría compartir este día también con el abuelo.

Cuando me contaron lo que hizo, lloré durante días. No podía asimilarlo. Mamá me lo explicó todo, con pelos y señales. También me dijo que iba a intentar perdonarle todo. Eso me puso contenta. Sé que ellos se quieren, pero a veces la vida no deja que todo siga su curso. A veces, las hoces del río hacen que se desborde algo de agua. De cada uno de nosotros depende que esos desbordamientos no nos hagan perder el norte ni el significado de lo más importante: el valor de la familia. El abuelo estaba desbordado, pero al final encontró, aun con una desgracia de por medio, la forma de recomponerse. Ahora está cumpliendo condena por el secuestro, pero por los atenuantes, quizás, salga antes de prisión.

Respecto a las primas... Qué decir. Tuvieron que predicar con el ejemplo y pedir perdón a todas las personas a las que han hecho daño durante tanto tiempo. También les tocó a sus padres pagar una multa y, ellas, al ser menores de edad, fueron condenadas a realizar servicios comunitarios a su elección. Espero que pronto comprendan que lo que hicieron nos podría haber costado la vida, a cualquiera de las dos. Los efectos que a mí me provocaron, aunque fueron físicos, creo que no tienen ni pinta de comparación con lo mal que se lo hicieron pasar a Carla. Ahora, va al psicólogo y, de momento, está aprendiendo a aceptarse a sí misma. Eso me alegra, pero las que deberían acudir a terapia son aquellas personas que hacen el daño. Son ellas las que no están bien, las que están rotas, no mi hermana.

Cuando terminamos la cena y mientras cantamos el cumpleaños feliz, pienso en todo lo que he hecho bien y lo que he hecho mal. Todas las cosas que he vivido con mi familia y con mis amigos. Todas las cosas que viví con Víctor y que no voy a volver a repetir. Me han dicho que ha empezado a salir con Alicia, la otra empleada de mi padre. Espero que a ella sí que la quiera bien, no como a mí. Les deseo todo lo mejor, de corazón.

Pienso, también, en todas las cosas que hicieron que mis padres vuelvan a estar juntos. Pienso, sobre todo, en Carla: mi otra mitad. Pienso que, quizás, si somos como dos gotas de agua sea por algo. Quizás sea porque necesitamos complementarnos. Quizás sea porque sin mi hermana nada sería igual, no sería la misma. Quizás, sin mi hermana no sería nada.

**FIN**

# Agradecimientos

Gracias, como siempre a mis padres. Porque habéis creado un cuarteto unido para siempre. Pero, sobre todo, y por esta novela, quiero darle las gracias a mi hermana. Sin ella nada sería lo mismo.

Gracias a Óscar, por ser mi compañero. Porque cuando un amor es de verdad, perdura en el tiempo.

Gracias a Kairi y a Zelda, que, aunque en el proceso seguís dando guerra, os sigo queriendo como siempre.

Gracias a Rosi y a Cris, por estar ahí. Por las cenas del lunes, superentretenidas.

Gracias a todas las lectoras beta. Empezasteis apoyándome con Julia y luego lo hicisteis con Blanca. Gracias por estar siempre.

Gracias a mi Grupoto de Lectura y Chisme, por siempre estar ahí cuando lo necesito.

Gracias a Eva Mayro, porque, aunque no tengas mucho tiempo de leerme, siempre sacas un huequito para mí. Me haces feliz.

Gracias a Anabel en la distancia. Por emocionarte con mis historias y por ser mi ilustradora favorita.

Gracias, en definitiva, a los lectores porque, sin vosotros, yo no sería nada.

Gracias a Blanca porque, como bien dice ella, el valor de su familia es incalculable, al igual que el de la mía. Y, aunque yo sea un poco más como Carla, me identifico un poco con las dos. Como bien reflejo aquí, ellas son dos partes de un todo.

Gracias a todos los personajes de esta historia. Me cuesta soltaros, pero creo que ha llegado la hora de que viváis vuestra vida. No es un final, porque siempre estaréis en el corazón de aquellos que os hayan conocido. Gracias infinitas por ello. Quizás... nos veamos en otra ocasión.

# Playlist

Aquí tenéis la *playlist* de la historia de Blanca y Carla, porque, al final, es la historia de las dos. Espero no haberme olvidado de alguna canción. Todas y cada una de ellas son importantes para la trama, así que espero que las disfrutéis y que os acompañen mientras leéis esta novela.

*Easy Love* – Sigala

*Sweet Lovin’* – Sigala, Bryn Christopher

*This Is What You Came For* – Calvin Harris, Rihanna

*Gold* – Antoine Clamaran

*Disparo al Corazón* – Ricky Martin

*Lady (hear me tonight)* – Modjo

*Loki & Thor* – Jean Marie, Mister V, Berserker

*The Rhythm of the Night* – Corona

*One week* – Barenaked Ladies

*Who says* – Selena Gomez





## Sobre la autora

Raquel Rueda nació en Valladolid, en una madrugada de niebla de noviembre de 1993.

Estudió Filología Hispánica y un máster en Estudios Filológicos Superiores en la UVa. Después, especializó sus estudios con un curso profesional de corrección de textos.

Desde pequeña le gusta el mundo de la literatura, pero ya fue más adelante cuando volvió a engancharse a la lectura y al mundo de la escritura.

También es una gran amante de los videojuegos y madre de dos gatas.

En la actualidad, tiene una cuenta de Instagram dedicada completamente a los libros, donde reseña y recomienda novelas de todos los géneros posibles; aunque sobre todo lee libros de thriller, romántica y fantasía. También tiene una cuenta de Twitch en la que intenta poner a prueba que el contenido literario también puede acceder a este tipo de plataformas.

*El pasado de Julia* es su primera novela autopublicada, la cual salió con anterioridad en dos partes, y que ahora tiene una reedición revisada y con un epílogo adicional que te llegará al corazón.

Ahora, con *Como dos gotas de agua*, se acerca un poco más a la juventud. Una novela en la que, de nuevo, el valor de tus seres queridos es incalculable.

Ambas novelas forman parte del mismo universo, aunque pueden leerse de manera independiente y en el orden que se quiera.

Instagram: books.lover.93

Twitch: raquelrueda93





## Más obras de la autora

Julia tiene pesadillas recurrentes; ya no sabe si forman parte de la realidad o solamente de su subconsciente. Pero, en su 26º cumpleaños, recibirá un regalo que le abrirá los ojos hacia su pasado más desconocido, enfrentándola a nuevas situaciones que harán que su vida cambie para siempre.

Acompañada de sus seres más queridos, Julia descubrirá todo lo que la rodea, obteniendo las respuestas que siempre quiso.

# ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Playlist](#)

[Sobre la autora](#)

[Más obras de la autora](#)